ESTUDIOS CLASICOS

32

ESTUDIOS CLASICOS

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS CLÁSICOS

PUBLICADO POR EL PATRONATO «MENÉNDEZ Y PELAYO» DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

TOMO VI — FEBRERO DE 1961 — NÚM. 32

DIRECTOR: MANUEL FERNÁNDEZ-GALIANO.

COMITE DE REDACCION: JOSÉ ALSINA, ALBERTO BALIL, V. EUGENIO HERNÁNDEZ VISTA, R. P. JOSÉ JIMÉNEZ DELGADO, ANTONIO MAGARIÑOS Y FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS.

SUMARIO

Págs.

ALBERTO BALIL, *El retrato de Heródoto* (con una lámina) 2

FRANCISCO R. ADRADOS, *Introducción a Heródoto* 7

ALBERTO BALIL, *Heródoto y las grandes batallas de las guerras Médicas* (con tres planos)... 32

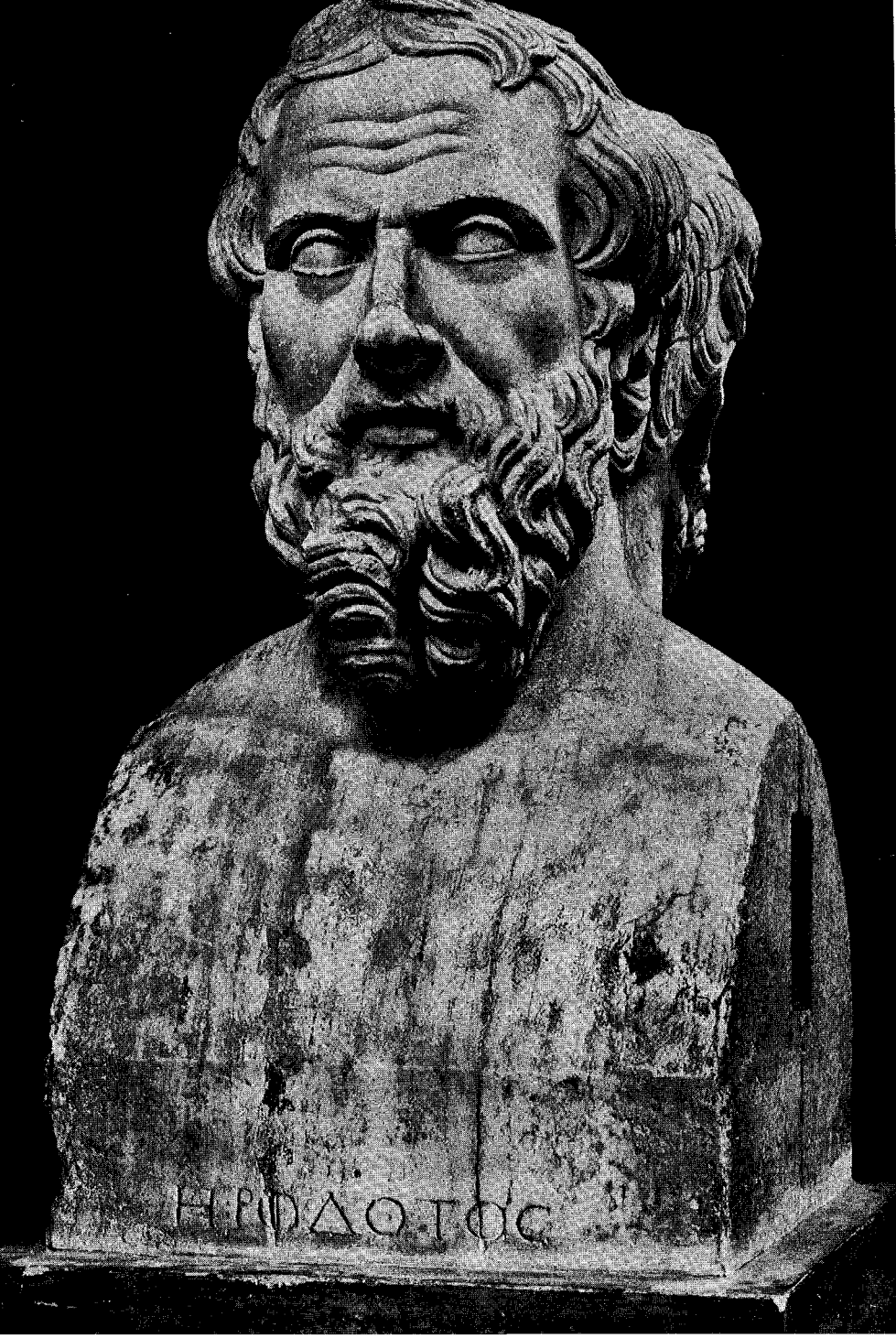
MANUEL F. GALIANO, *Sobre la evolución de la leyenda de Ciro en nuestros siglos XVI y XVII*... 93

INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA:

Ensayo de una bibliografía crítica de Heródoto, por JOSÉ ALSINA y JUAN VAQUÉ 99

Reseñas, por F. R. ADRADOS, M. F. GALIANO y J. ZARAGOZA... 128

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS CLÁSICOS 132


ΗΡΙΔΟΤΟΣ

Con ocasión de la elección de textos históricos de Heródoto para el curso preuniversitario 1960-1961, nuestra revista ha querido conmemorar con este número monográfico la figura insigne del historiador y, al mismo tiempo, ser útil a quienes lo explican en clase durante el año académico actual.

Si el éxito de esta iniciativa correspondiera al esfuerzo que en ella hemos desplegado, podríamos continuar en años próximos con la publicación de otros números dedicados especialmente a autores griegos y latinos.

EL RETRATO DE HERODOTO

Ninguno de los retratos que nos han quedado de Heródoto puede considerarse basado en una obra realizada en vida del retratado.

Heródoto vivió en una época que, en cierto modo, podemos considerar de los albores del retrato griego.

Es menester llegar hasta el 360 a. J. C. para hallar retratos griegos que, dentro de la idealización del tipo y ennoblecimiento de las facciones, puedan considerarse lo que se ha llamado «retrato fisionómico», o sea retrato en nuestro sentido actual, retrato que intenta reproducir todos y cada uno de los elementos del rostro del retratado y no se limita a insistir o acentuar un elemento característico. Este último concepto es el del retrato griego tal y como se entendía en la época de Heródoto. El Harmodio y el Aristogitón del grupo de los tiranicidas, una obra poco posterior a su nacimiento, permitían la identificación de los personajes gracias al contraste entre las edades del viejo barbado y el joven imberbe. El retrato de Temístocles, tal como nos lo ha dado a conocer una copia romana de Ostia, sigue, dentro de estas tendencias, insistiendo en los elementos característicos, como sucede en el retrato de Pericles, que insiste en la particularidad, conocida también por las fuentes textuales, de la peculiar forma del cráneo [1].

Si las ideas de los sofistas griegos influyeron en pintura y escultura con la creación del canon, la ideología socrá-

---

[1] BIANCHI-BANDINELLI *Storicità dell' arte classica*, 1950², pág. 67 ss.

tica se manifiesta en el interés por la caracterización psicológica y la diferenciación individual que aparece en la pintura de la época y, algo más tarde, en la escultura, dando lugar a la afloración del retrato fisionómico (hacia el 360 antes de J. C.) y a la serie de retratos, pictóricos y escultóricos, de Alejandro [2].

Es a partir de este momento cuando, basándose en las fuentes escritas, los escultores intentan crear series iconográficas de los grandes hombres del mundo griego procediendo a auténticas reconstrucciones. Este es el caso de los retratos de Homero, de Safo y también de Heródoto [3]. Más tarde, el interés de los eruditos romanos que, como Varrón o Asinio Polión, gustaban de tener en sus bibliotecas retratos de los grandes literatos o grandes pensadores, dio lugar no sólo a una intensa actividad de copistería, sino también a la creación de nuevos tipos iconográficos [4]

Probablemente, el interés por honrar y conmemorar a Heródoto debió de surgir en su Halicarnaso natal. Una inscripción allí encontrada, que alude a una estatua «antigua», documenta la existencia de monumentos erigidos por sus conciudadanos [5]. Posteriormente, en época de Adriano, algunas monedas acuñadas por Halicarnaso llevan en su reverso la efigie del padre de la Historia. Probablemente,

---

[2] Sobre las fuentes referentes al interés socrático por una pintura de tipo psicológico huyendo de la serenidad ideal, véase mi *Pintura helenística y romana*, en prensa. Sobre la escultura, el pensamiento socrático se refleja en Jenofonte, *Memor.* III 10, 6.

[3] Cf. SCHEFOLD *Die Bildnisse der antiken Dichter, Redner und Denker*, 1943. Téngase en cuenta Marcelino, *Vita Thuc.* 34.

[4] Cf. Plinio, *N. H.* VII 30 y XXXV 2, 9 (reflejo de éste, S. Isidoro, *Etim*, VI 5). Posiblemente la costumbre es helenística, como parece indicar la basa hallada en la Biblioteca Real de Pérgamo y que corresponde a una estatua de Heródoto (*Inschriften von Pergamon*, n.º 199). Posiblemente es reflejo de este uso la estatua de bronce erigida en Constantinopla (cf. Cristodoro, *Ecphr.* 377).

[5] LE BAS-WADDINGTON *Inscriptions de l'Asie Mineure*, núm. 1618.

los tipos de estas monedas se inspiran en las estatuas oficiales erigidas en aquella ciudad [6].

La idea que del aspecto físico de Heródoto se hacían estas reconstrucciones iconográficas nos es conocida no sólo por las citadas monedas, sino también por una serie de hermes con su retrato, que en algunos casos van acompañados de inscripciones [7].

El principal de ellos es el hermes doble del Museo de Nápoles, que contrapone a Heródoto con Tucídides, agrupando así a los grandes historiadores griegos [8].

Otros ejemplares con el nombre de Heródoto son sencillos: tales, el de Nápoles 6146 [9], el del Museo Metropolitano de Nueva York [10], el del de Alejandría [11], uno aparecido en Roma hace algunos años [12] y otros sin firma [13]. La unidad del grupo es notable, aunque ello no evite que algunas atribuciones sean discutidas [14].

---

[6] Reproducidas en BERNOUILLI *Griechische Ikonographie*, I 1901, lámina de monedas II 5-6 (SCHEFOLD o. c. 173, núms. 22-23).

[7] Valorizadas ya en los primeros estudios sobre la iconografía de Heródoto; así WINTER (*Jahrb. deutsch. archäol. Inst.* V 1890, 151 ss.) y KEKULÉ (*Genethliakon zum Buttmannstage*, 1889, 31 ss.).

[8] Cf. ARNDT-BRUCKMANN *Griechische und römische Porträts*, números 128-30; BERNOUILLI o. c. 160; RUESCH *Guida illustrata del Museo Nazionale di Napoli*, 1908, núm. 1129; OEHLMANN *Portraettet den Grieiska Plastiken*, 1910, 103; HEKLER *Die Bildniskunst der Griechen und Römer*, 1912, núm. 15; PFUHL *Die Anfänge der griechischen Bildnisskunst*, 1927, 14; POULSEN *From the Collections of the Ny Carlsberg Glyptothek* I 1938, 85; SCHEFOLD o. c. 160, 2 (reproduce el siguiente), 173, 22-23, 215 y 221; LAURENZI *Ritratti greci*, 1941, 93, núm. 19 y lám. V 19 y *Enciclopedia dell' Arte Antica*, s. v. *Erodoto*.

[9] RUESCH o. c. núm. 1143; HEKLER o. c. núm. 16; SCHEFOLD o. c. 160, 2.

[10] ROBINSON *Am. Journ. Arch.* XXIV 1919, 103 y RICHTER *Catalogue of Greek Sculpture*, 1954, núm. 103.

[11] GRAINDOR *Bustes ... d'Egypte romaine*, s. a., 74 ss. y lám. XXIII.

[12] ANNIBALDI *Notizie degli Scavi*, 1940, 420.

[13] BERNOUILLI *o. c.* I 158 ss.; ARNDT-BRUCKMANN o. c. 767/68; 11/12.

[14] La atribución de una pieza de Atenas (HEKLER *Archäologischer Anzeiger*, 1934, 260) no es aceptada generalmente. También se considera

El retrato destaca por el desarrollo de volúmenes en las masas carnosas del rostro y su contraste en lo acentuado de la longitud de la cara con respecto a la anchura, contraste acentuado por la larga barba. Esta disposición obliga a agrupar este retrato con otros de características parecidas, a cuya cabeza puede situarse el retrato platónico identificado con el de Silanión [15]. Es este el caso, entre otros, de los retratos de Bías, Esquines e incluso algunos de Demóstenes [16].

La cronología de este tipo es discutida, pero conviene advertir que las copias que han llegado hasta nosotros corresponden a la época de los Antoninos. Laurenzi, basándose en la semejanza con la obra de Silanión, fechó el prototipo en el período 380-360 a. J. C. [17]. Lippold compara el tratamiento del pelo con algunas obras de fines del siglo V y, en consecuencia, sitúa el prototipo en este momento [18]. Schefold lo fecha en el siglo II a. J. C. [19] y Sieveking [20] lo considera sin discusión como una obra de época romana. Sin embargo, en este caso es forzoso suponer que el retrato tuvo que inspirarse en una obra más antigua, quizá en el retrato de Tucídides que algunas veces, como en una vieja reconstrucción reflejada en un mosaico romano de Gerasa, en Transjordania, ofrece ciertas semejanzas con el tipo de los hermes de Heródoto [21].

El lugar de realización es, actualmente, desconocido. No es posible superponer los tipos de las monedas de Halicarnaso a la iconografía de los hermes, aunque existe una

---

como obra moderna el retrato de la Gliptoteca Ny Carlsberg núm. 427, atribuído por HEKLER (cf. POULSEN l. c. y *Catalogue of the Sculptures* 302, 300 de la edición alemana).

15 Cf. LAURENZI o. c. 31 s. y BIEBER *The Sculpture of the Hellenistic Age*, 1955, 43 ss..

16 Cf. POULSEN l. c.

17 L. c.

18 *Griechische Plastik*, 1950, 215, nota 6.

19 O. c. 215.

20 *Phil. Woch.* LXI 1941, 348.

21 KRAELING *Gerasa*, 1938, 458 ss. (SCHEFOLD o. c. 171, 1 y 217).

semejanza. Es muy posible que el prototipo del retrato difundido a través de éstos fuese creado en algún gran centro artístico helenístico: probablemente Alejandría, como propone Lippold, o Pérgamo. Lo más prudente parece situar el momento de su creación en el siglo II a. J. C.

El carácter reconstructivo de este retrato impide intentar un análisis psicológico del personaje. Por otra parte, el retrato no ofrece ningún elemento que permita suponer ningún ensayo de caracterización psicológica. La pérdida de la policromía en los ojos pudiera dar lugar a suponer, en las grandes cuencas vacías, una representación de vida interior y meditación, pero, aparte del carácter ilusorio de tal suposición, ¿cabría suponer esta «introversión» en un historiador que se muestra en su obra tan atento y observador de los pormenores del mundo exterior?

La serie de hermes de Heródoto no nos muestra al historiador de Halicarnaso tal como fue en su aspecto físico, sino tal como pudo ser. Un aspecto que todo griego y todo romano podía identificar, gracias a su frecuencia, con el de un pensador, un literato o un hombre de estudio más a quien permitieran personalizar sus rasgos fisionómicos.

A. BALIL

INTRODUCCION A HERODOTO [1]

1. *Vida de Heródoto y nacimiento de su obra*

Heródoto nace en Halicarnaso, ciudad doria del SO. de Asia Menor, poco antes de la segunda guerra médica, esto es, del 480 a. J. C. Su padre es Lixes, de nombre no griego, cario concretamente, y pariente suyo —quizá tío— es Paníasis, el poeta épico, de nombre también cario. Estos datos dejan ver bien claro que los griegos que fundaron Halicarnaso mezclaron su sangre con los carios que poblaban aquella región. De otra parte, Halicarnaso está en esta época sometido a una dinastía de tiranos (la palabra, carente de sentido peyorativo, no quería decir más que «príncipe») carios helenizados, vasallos a su vez de Persia. Sin embargo, Heródoto se sintió griego antes que cario y se vio complicado en el intento de derribar al tirano Lígdamis; a consecuencia de ello vivió en su juventud desterrado en la vecina isla de Samos, por la que testimonia su afecto y admiración en diversos lugares de su obra. Posteriormente cayó Lígdamis y en el año 454 a. J. C. Halicarnaso figura ya como miembro de la liga marítima, la gran alianza griega contra Persia que encabeza Atenas. La caída de Lígdamis debió de tener lugar en conexión con la guerra llevada a cabo por la liga contra Persia; efectivamente, tras la victoria del general ateniense Cimón en el Eurimedonte (465 a. J. C.), la liga

---

[1] Como, por su misma calidad de libro de texto ya agotado, no alcanzará gran difusión en muchos medios pedagógicos durante los cursos próximos, nos ha parecido interesante reproducir la nota introductoria incluida en las páginas 7-30 de la *Antología de historia griega* de Heródoto publicada (Madrid, 1960) por la S. E. E. C.

marítima llegó a contar entre sus miembros a las ciudades griegas de Asia Menor, entre ellas, como decimos, Halicarnaso. Y Lígdamis no era más que un representante del rey de Persia, que gobernaba las ciudades griegas sometidas por medio de tiranos. Tras su caída, Heródoto regresó a Halicarnaso.

Pero no pasó mucho tiempo sin que abandonara de nuevo su ciudad natal. Evidentemente, durante su estancia en Samos debió de descubrir su vocación para escribir λόγοι, relatos de tema geográfico, etnográfico e histórico que completaran y aun rectificaran los de Hecateo de Mileto, con quien polemiza en su obra. Sin renunciar a un cierto prejuicio contra los jonios, Heródoto se dejó absorber por la cultura de éstos, la única de la época, y decidió continuar un género literario por ellos fundado y escrito en su dialecto. Lo cual no quiere decir que Heródoto sólo después de emigrar de Halicarnaso a Samos, isla jónica, aprendiera el jonio, pues las inscripciones nos testimonian que Halicarnaso tenía una población mezclada, y, de otra parte, jónica es fundamentalmente la literatura en que se había formado el historiador y cuyo conocimiento se trasluce en muchas de sus páginas. Halicarnaso, decididamente, le resultaba demasiado pequeña y provinciana. Las ciudades dóricas son una minoría frente a las jónicas dentro de las poblaciones griegas de Asia Menor, y, de otra parte, los dorios no habían desarrollado tampoco en Grecia propia una cultura literaria comparable a la de los jonios.

Para realizar su ἱστορίη, su investigación, Heródoto viajó por el mundo de las colonias griegas de Oriente, principalmente jónico, y, apoyándose en él, penetró en los países del interior, en aquel momento bajo el dominio persa. Las fechas no son seguras; desde luego, en Egipto estuvo en algún momento después de la batalla de Papremis (459), pero esto no es decir gran cosa. La paz de Calias, firmada el año 449 entre el rey de Persia y la liga marítima, facilitaría sin duda los movimientos de un griego como Heródoto en el imperio persa; pero no es seguro que antes fueran imposi-

bles. En todo caso, y sin entrar a discutir los detalles y las fechas relativas de los diversos viajes, Heródoto estuvo, además de en Egipto, en Cirene, Fenicia, Asia Menor, Babilonia, Escitia (Crimea y el E. de los Balcanes); no parece que llegara a Susa, capital del imperio persa, ni que, en Escitia, se alejara mucho de la colonia griega de Olbia. El fin de estos viajes es el que él mismo atribuye a Solón y Anacarsis (I 30, IV 76): la θεωρίη, «contemplación», y también la ἱστορίη, «investigación», a que él alude en el comienzo mismo de su obra. En varios lugares, y sobre todo en el libro II, dedicado a Egipto, Heródoto nos habla de su método de investigación, que comprende la contemplación (ὄψις) de los lugares y monumentos y la atención prestada (ἀκοή) a los λόγιοι, los enterados indígenas o griegos. Luego viene el juicio crítico (γνώμη) y también la consulta de las fuentes griegas, como Hecateo. Heródoto ha podido equivocarse —y se equivoca a veces— por mala interpretación de lo que ve o por haber realizado una visita rápida o superficial; por la poca competencia de los testigos e imposibilidad de llegar a los mejor informados a causa de desconocimiento de su lengua u otras circunstancias; finalmente, por crítica insuficiente. Pero no cabe duda de que su intención fue siempre verificar una investigación, una encuesta, sobre las huellas de sus predecesores jónicos, de los que hemos de hablar.

Culminación de estos viajes es el que realiza a Atenas, que tan profunda huella deja en su *Historia*. Desde allí, sin duda, visitó Heródoto las distintas ciudades griegas, así como los campos de batalla de las guerras médicas, cuyo conocimiento directo acredita su obra. La fecha del viaje o viajes a Atenas es anterior a la fundación de Turios, en Italia meridional, en 444/3; aunque es fácil que volviera después. Atenas es la gran capital del mundo jónico, en el que ha entrado ahora Halicarnaso; ha tenido además un papel central en las guerras médicas, de modo que la visita de Heródoto es indispensable. Pues incluso los grandes excursos sobre pueblos bárbaros en los primeros libros dejan ver cla-

ramente que el interés de Heródoto no es sólo geográfico y etnográfico, como el de la mayor parte de sus predecesores jónicos, sino también histórico.

Como otros tantos jonios e isleños de su tiempo, Heródoto ha sido conquistado por Atenas. Lo que habría sido una mezcla, un tanto incoherente, de geografía, etnografía e historia de Persia a la manera de las obras anteriores, se ha convertido fundamentalmente en una historia de las guerras médicas dominada por el espíritu del patriotismo griego y por la creencia en la superioridad moral de los griegos sobre los bárbaros, superioridad basada en la de la libertad sobre el despotismo. Las guerras médicas, que iban a ser un episodio más dentro de la historia de Persia, se convirtieron así en el núcleo y culminación de la obra de Heródoto; el resto es precedente, ciertamente desproporcionado e innecesario a veces; es lo que subsiste del plan anterior. Hay, pues, según decimos, un cambio de plan: la obra se interrumpirá ahora tras la derrota persa en la segunda guerra médica; y junto a los persas se alinearán frente a los griegos, como anteriores enemigos bárbaros, los lidios y los troyanos. En suma, Heródoto ha decidido escribir una historia de las luchas entre Asia y Europa, que culminan en la victoria europea, de Grecia, en las guerras médicas.

Efectivamente, el plan de los primeros libros de Heródoto consiste en narrar la historia persa y, como excursos o apéndices, la de los diversos pueblos conquistados por los persas, según esta conquista tiene lugar. Pero la historia de Lidia es narrada antes de la de Persia y no en el momento en que Lidia es conquistada por Persia; ello se debe a que los lidios son el primer pueblo bárbaro que luchó con los griegos en época histórica. Heródoto alteró en su beneficio el plan original, lo que perfeccionó con la narración de los precedentes míticos de este primer encuentro histórico de griegos y asiáticos.

Claro está que éstas son sólo líneas generales y que el pormenor es mucho más complicado; en los primeros libros

se prepara ya a veces el planteamiento de los últimos y en éstos quedan abundantes huellas de una posición frente al bárbaro no plenamente consciente de la unidad y superioridad moral del pueblo griego. Inútil añadir que no puede trazarse una separación tajante entre lo jónico y lo ático. Pero no cabe duda de que Heródoto representa, tanto como el comienzo de una edad que ve su símbolo en la victoria frente al persa, el fin de otra en que los griegos de Asia han vivido estrechamente unidos a los pueblos orientales, admitiendo con frecuencia de buen grado una sumisión al persa no demasiado dura y careciendo de un fuerte ideal panhelénico y, desde luego, de todo complejo de superioridad frente al bárbaro. Recordemos que Heródoto ha nacido como hijo de un padre cario y como vasallo persa a través de un tirano también cario. Es cierto que ha sublevado contra esta tiranía y ese vasallaje y que, con su ciudad, ha acabado por entrar dentro del círculo de la influencia ateniense; cierto también que su odio doctrinario contra los tiranos de que se servían los persas para dominar a las ciudades griegas le predisponía a la admiración del régimen político de Atenas. Pero no es menos verdad que Heródoto ve en la sublevación jónica, que provoca la intervención ateniense y las guerras médicas, un grave error cuyos motivos no eran honorables; que admira a diversos pueblos bárbaros, así la sabiduría y la religión egipcia como el valor y la caballerosidad de los persas; y que no idealiza a los hombres más grandes de Atenas (Temístocles, por ejemplo) ni niega su admiración a los lacedemonios, a Delfos, etc.

Parece que Heródoto encontró buena acogida en Atenas, aunque los pormenores son dudosos. Según Plutarco (*De Herodoti malignitate* 26) y Eusebio (*Crón.*, Ol. 83, 4), fue premiado públicamente, después de una lectura de su obra, el año 445/44. Se habla de su amistad con varios personajes atenienses, y ello es muy verosímil en el caso de Sófocles. Hay que advertir que el pensamiento ateniense tradicional, que culmina en la tragedia de Esquilo y Sófocles, coincide grandemente, como veremos, con la filosofía histórica de

Heródoto; este pensamiento se centra en la idea del castigo divino del hombre culpable. No obstante, sin por ello negar el influjo en él de la poesía ateniense, podemos afirmar que lo fundamental de esta línea de pensamiento deriva de la poesía anterior, sobre todo la elegía, y en definitiva de la epopeya. Aquí no hay un hiato como el que existe entre la concepción jónica primitiva y la ática de las relaciones entre griegos y bárbaros. Son los círculos conservadores atenienses los que ha debido de frecuentar Heródoto. No los influídos por la sofística, que trata de derrumbar las antiguas normas de conducta y juicios de valor; son escasos y principalmente formales los influjos sofísticos que se han encontrado en Heródoto. Tampoco parece que comulgue demasiado con las ideas imperialistas de la democracia radical, capitaneada por Pericles, que contenía dento de sí el mismo pecado de πλεονεξίη, ambición excesiva, criticado en los persas y que, además, echaba mano para su justificación de los argumentos sofísticos del poder del más fuerte y de la negación de las normas morales al uso.

El último episodio de la vida de Heródoto que conocemos con seguridad es su participación en la colonización de Turios, la colonia panhelénica fundada por Pericles, el año 444/43. Heródoto de Turios se llama así mismo en el comienzo de su obra, según el testimonio de Aristóteles (*Retórica* III 9). En Turios muere, según un epigrama transmitido por Esteban de Bizancio (*s. v.* Θούριοι). Los modernos han puesto en duda esta última afirmación; Turios se apartó pronto de la alianza con Atenas y se piensa que Heródoto debió de regresar a esta última ciudad. Como quiera que ello sea, resulta claro que Heródoto vivió aún los primeros años de la guerra del Peloponeso, según se desprende de varias alusiones a sucesos de esta época en el curso de su obra. Estas alusiones llegan al año 426 a. J. C. Su muerte debe colocarse poco después.

La investigación de en qué época de su vida fue escrita la obra de Heródoto resulta, como en el caso paralelo de otros autores, difícil. La pretensión de exactitud en esta materia

es tanto más peligrosa cuanto que hay que contar con reelaboraciones y añadidos, referencias introducidas secundariamente, cambios de plan como el aludido arriba y la supresión de los Ἀσσύριοι λόγοι prometidos en II 84. Además hay que pensar que apuntes o notas sueltas han sido luego reelaborados secundariamente. Lo único claro es que Heródoto ha recogido pacientemente un material abundantísimo, procedente de encuesta directa o de diversas fuentes. La redacción de la obra no ha debido de esperar para ser comenzada a la reunión de la totalidad del material. En un momento dado se ha organizado como un tratado histórico, etnográfico y geográfico del imperio persa y de los pueblos que fue sometiendo; quizá en una fecha anterior Heródoto escribiera λόγοι independientes sobre pueblos, como se ha sugerido alguna vez, λόγοι que luego uniría ampliando su plan. En Atenas o, posteriormente, en Turios, se realizó la redacción de los últimos libros y el cambio de orientación de la obra entera. Frente a diversas negaciones anteriores, hoy se afirma que está completa; acaba con el fin de la segunda guerra médica y su epílogo es el relato de cómo Ciro el grande aconsejó a los persas simplicidad de vida y ausencia de ambición en vez de imperialismo y relajamiento: es una especie de moraleja. Y las continuas digresiones no deben interpretarse en el sentido de que falta una revisión final, sino que deben ser comprendidas dentro de los principios de composición vigentes en la época.

2. *Precedentes de la obra de Heródoto*

Una vez que hemos encuadrado históricamente en sus grandes rasgos la figura y la obra de Heródoto, conviene que nos detengamos un poco más sobre los precedentes de que partió para trazar su gran historia de Persia, que culmina en el choque de griegos y persas; es decir, para trazar la historia y geografía universal de su tiempo, lo cual le ha hecho merecedor del título, otorgado por Cicerón, de padre de la

Historia. Ya hemos adelantado que tanto como fundador de un nuevo género literario, es Heródoto culminación de toda una literatura precedente. Vamos a ver seguidamente en qué medida es esto cierto.

Cuando se habla de los precedentes de Heródoto se piensa ante todo en los logógrafos y en el resto de la prosa jónica. Esto es cierto, aunque resulte incompleto.

La fundación de colonias y las empresas mercantiles que fueron poco a poco descubriendo todo el Mediterráneo y el Mar Negro, dieron origen a una literatura de periegesis, es decir, de descripciones de costas para uso de los navegantes que comprendían también algunos datos sobre los pueblos del interior. Su finalidad en principio debió de ser puramente práctica, pero luego, sobre todo con su culminación en Hecateo, que acompañaba su descripción de un mapa, buscan ante todo satisfacer la curiosidad de los lectores. Por una casualidad afortunada poseemos la traducción latina, obra de Avieno, de un periplo masaliota del siglo VI que describe las costas de España; y además fragmentos de otros y de la Περιήγησις γῆς de Hecateo. Siempre hallamos la misma composición sucesiva y monótona; se describen las costas en un sentido determinado y luego, tras cada una, los pueblos del interior con sus costumbres y sus θωμάσια o cosas notables: edificios, flora y fauna, etc. Expresa o no, suele haber una comparación con las costumbres y cosas de Grecia, pero sin el esfuerzo constante por poner por encima lo griego. En la descripción de Escitia o Libia en Heródoto se encuentra igual procedimiento expositivo; y la división en descripción geográfica, costumbres y θωμάσια se mantiene firme en los excursos etnográficos de Heródoto. Es más, no hay duda de que éste a veces toma materiales concretamente de Hecateo.

Estas obras geográficas y etnográficas no tenían interés por lo histórico; sólo, insistimos, por la descripción geográfica y etnográfica y, en una y otra, por lo extraordinario y fuera de lo normal. Hay, sin embargo, algunas crónicas de ciudades o λόγοι sobre regiones o naciones que añadían ya

a estos elementos un interés por lo humano. La mayoría de los autores de estas obras son para nosotros meros nombres y, además, su fecha es con frecuencia dudosa o tardía, contemporánea de Heródoto. Aun así, podemos citar a Caronte de Lámpsaco con sus Ὧροι Λαμψακηνῶν o *Anales de Lámpsaco*; a Dionisio de Mileto con sus Περσικά o *Historias Persas*; a Janto de Lidia con sus Λυδιακά o *Historias Lidias*. Hemos de imaginarnos la parte histórica de estas obras como armada en torno a la genealogía de los reyes y a las grandes batallas o sucesos y dominada por la interpretación a base de motivos personales, anécdotas y «novelas». Conservamos varios fragmentos de este tipo procedentes de Caronte de Lámpsaco. En Heródoto hay abundancia de pasajes semejantes: la historia de Rampsinito y los ladrones —un verdadero cuento de *Las mil y una noches*— o el engaño para que el caballo de Darío relinchara el primero y él fuera así proclamado rey, son buenos ejemplos. Muchas veces, estas historias no afectan siquiera a ningún personaje importante; hay abundantes anécdotas «de interés privado», para expresarnos con un autor reciente; citemos, como un ejemplo conocido, la historia de Arión. No podríamos afirmarlo, pero es casi seguro que en las obras de los logógrafos que hemos citado las digresiones e incoherencias en el relato fueron completamente normales.

En realidad, la reducción de la historia a anécdota personal —completada, es cierto, por consideraciones generales, según veremos, sobre el destino del hombre— es característica de una amplia corriente de la literatura jónica. Nos referimos con esto a la leyenda de los Siete Sabios, la vida de Homero o la de Esopo, cuyos prototipos más antiguos remontan a esta época. Se trata con frecuencia de anécdotas ejemplares, que tienden a dar una idea del carácter del personaje a que se refieren. La anécdota toma también un valor paradigmático en Arquíloco, en alguno de cuyos epodos sustituye al mito o la fábula. Por ello es completada por la máxima, γνώμη, también frecuente en Heródoto y, sin duda, en los logógrafos jónicos. La leyenda de los Siete Sa-

bios está, en efecto, entretejida de γνῶμαι. Otra forma de la anécdota, también con una conclusión ejemplar, es la fábula. En cambio, otras veces se trata del simple gusto de novelar y de narrar cosas extraordinarias o interesantes en algún modo; podemos aludir aquí a los precedentes de la novela erótica en las fábulas milesias.

Con todo, son estos precedentes totalmente insuficientes para comprender de dónde partió Heródoto para componer su *Historia*. Realmente en prosa no se había hecho ningún intento, que sepamos, para componer una gran narración que fuera un conjunto coherente desde los puntos de vista ideológico y estilístico. En buena medida al menos, Heródoto debió de buscar sus modelos en la poesía: la epopeya y la lírica. Aunque la verdad es que nuestro conocimiento de la prosa jónica es tan incompleto que no podemos ver bien en qué medida acudió directamente a los modelos poéticos o halló éstos ya utilizados en la prosa. Al menos, en lo que respecta a la racionalización del mito tiene claros precedentes en ésta, como veremos. De todos modos, el empeño de su obra es mayor que el de las de sus predecesores; y de que acudió a Homero, la lírica y la tragedia directamente, no hay duda: la misma lengua, mucho más mezclada con poetismos que la de Hecateo, nos lo testimonia.

La epopeya es la primera historia griega, como es bien sabido. No entramos aquí en el problema de su veracidad ni en el de la crítica que desde este punto de vista se le hizo en una edad posterior, ya en Hecateo. Cuando Heródoto se lanzó a componer una amplia obra, que es más que una compilación etnográfica adornada con anécdotas personales —aunque sea esto también—, obra que tiene la intención de desplegar y explicar el drama de la historia universal, la epopeya y ante todo la *Ilíada* fueron un modelo evidente desde los siguientes puntos de vista por lo menos:

a) En cuanto a la composición y procedimientos narrativos. Como en la *Ilíada*, hay en la obra de Heródoto una acción que marcha desde el comienzo hasta el final, pero con una infinidad de interrupciones, de digresiones, de retrocesos

para buscar precedentes, de pormenores anejos de que se podría prescindir, de anticipaciones y vislumbres de lo que viene detrás. La composición en anillo —se cuenta el final y luego se narra lo sucesivo, como en el comienzo de la *Ilíada*—; los catálogos o listas de ejércitos, pueblos, etc.; las deliberaciones que preparan e iluminan la acción que ha de venir (diálogo de Solón y Creso; de Jerjes y su consejo antes de la expedición; del consejo de guerra griego antes de Salamina, etc.); las comparaciones para exhortar o disuadir de la acción (por ejemplo, los corintios cuentan sus propias experiencias de la tiranía para disuadir a los lacedemonios de implantarla en Atenas); estos y otros procedimientos narrativos son estrictamente épicos. Nótese que, como en la *Ilíada*, conforme nos acercamos al núcleo de la acción, la narración se hace más coherente y rectilínea. En la *Odisea* diversas acciones convergen en una final, del mismo modo que en Heródoto los distintos pueblos confluyen en el imperio persa para chocar luego juntos con Grecia.

De este modo, la epopeya no presenta nunca los hechos en orden puramente cronológico, sino que busca siempre valorarlos dentro de una idea general en el momento que se considera más adecuado para darles relieve. Al tiempo, hay episodios a cuya narración el poeta no quiere renunciar y que se colocan en un sitio arbitrario con una conexión laxa con el resto. Estos procedimientos y criterios son los mismos de Heródoto. Se trata, pues, de una composición consciente y no de descuido o falta de revisión. El mismo dice (IV 30, VII 171) que siempre fue su intención el hacer entrar en su obra excursos y paréntesis.

b) La *Ilíada* da el modelo de una lucha de todos los griegos contra un enemigo común. En ella, una masa de tradiciones épicas ha quedado no borrada, pero sí subordinada a este planteamiento. Planteamiento que no impide una valoración humana de ambos bandos contendientes. Igual en Heródoto.

c) La epopeya presta todavía a la *Historia* de Heródoto

la finalidad confesada de la misma, como se dice al principio: evitar el olvido de las acciones grandes y admirables de griegos y bárbaros. Heródoto, como Homero, cuenta los κλέα ἀνδρῶν, la gloria de los héroes. Por ello, tras las grandes batallas, Heródoto no se olvida nunca de contar quiénes se distinguieron más de uno u otro ejército: lo individual no es absorbido aún por lo colectivo. Claro está que Heródoto ha perdido el tono solemne de Homero y que su escala de valores es más amplia; entre esas «grandes acciones» se admiten ya las que consisten en la pura habilidad e incluso en el engaño. Pero ya Homero celebraba los hechos de Odiseo.

Hay todavía otro punto de vista, esencial en Heródoto, cuyo origen hay que buscar también en la epopeya, aquí continuada y completada por la lírica y la tragedia. Heródoto no se limita a narrar hechos, sino que les da una interpretación dentro de una concepción heredada del destino del hombre como ser sometido al poder del dios, que castiga sus faltas, su orgullo y aun su exceso de prosperidad. Esta concepción, que antes se aplicaba principalmente al hombre individual, penetra a través de él en la historia de los pueblos y da base a una filosofía de la historia; hemos de ver los casos particulares. Combinada con la oposición de griegos y persas, servirá para explicar la derrota de estos últimos.

Veamos brevemente los precedentes de esta manera de pensar en la literatura anterior. Ya en la epopeya, la acción del héroe aparece constantemente condicionada por los dioses y su resultado es con frecuencia el dolor. No es posible rehuir los dones de los dioses. La idea general de la caducidad y debilidad de lo humano está siempre presente, sin por ello paralizar la acción. En la lírica, esta consideración de la vida humana es precisada en forma de doctrina, y además se intenta ya penetrar en las causas del infortunio en cada caso concreto. La inestabilidad de todo lo humano se funda en su propia naturaleza y también en ella se funda su predisposición al error. Error que es muchas veces ὕβρις, rebelión contra el orden del mundo basado en la supremacía

de los dioses. Esta ὕβρις consiste en sobrepasar el μέτρον, la medida de lo que nos ha sido asignado. A veces, la ὕβρις es interpretada moralmente, y consiste en la violación de la justicia; así ya en Solón. Pero todavía queda la gran masa de los casos en que se acepta simplemente la vocación del hombre al sufrimiento y la desgracia; y queda abierta la posibilidad de interpretar el sufrimiento humano como acción injustificada de los dioses, que abaten las cumbres demasiado altas. Castigo de la impiedad o de la simple presunción y orgullo, error difícil de evitar para un hombre, ceguera enviada por el dios a aquel a quien quiere perder, a veces sin justificación: todas estas interpretaciones del cambiante destino humano se dan unas al lado de otras en Píndaro, Arquíloco, Solón, Teognis, etcétera. Pero nada de esto paraliza la acción, que es, pese a todo, la obligación del hombre noble.

La tragedia no hace en sustancia otra cosa que continuar este pensamiento y aplicarlo al destino de un hombre individual. Lo mismo hace Heródoto en el caso de personajes como Policrates, Creso o Jerjes. Estos son en buena medida personajes de tragedia, aunque se ponga el acento más en su falta y su castigo, o en su ruina inmerecida, que en los rasgos que les harían humanamente merecedores de mejor suerte. Hay, sin duda, influjo de la tragedia ateniense, si bien, insistimos, en lo esencial Heródoto debió de pensar de un modo parecido ya antes de su llegada a Atenas. Es esta la suma y compendio del pensamiento de toda la época presofística, y a ello hubo de acudir por fuerza Heródoto para dar coherencia y sentido a su obra, superando la pura y simple relación de θωμάσια, anécdotas personales y aventuras a la manera de la prosa jónica.

En suma, es en la epopeya en donde encuentra principalmente su inspiración la gran construcción de Heródoto; pero añadiendo una concepción sobre el destino humano en gran parte desarrollada después, y completándola con la etnografía y la novelística jónica; además, con el juicio sobre las guerras médicas como triunfo de una concepción griega, más hu-

mana, de la vida, según las ideas a que llegó Heródoto a partir de su estancia en Atenas.

Hay que recordar, de otra parte, que después de Homero la epopeya fue sistematizándose y utilizándose para narrar la historia más antigua de las diversas ciudades: ya conservando el metro épico (Ἰωνικά de Paníasis, Περσικά de Querilo); ya vistiéndose de elegía (*Fundación de Colofón* de Jenófanes, *Esmirneida* de Mimnermo); ya puesta en prosa (*Genealogías* de Hecateo). En algunas de estas obras, el mito se continúa con la verdadera historia; en Hecateo, por el contrario, se intenta una racionalización del mito. En este mismo estadio se encuentra Heródoto. Aunque cuenta los precedentes míticos de la lucha entre Asia y Europa, separa muy claramente ambos períodos y cree su cometido narrar sólo los hechos del segundo. Este período no es sólo posterior al primero, sino también esencialmente diferente. Aunque son los dioses quienes conducen la historia, no intervienen personalmente en ella, sino sólo por medios indirectos, oráculos, sueños, etcétera; y sobre todo por la ἄτη, ceguera moral del hombre abocado a su ruina. Cuando habla de la intervención de un dios, Heródoto suele manifestarse con un λέγεται, «se dice», o dar una explicación racionalista. Así, la epopeya y la poesía han dado el cuadro para narrar la historia del período «humano», pero su materia se ha evaporado totalmente, sustituída por la habitual en los prosistas jónicos y la nueva que aporta Heródoto.

3. *Heródoto, investigador y escritor*

La historia de Heródoto constituye una magna acumulación de materiales procedentes de campos muy diversos. Ya hemos indicado algo de esto. Además de a los grandes hechos de la historia, su curiosidad está abierta a todo aquello que sea extraordinario desde cualquier punto de vista; en esto es continuador fiel de los jonios. También a la geografía y etnografía en general, aunque preferentemente en sus res-

pectos fuera de lo común: ríos tan distintos de los de Grecia como el Nilo, animales exóticos, costumbres inversas a las de los griegos, tales como las que Heródoto atribuye a los egipcios, o chocantes y aun bárbaras como la antropofagia de ciertos pueblos o el trabajo por los escitas del cuero cabelludo de sus enemigos muertos. Heródoto gusta también del dato simplemente pintoresco, como contar quién es el inventor de tal cosa o cuál es el objeto de mayores dimensiones, peso o precio dentro de un orden determinado. En lo estrictamente histórico es amigo del pormenor individual —hazaña, aventura, acto de ingenio e incluso de engaño—, aunque a veces, como apuntamos arriba, no tenga interés alguno para la marcha de la historia. Todo esto es también herencia jónica. Los grandes momentos históricos pierden así solemnidad, al acompañarse de detalles de toda clase; pero, al tiempo, producen una sensación de inmediatez y verdad.

Toda esta vasta reunión de materiales fue recogida por Heródoto en el curso de sus viajes, de los que hemos hablado. En el libro II manifiesta el historiador especialmente bien su método de observación directa, completado con los informes de los λόγιοι, a los que hay que añadir las fuentes escritas. En los libros sobre Grecia, Heródoto nos muestra su conocimiento de las ciudades y de los campos de batalla, de las ofrendas guardadas en Delfos, etc.; pero apenas da pormenores sobre sus informadores, aunque alguna vez (IX 16) cite a alguno concretamente. En ocasiones, Heródoto alude a la existencia de varios informadores y fuentes, entre los cuales elige al que da la versión más coherente y verosímil (así, por ejemplo, en lo relativo al nacimiento de Ciro); o también puede ocurrir que dé una al lado de otra las diferentes versiones, sin decidirse por ninguna. La crítica de Heródoto sobre opiniones diferentes de la suya se manifiesta muchas veces claramente, bien con la aposición de hechos o datos concretos o bien con la de argumentos de buen sentido: por ejemplo, es inverosímil que los Alcmeónidas apoyaran al tirano Hipias y a los persas,

puesto que antes habían contribuído a derrocar al primero (VI 121). Esta crítica es con frecuencia insuficiente. Donde tal vez se ve mejor cómo funciona es cuando se refiere a los mitos, que racionaliza ingenuamente: por ejemplo, las palomas negras que supuestamente fundaron el oráculo de Dodona serían mujeres egipcias (II 55-56). Pero también puede ser acertada: las «plumas blancas» que caen en el Norte de Escitia serían copos de nieve (IV 31). Otras veces, Heródoto utiliza fuentes contradictorias sin reparar en ello, de donde resulta una cierta incoherencia al hablar de personajes contemporáneos, por ejemplo, Temístocles. La supuesta parcialidad de Heródoto contra algunas ciudades, como Corinto, debe atribuirse en gran medida a la influencia de sus fuentes. Por otra parte, no puede negarse cierta ligereza en la información; sobre Babilonia, sobre el alto Egipto, sobre Escitia, etc., hay errores geográficos y otros en la interpretación de lo que ve.

Por lo menos, hoy se está de acuerdo en reconocer en lo fundamental la imparcialidad de Heródoto contra las aseveraciones del *De Herodoti malignitate* de Plutarco. No hay parcialidad proateniense, aunque sí admiración de Atenas y conciencia de la importancia de su papel en las guerras médicas. Esparta es también admirada, y se la pone como verdadero paradigma de lo griego. Si se critica a Tebas, es porque su papel no pudo ser más deshonroso en la segunda guerra médica. Queda luego la cuestión del desigual valor de las fuentes manejadas, a que hemos aludido. En suma, no está demostrado en ningún caso que Heródoto altere conscientemente la verdad.

La naturaleza de la colección de materiales históricos y los métodos seguidos para reunirlos y criticarlos es, dentro de la obra de Heródoto, lo más ligado a los métodos de la incipiente historiografía jónica, aunque la magnitud de la empresa sea incomparablemente mayor. En conjunto, no se puede evitar sentir una cierta impresión de primitivismo; bien que todo este material ha sido utilizado, según veíamos,

al servicio de una composición literaria y de una concepción de la historia diferentes.

Hablemos primero de la composición. En términos generales, la obra de Heródoto, a continuación de la introducción, consta de tres partes: lucha de Creso, el rey lidio, con los griegos, e historia de Creso; historia de Persia y, en conexión con ella, de los pueblos que subyugó o con los que se puso en contacto; choque de griegos y persas (guerras médicas). Ya hemos adelantado que primitivamente la primera parte debió de ser un episodio de la segunda (sumisión de Lidia por Persia) y la tercera uno de tantos componentes de la segunda también.

Normalmente, por tanto, la historia (con la geografía y etnografía) de los distintos pueblos va siendo contada por medio de digresiones en el momento en que cada uno de ellos entra en contacto con los persas; en la primera parte, siguiendo un procedimiento idéntico, se habla de la historia primitiva de Esparta y Atenas a propósito de la petición de alianza que les dirige Creso. Así surgen dos grandes excursos, que adquieren la categoría de obras independientes y que tal vez lo fueran en la intención primitiva: el de Egipto (libro II) y el de Escitia (libro IV). Es de notar que Egipto y Escitia se oponen también como los dos extremos del mundo, en lo físico y lo moral, en la concepción de los geógrafos jónicos. Excursos menores son los que conciernen a Libia (libro IV), a Babilonia (libro I), etc. Con excepción de las grandes digresiones sobre Egipto y Escitia, Heródoto procura que los excursos no sean demasiado extensos ni rompan la línea del conjunto. La historia de Esparta y Atenas, concretamente, está dividida hábilmente en varios apartados, introducidos en los distintos momentos en que entran en contacto (negociación de alianzas, guerras, etc.) con Lidia y Persia. Otras digresiones son aún más necesarias en el cuadro de la exposición: así, el estudio del campo de batalla de las Termópilas antes de dicho encuentro.

De todas formas, abundan todavía las digresiones innecesarias, introducidas por un simple nexo de simultaneidad

(«en el mismo tiempo...») o por una incidencia o pretexto cualquiera. Se apoya para esto Heródoto, como decíamos, en la tradición épica y en la novelística jónica. De otra parte, hay que tener en cuenta, para justificarle, que la empresa de ordenar en una obra toda la inmensa masa de materiales recogida por su curiosidad y erudición no tenía precedentes en la prosa de la época.

Sería injusto, sin embargo, negar a Heródoto todo esfuerzo de ordenación de sus materiales en lo particular, fuera de las grandes líneas arriba trazadas. Heródoto construye con sus materiales, en ocasiones al menos, conjuntos coherentes, a veces seguidos de yuxtaposiciones de datos que los completan. Así, sobre todo, en el caso de las grandes batallas de las guerras médicas. La tendencia de la composición de Heródoto en sus momentos culminantes es dramática más que puramente descriptiva; la anécdota misma se subordina al drama. Veamos algunos ejemplos:

La gran expedición de Jerjes es subrayada en todos sus momentos decisivos por acciones y debates que explican el sentido de lo que después ha de venir. Véase el comienzo del libro VII: allí tenemos la ὕβρις de Jerjes castigando al Helesponto; el llanto de Jerjes al contemplar su gran ejército y pensar en la caducidad de la vida; su conversación con Artábano, que intenta disuadirle de su loca empresa; la nueva conversación con el rey espartano desterrado Damarato, que le enseña que sus compatriotas no cederán ante el número. Así, en el momento mismo de mayor esplendor del ejército persa es anunciada ya la catástrofe. Es el procedimiento del *Agamenón* de Esquilo. Dramática es en otro sentido la narración de Salamina. En escena está, pudiéramos decir, el consejo de guerra griego, reunido en la isla de Salamina: a él llega la noticia de la toma de Atenas; desde él envía Temístocles, en el momento en que teme que se tome la decisión de zarpar hacia el Peloponeso, un mensajero a los persas anunciando la intención griega de huir; a él llega, finalmente, la noticia del cerco persa, fruto de la astucia de Temístocles, con lo que se hace inevitable la lucha, de la que saldrá

la victoria. Pero también en los primeros libros hay pasajes semejantes. Así, una serie de anécdotas diversas y hechos legendarios han sido agrupados para crear el impresionante cuadro de la grandeza y la caída de Creso.

El encanto de Heródoto consiste en que este patetismo nunca borra la espontaneidad y sencillez de su estilo, que conserva tantos rasgos coloquiales, a los cuales pertenece ese mismo gusto por la digresión y la anécdota, por lo individual en general. Nuestro autor habla en primera persona, discute, calcula probabilidades, se dirige al lector como a un oyente, un amigo al que cuenta su historia. Parece, en efecto, que partes sueltas de ésta fueron leídas públicamente en Atenas y otras ciudades. Aunque Heródoto, según vemos, no carece en modo alguno de un arte de la composición, está muy lejos del artificio del discurso perfectamente calculado en todas sus partes a la manera sofística; hay en él mucho de espontaneidad y naturalidad, que precisamente subraya y da verdad a ese patetismo de que hablábamos. El estilo de Heródoto conserva en una gran medida el uso abundante de la coordinación, del anacoluto, el paréntesis, etc.; es decir, de la lengua coloquial no acomodada aún a la subordinación estricta y los períodos complejos de la prosa artística posterior, nacida de la sofística. Pocas son las huellas que ha dejado nuestro autor. Por eso, Heródoto es también a este respecto un mundo distinto del de la prosa ática; una pervivencia del espíritu de Jonia, pero pervivencia depurada y perfeccionada por el espíritu de la Atenas de la época presofística.

4. *El sentido de la historia de Heródoto*

El sentido de la Historia, según la concibe Heródoto, comprende en realidad dos niveles: uno, la concepción personalista que ve en la Historia antes que nada el hecho individual que debe ser perpetuado; otro, que juzga desde puntos de vista generales: el castigo de la ὕβρις, la superioridad de la democracia o, subsumiendo ambos puntos de

vista, la de Europa (Grecia) frente a Asia. Estos dos niveles se interpenetran constantemente mediante el reflejo de estas ideas generales en el destino de hombres individuales y la concepción de los grandes hechos históricos como el resultado asimismo de destinos individuales. Aunque queda un amplio margen para la exposición independiente de lo individual y lo general.

La tendencia personalista está muy arraigada en Heródoto como herencia de la prosa jónica y, en definitiva y ya en la esfera de lo mítico, de la epopeya. Buscaríamos en vano en él una historia de la evolución de la constitución ateniense; en vez de ello hallamos diversas anécdotas y sucedidos de Solón, los Pisistrátidas y Alcmeónidas, Clístenes; éste, por ejemplo, habría llegado a sus reformas por imitación de su abuelo Clístenes de Sición (V 67). La historia de Lidia en el libro I consiste fundamentalmente en una serie de anécdotas referentes a Giges y a Creso. De los reyes de Egipto se nos cuentan, tanto como sus campañas, sus obras arquitectónicas y anécdotas personales, como las relativas a Sesostris y Rampsinito. Y no puede decirse que Heródoto desconozca los factores que provocan la segunda guerra médica (imperialismo persa, deseo de venganza contra los jonios, etc.), pero esta guerra es para él fundamentalmente el castigo de la ὕβρις de Jerjes.

Este personalismo disminuye, de todos modos, en los últimos libros, en que la proximidad del proceso histórico descrito hace sentir su peso. Pero nunca se renuncia a la enumeración de los que para bien o para mal se han distinguido en las batallas, o de los que de algún modo han hecho algo de notable; véase, por ejemplo, el brutal castigo infligido por Hermotimo a Panionio en VIII 104 ss. Y con demasiada frecuencia los motivos personales cobran una importancia que seguramente no tuvieron; así, la sublevación de las ciudades jónicas, que acabó desembocando en las guerras médicas, es para Heródoto el resultado de maniobras personales y egoístas de Histieo y Aristágoras más que la consecuencia del deseo del pueblo jónico de recabar su independencia. Estos mo-

tivos personales inconfesables aparecen más de una vez en la *Historia* de Heródoto, y ello se le ha criticado desde Plutarco. Hay que tener en cuenta, de otra parte, que nuestro historiador depende de fuentes diversas, y que no todo debe serle atribuído personalmente. Además, él ve en toda guerra y en toda catástrofe un castigo o intervención divina por un acto de ὕβρις; de ahí que su comienzo sea visto siempre bajo una luz desfavorable. No había llegado todavía el tiempo de Tucídides, que encuentra el motor de la historia en la psicología humana, individual y colectiva, y en la misma dialéctica de las fuerzas en juego. Las fuentes de Heródoto y su misma obra son fundamentalmente literatura oral, y es sabido la importancia que tienen en este género de literatura los motivos personales, la anécdota y una cierta tendencia a la caricatura y la maledicencia. La falta de Heródoto es únicamente, quizá, haberla acogido con olvido de consideraciones generales que nos es más fácil hacérnoslas a nosotros que a él.

Con este personalismo se encuentran combinados, a veces íntimamente, los conceptos generales a que ya hemos hecho alusión. Ante todo, su concepción religiosa de la Historia, a la que lleva las reflexiones sobre el destino humano individual habituales en la épica, la lírica y la tragedia. Nótese, sin embargo, que ya Solón y Teognis aplicaron esta doctrina de la ὕβρις castigada a la evolución política.

Naturalmente, es la ἀδικίη, el crimen, lo que recibe castigo. Este crimen puede ser de varios tipos; a veces es incluso el puro orgullo, como en el caso de Creso, que cree ser el más feliz de los hombres; o consiste en querer rebasar los límites señalados por la naturaleza o la divinidad a un mortal, como en el caso de Jerjes. El castigo se produce como algo que es χρεόν, ineluctable, y el hombre lo recibe como una parte del κύκλος o círculo del destino humano. «Ningún hombre que peca deja de sufrir el castigo», se dice en alguna parte (V 56), y en esta máxima está encerrada una gran parte de la filosofía de la *Historia* de Heródoto. Claro que el castigo puede ser inmediato o suceder mucho después

o incluso en otra generación, según la creencia antigua: así en el caso de Giges. Con frecuencia, Heródoto manifiesta esta relación de causa a efecto; incluso cuando al narrar un hecho no juzga su moralidad, puede suceder que luego incidentalmente se indique su castigo. Y la manifiesta sobre todo en lo que respecta a los grandes hechos históricos; aunque no desconozca las «causas» humanas de los mismos, no le son suficientes y busca otras más profundas, las basadas en el castigo divino del culpable. Así en lo que concierne a la caída de Creso o la derrota de Jerjes.

Ya dijimos, sin embargo, que la moralización del destino humano no es todavía completa; a veces existe solamente la simple experiencia de la ruina y el fracaso y se habla, como una explicación, del φθόνος θεῶν, la envidia de los dioses. Polícrates encuentra una muerte inmerecida (III 120 ss.); Candaules «debía» sufrir desgracia (I 8). Es un resto de mentalidad primitiva que resiste a la racionalización. Su τὸ θεῖον... ἐόν... ταραχῶδες (I 32), «que lo divino es causa de confusión», no es más que el reverso del πᾶν ἐστι ἄνθρωπος συμφορή (I 32), «el hombre es pura contingencia». La tendencia a buscar en el hombre mismo la causa de su destino tiende a imponerse, sin embargo.

Un pesimismo innegable planea sobre esta concepción del hombre, incierto siempre de su futuro y de su acierto o error. Con él se mezcla el optimismo moral, que cree en el castigo ineluctable del pecado. Ambas concepciones se combinan; pues no es claro, muchas veces, cuál es el límite al que se puede llegar sin ofender a la divinidad. Como en la poesía, la consecuencia que de aquí se deduce no es la de recomendar la inacción, sino al contrario. El hombre, pese a todo, debe obrar, y la oscuridad sobre el resultado presta a su acción algo de heroico. Son significativas a este respecto las palabras de Jerjes a Artábano (VII 50): dada la incertidumbre del éxito de las acciones humanas, lo mejor es buscarlo con la audacia. Salvo, quizá, en breves momentos, no es un destino ciego el que decide la suerte del hombre: al igual que en la tragedia, al lado de la acción del dios se

reconoce la libertad de la decisión humana. El problema de la compatibilidad de la voluntad divina y la libertad humana siempre ha sido un problema teológico difícil y no puede esperarse en Heródoto una doctrina tajante a este respecto; pero es clara la coexistencia y colaboración de ambos factores, aunque en caso de conflicto sea la divinidad la que se impone.

La investigación por Heródoto de la causa de los hechos históricos busca, antes que nada, la responsabilidad moral, la ἀρχὴ κακῶν o causa de los males, como él mismo nos dice (V 97). Y para explicar cómo obra esta causa a la larga, acude a una serie de recursos a que ya hemos aludido; anécdotas que quedan así profundizadas (en el caso de Creso, por ejemplo); conversaciones o debates preliminares; oráculos aducidos en gran número y en los cuales deposita gran fe.

Sin embargo, no es esta visión teológica de la hisoria la única constante en la obra de Heródoto. Hay por lo menos un factor humano al que repetidamente atribuye importancia decisiva: el valor superior de la democracia sobre la tiranía. Para él, luchan mejor los que combaten para sí mismos que los que lo hacen para un amo; el imperio de la ley libremente aceptado alcanza mayor éxito que el de un tirano. Heródoto no desaprovecha ocasión para hacer la apología de la libertad en tono doctrinario. Así, Atenas habría aumentado en prosperidad a la caída de los tiranos (V 66, 78). Pero en realidad Heródoto aprecia igualmente el régimen espartano, que es una oligarquía estricta; Damarato (VII 101-102) contrapone ante Jerjes a los espartanos, que obedecen libremente a la ley, con los persas, que obedecen a un rey. Frente al régimen tiránico, todos los demás entran dentro de su concepto de la ἰσονομίη o régimen de igualdad, que traducimos imperfectamente por «democracia».

Históricamente hay que convenir en que Heródoto simplifica un tanto las cosas. No son comparables las monarquías despóticas tradicionales en Asia con los «tiranos» griegos más antiguos, que aseguraron una pausa en las luchas civiles

y un progreso de las ciudades, y con otros tiranos griegos conocidos por sus abusos de poder y su crueldad.

En realidad, Heródoto aprendió a odiar a los tiranos en su Asia natal, donde éstos eran el instrumento político de los persas; ya vimos cómo él mismo tuvo que huir de Lígdamis. De ahí que, aunque reconozca los méritos de algunos tiranos como Polícrates de Samos o Pisístrato de Atenas, en conjunto los juzgue por el modelo criminal de Periandro de Corinto (V 92). Con estos precedentes, es lógico que, cuando Heródoto llega a percatarse completamente del carácter nacional griego de las guerras médicas, enfrente a los asiáticos, regidos por un régimen absoluto, con los griegos, cuyas ciudades habían expulsado casi todas a los tiranos; en esta oposición de regímenes ve una de las causas de la victoria. Para mayor abundamiento, los tiranos hicieron en Grecia causa común con el persa; así, el pisistrátida Hipias intentó ser restaurado en Atenas por Darío.

Precisamente es esa ἰσονομίη y el espíritu inseparable de ella lo que opone fundamentalmente, para Heródoto, a los griegos y los asiáticos; ello sobre todo, como ya hemos dicho, en los últimos libros. Heródoto está libre de toda infravaloración de los bárbaros; ya hemos visto cómo admira especialmente a los egipcios y muchas veces a otros pueblos extranjeros, cómo se muestra curioso ante sus instituciones y costumbres, cómo con frecuencia en su relato los bárbaros se comportan humana y noblemente. Heródoto vivió su juventud en el ambiente de las pequeñas ciudades griegas súbditas o fronterizas del imperio persa y de sus pueblos diferentes. Un contacto íntimo había hecho nacer un mutuo aprecio; en Asia estaba para los griegos la riqueza, el poder, el modelo en muchas cosas. Fue en Atenas donde, tras la victoria, se creó una nueva apreciación, que halla reflejo ya en Heródoto. La oposición Asia-Europa, creada por los etnógrafos y geógrafos jónicos sobre la observación geográfica y del clima, se hace ahora una oposición centrada en la de tiranía-isonomía. Pero la isonomía no es solamente gobierno con sumisión a la ley y no a un tirano; implica tam-

bién un concepto de sencillez, moderación. La tiranía implica lujo, exceso, violencia. Por aquí se llega a la justificación moral del castigo de los déspotas asiáticos Creso o Jerjes. Es decir, el juicio de Heródoto sobre los regímenes políticos acaba por entrar en el cuadro de su concepción teocéntrica de la Historia. Los dos pasajes que mejor recogen la oposición entre griegos y bárbaros tal como, desde este nuevo punto de vista, la establece Heródoto, son la conversación entre Solón y Creso (I 29-33) y las palabras de Damarato a Jerjes antes de las Termópilas (VII 101 ss.).

Una vez dicho lo anterior, hay que apresurarse a añadir que esta doctrina no domina la obra de un modo absoluto hasta falsear la mutiplicidad y libertad del comportamiento humano. Heródoto es un narrador, no un predicador. Por más que, bajo el peso de sus experiencias atenienses y trabajando sobre el precedente de la *Ilíada*, haya querido llegar a una Historia universal entendida como oposición esencial de Asia y Grecia, subsiste demasiado de la viveza de espíritu y sentido de la realidad del narrador jónico para que pudiera limitarse a una visión dogmática, por decirlo así, de las guerras médicas. Su obra es esto y mucho más que esto: un verdadero testimonio vivo sobre el mundo multiforme y rico de la época griega arcaica no sólo en su historia, sino también en su manera de sentir y de pensar.

FRANCISCO R. ADRADOS

HERODOTO Y LAS GRANDES BATALLAS DE LAS GUERRAS MEDICAS

Nuestro conocimiento de la historia griega de la primera mitad del siglo v depende, casi en modo exclusivo, de la obra de Heródoto y de los textos epigráficos que, paulatinamente, van aclarando y confirmando su narración. Singularmente, en el período de las guerras médicas y por lo que toca a sus antecedentes históricos, la descripción de Heródoto es muy valiosa.

Otras fuentes han desaparecido prácticamente, y lo que de ellas se sabe no les otorga un certificado de fidelidad y rigor histórico [1]. Falta toda la documentación persa: nada queda de la versión oficial u oficiosa de los oponentes del mundo griego. Los helenos contemporáneos y actores, como Esquilo o Simónides, cargan en sus testimonios las tintas y acentos personales; la generación posterior desarrolla ya la epopeya e insiste sobre los elementos míticos; la obra de los recopiladores posteriores acusa el carácter parcial de sus fuentes, pero no pueden ser sistemáticamente rechazados, como en tiempos se hizo, sino que, por el contrario, se observa en algunos casos, como el de Pompeyo Trogo, el interés de su narración [2]. Un ejemplo excepcional en esta do-

---

[1] Cf. Josefo, *C. Apión* I 3. Véase el análisis de estas fuentes en la edición comentada de MACAN *Herodotus* II 2, Londres, 1908, 1 ss. y en WELLS *Studies in Herodotus*, Oxford, 1923, *passim*.

[2] Cf. ahora el estudio de FORNI *Valore storico e fonti di Pompeo Trogo*, I, Urbino, 1958.

cumentación parcial y fragmentaria es el de Heródoto. Narrador de unos acontecimientos en los que no participó, natural de una de las ciudades griegas de Asia enemigas de los persas, admirador apasionado de un griego fiel servidor del Gran Rey como Hecateo, habitante de la Atenas de Pericles en plena fiebre victoriosa... Con menos pudiera rechazarse el testimonio de un historiador y presentar como tendenciosa su descripción de los hechos. Sin embargo, no sucede esto con Heródoto. Aparece crédulo en su aceptación de noticias, singularmente en su descripción de Asia, carece sin duda de formación como hombre político y su cultura militar no hubiera permitido esperar de él más que un buen oficial subalterno; pero se siente conscientemente sincero y convence de que sus errores no reposan en intentos de fraude. Su propósito es ser imparcial y ser historiador; y lo consigue y, al mismo tiempo, consigue por vez primera crear un monumento de la prosa griega y crear un género literario. Su obra no es infalible ni sus afirmaciones irrecusables, pero campea en ella el propósito de la verdad. Las relaciones personales de Heródoto hubieran podido dar lugar a una historia que no fuese sino un panegírico absoluto de la participación ateniense y, no obstante, intenta asignar a cada ciudad griega los méritos que le corresponden y calificar a cada general según sus merecimientos. Su concepción de los dos mundos en lucha se prestaba a una sistemática presentación de los errores del persa y los méritos del griego y, sin embargo, los fallos políticos de las ciudades helénicas, como la revuelta de las jónicas y la desacertada intervención de Atenas, no son oscurecidos ni disimulados en absoluto. Quizá porque Heródoto había nacido en una ciudad griega, pero semidórica y semijónica, en una ciudad y en un ambiente entre orientales y occidentales y en una sociedad donde tantos, y no los menos responsables o conscientes, como Escílax de Carianda o su admirado Hecateo, creían en la mutua ventaja de la colaboración entre el griego y el persa, colaboración que había de deparar nuevos merca-

dos para el comerciante jónico y nuevas provincias para el gran monarca [3].

Quizá por ello Heródoto no oculta las míseras y pobres razones de ambición humana y de imprevisión política que hicieron inevitable el conflicto ni tampoco que, pese a la pretendida solidaridad panhelénica ante el peligro común, ciudades griegas hubo, en Asia y en Europa, que colaboraron fielmente con el soberano persa.

Los primeros libros de Heródoto son, en cierto modo, un balance de los errores de los griegos de Jonia (con Ciro primero, desoyendo los consejos de Tales de Mileto, contra Darío después, fiándose de ambiciosos y no atendiendo las razones de Hecateo) y la crítica del constante no intervencionismo espartano secundado por la insuficiente participación de Atenas, que empleaba efectivos reducidos en una campaña donde su intervención le obligaba a actitudes más decididas.

Frente a la constancia persa, pese a los desastres de Tracia y Escitia, y frente a las derrotas de Jonia se oponen la falta de visión política de Esparta, con los problemas entre los éforos y Cleómenes; la lucha política ateniense y el contraste entre los grupos oligárquicos pacifistas y los populares deseosos de intervenir en nuevos conflictos; la eterna pelea entre las ciudades; la continua presión de los bárbaros occidentales (etruscos y cartagineses, samnitas y lucanos) sobre las colonias griegas; la indiferencia absoluta ante la preparación militar persa con miras a la ocupación de Grecia.

Mientras ésta duerme indiferente, Persia se prepara. Heródoto insiste cuidadosamente en la actuación de Democedes a fin de informar sobre el estado de las colonias occidentales griegas, la de Escilax de Carianda explorando el Indico, la minuciosa encuesta de Darío sobre el estado

---

[3] La actividad comercial fenicia exigía la creación de nuevos mercados por parte de las ciudades jónicas y ello coincidía con la concepción universal del imperio sostenida por el monarca persa.

de cosas en Grecia, la prudente reordenación de las ciudades de Jonia, la paulatina ocupación de las del Egeo y el dominio de Tracia y Macedonia [4].

La primera guerra médica.

Hacia el 490, la situación política y militar era altamente favorable a los persas. Frente al aislacionismo espartano y la indecisión ateniense, los generales persas cumplían cuidadosamente las instrucciones de su soberano. Pese a sus infortunios finales, Mardonio había conseguido someter nuevamente Tracia y Macedonia estableciendo una posible base para el ataque, en una campaña combinada, contra Atenas [5]. Tasos y las islas del Egeo habían prestado su sumisión. La intervención de Atenas y Eretria en la revuelta de Jonia y el temor de nuevos disturbios conferían un aire de legalidad a los preparativos persas.

De otra parte Hipias, desde su pequeño principado de Sigeo, no cesaba de soñar con recobrar el dominio de Atenas y solicitaba en este sentido el apoyo del soberano persa, del cual se proclamaba fiel vasallo.

La revuelta de Jonia había demostrado suficientemente

---

[4] La bibliografía sobre la expedición escítica de Darío se hallará en LEVI *Riv. Fil. Istr. Class.* XI 1933, 58 ss. y MOMIGLIANO *Athenaeum* XI 1933, 336 ss.; sobre la revuelta jónica, DE SANCTIS *Riv. Fil. Istr. Class.* IX 1931, 48 ss. (en favor de Aristágoras) y *Problemi di storia antica*, Bari, 1932, 63 ss. y LARSEN *Class. Phil.* XXVII 1932, 136 ss. Sobre la expedición de Mardonio, posible precedente de la expedición de Jerjes, véase BELOCH *Griechische Geschichte*, II 2, reimpr. de la 2.ª ed., Berlín, 1931, 84-86 y GLOTZ *Histoire grecque* II, París, 1948², 32 s. Sobre la actuación de los persas en el Egeo antes de Maratón, BERVE *Miltiades. Studien zur Geschichte des Mannes und seiner Zeit*, Berlín, 1937. La descripción de Heródoto V-VI es fundamental para el conocimiento de este período.

[5] Esta es la posición de Heródoto VI 43 ss. Esta posición es aceptada por GLOTZ o. c. 33, pero BELOCH l. c. parece demostrar que esta expedición era sólo preparatoria de la campaña del año siguiente.

cuán poco podía confiarse en los tiranos helénicos como mantenedores de la fidelidad al Gran Rey. La reorganización de las ciudades jónicas después de la rebelión había llevado consigo, en la mayoría de los casos, la sustitución de los tiranos por gobiernos democráticos. Es absurdo pensar que los persas tuvieran el propósito de restaurar a Hipias en el poder. Sin embargo, el antiguo tirano contaba con partidarios en el Atica, donde la desastrosa política de los Alcmeónidas había sembrado el descontento. Hipias aparecía por ello como un buen auxiliar y asesor en las operaciones, una fuerza política con la cual cabía contar y de la que podía esperarse bastante.

La intervención, tímida e insuficiente, de los Alcmeónidas en la revuelta de Jonia había desacreditado su política, sólo útil para atraer sobre Atenas el peligro persa. Este descontento había sido aprovechado por Milcíades, que consiguió captarse el apoyo de Temístocles y Aristides. El arcontado de Temístocles dio lugar a que Atenas se lanzase a la carrera de armamentos, construcción del Pireo y actividad diplomática que iba a permitir el acuerdo con la siempre recalcitrante Esparta. Era sin duda una política firme, pero que contaba con la enemiga de dos poderosos partidos cuya enemistad podía no ser tanta como para impedir un mutuo acuerdo.

Ya a fines, probablemente, del año 491, Atenas y Esparta habían recibido embajadores del Gran Rey que exigían la sumisión al monarca. Esta actuación no podía menos de excitar los ánimos, pero no dejaba lugar a dudas respecto a los próximos acontecimientos [6].

---

[6] Heród. VI 46-49, VII 133; Paus. III 12,7. Que los embajadores persas fuesen ejecutados debe de ser, sin embargo, una exageración de la tradición oficial. Sobre la política de los Alcmeónidas, cf. CLOCHÉ *Rev. Et. Anc.* XXX 1928, 269 ss. El arcontado de Temístocles se fecha generalmente en 491/490, pero LENARDON, en su revisión de la cronología de Temístocles, ha llegado a la conclusión de que este arcontado debe fecharse en el 493/492 (cf. *Historia* V 1956, 401 ss.).

Tras un año de preparación, el ejército persa entró en campaña en la primavera del 490 a. J. C., es decir tan pronto como existió seguridad para la navegación [7].

El plan de campaña persa era de una notable sencillez. Rehuyendo el itinerario terrestre, la totalidad del ejército fue embarcado en naves y transportado por vía marítima [8]. El plan de campaña persa comprendía como objetivos el castigo de Eretria y Atenas tras el establecimiento de bases en Eubea y en el Atica.

La primera parte de la campaña se desarrolló según lo previsto. Ocupación de Naxos y Delos, donde el ejército persa realizó un solemne sacrificio en honor de Apolo. De allí se pasó a Eubea, Caristo fue ocupada, Eretria vencida y sus habitantes establecidos en las proximidades de Susa [9].

No parece fácilmente explicable por qué razón el ejército persa escogió Maratón como lugar de desembarco antes de marchar sobre Atenas. Se ha supuesto con frecuencia que ello fue debido al precedente del desembarco de Pisístrato a su regreso a la capital. Más probable parece, sin embargo, que el proyecto persa fuese entretener y destruir el ejército ateniense lejos de la ciudad. Desguarnecida Atenas, los parti-

---

[7] Recuérdese que aún durante el imperio romano la navegación quedaba prácticamente suprimida en los meses de invierno (cf. ROUGÉ *Rev. Et. Anc.* LIV 1952, 316 ss.).

[8] Heródoto no indica el contingente del ejército persa. Su conocimiento es importante, sin embargo, para quien quiera tener un juicio objetivo sobre la significación de la batalla de Maratón. Las referencias de los distintos autores deben enjuiciarse teniendo en cuenta que el ejército persa fue transportado por vía marítima. Si bien puede dudarse de la existencia de caballería persa en Maratón, no parece probable que el ejército persa se lanzase a la lucha sin contar con algunos escuadrones. Todo ello supone mayores dificultades en el transporte marítimo, pues difícilmente puede pensarse, viendo el equipo y tripulación de las naves atenienses en Salamina, que en cada nave navegasen más de treinta o cuarenta hombres. Por ello, suponer un ejército persa de cincuenta mil hombres parece aceptable; veinte o veinticinco mil es una cifra más probable.

[9] Cf. GROSSO *Riv. Fil. Istr. Class.* XXXVI 1958, 350 ss.

darios de Hipias podían actuar fácilmente y dar lugar a un desembarco efectivo.

En realidad, el plan persa favorecía los designios de Milcíades, pues le permitía alejar el ejército de Atenas, sustrayéndole a las maniobras políticas de la ciudad. No puede extrañar por ello el desarrollo sucesivo de la campaña. Fuera de Atenas, el ejército ateniense evitaba quedar asediado por los persas y gozaba de mayor libertad de maniobra para unirse con el espartano.

La espera era conveniente para ambos contendientes. Para Milcíades, toda dilación favorecía sus planes políticos, ceñidos rigurosamente al texto de las leyes, y aproximaba el ejército espartano. Para los persas era la oportunidad de un cambio político en Atenas. Sin embargo, esta ciudad no iba a correr la suerte de Eretria [10].

---

[10] Parece preferible exponer aquí el desarrollo de campaña y batalla según la versión e interpretaciones clásicas. En realidad, la descripción de Heródoto VI 102-120 ofrece lagunas y contrasentidos que se prestan a la discusión. No extrañará por ello que la bibliografía sobre la batalla y su interpretación (no hemos llegado a tiempo para consultar PRITCHETT *Marathon, en Univ. Calif. Publ. Class. Arch.* IV 1960, 137-190) sea abundante. La anterior a 1895 puede verse en BUSOLT *Griechische Geschichte* II, Gotha, 1895, 560 ss.; MACAN o. c. 45 ss.; HAUVETTE *Hérodote, historien des guerres médiques*, París, 1894; HOW y WELLS *A Commentary on Herodotus* II, Oxford, 1928², 353 ss., analizan detenidamente la bibliografía de esta etapa completada en KROMAYER *Antike Schlachtfelder* IV 1, Berlín, 1924, 16 ss. Una serie de historias generales como *Cambr. Anc. Hist.* IV, GLOTZ o. c., BELOCH o. c. completan esta bibliografía, y también resulta conveniente citar aquí DELBRUECK *Die Perserkriege und die Burgunderkriege*, Berlín, 1887; *Geschichte der Kriegskunst im Rahmen der politischen Geschichte*, I, Berlín, 1920³, 31 ss.; BOUCHER *Marathon d'après Hérodote*, Nancy, 1920; KROMAYER *Schlachtenatlas zur antiken Kriegsgeschichte* I, Leipzig, 1926; MACKENZIE *Marathon and Salamis*, Londres, 1934. Los problemas de tipo puramente militar han sido estudiados, entre otros, por BOUCHER *Rev. Et. Gr.* XXV 1912, 300 ss.; DELBRUECK *Klio* XVII 1921, 221 ss.; LEHMANN-HAUPT *A Miscellany Pres. to J. M. Mackay*, Londres, 1914, 97 ss. y *Klio* XVIII 1923, 65 ss. y 305 ss.; PASCHETTA *L'azione tattica della battaglia di Maratona*, Turín, 1929 y ahora WARDMAN *Historia* VIII 1959, 49 ss. Sobre la batalla en su desarrollo interesan, además de la totalidad

La descripción que ofrece Heródoto de los acontecimientos presenta lagunas y contradicciones. No se trata, con todo, de descuidos o mala fe en la presentación de datos, sino de la índole de sus fuentes e incluso de su preparación. Heródoto, como tantos contemporáneos suyos, no era un especialista en estudios militares [11], y la información que de combatientes y participantes pudo obtener debió de ofrecer las habituales lagunas de las narraciones de contemporáneos y la falta de visión de conjunto propia de los comparsas [12]. A ello se unió, forzosamente, la interpretación propagandística de la historiografía oficial ateniense, que contraponía Maratón y Salamina a Platea [13].

Estos puntos incomprensibles de Heródoto pueden resumirse en las observaciones siguientes:

a) El contraste entre las prisas de Milcíades por entrar en campaña y el retraso durante varios días, a pesar de con-

---

de los estudios citados, GIANNELLI *Raccolta... in onore di G. Lumbroso*, Milán, 1925, 343 ss.; MAURICE *Journ. Hell. Stud.* LII 1932, 13 ss. y LIV 1934, 205 s. (interesante y sugestiva tesis resumida más adelante); SCHLAYERMEIER *Hist. Zeitschr.* 1951, 33 ss. Otros estudios pueden verse en FORNI o. c. y en NENCI *Introduzione alla guerra persiana e altri saggi di storia antica*, Pisa, 1958. Sobre la señal del escudo, véase más adelante.

11 Este es uno de los puntos de la tesis de MAURICE. TARN (*Hellenistic Military and Naval Developments*, Cambridge, 1930, *passim*) insiste acerca del casi general desconocimiento de táctica y estrategia en el mundo griego durante el s. v. Hasta entonces la experiencia militar griega se había reducido a las guerras ciudadanas, cuyos combates se limitaban a choques de infantería resueltos en luchas cuerpo a cuerpo. Por el contrario, los ejércitos persas tenían una considerable experiencia de movimientos de tropas, actuación conjunta de caballería e infantería, aprovisionamientos y operaciones coordinadas. Singularmente, la campaña de Jonia había proporcionado una considerable experiencia de operaciones combinadas de la cual se carecía en el mundo griego. Todo ello muestra aún más la profunda significación de la victoria helénica, de la que fueron plenamente conscientes los vencedores (cf. en este sentido WARDMAN o. c. *passim*).

12 Cf. MAURICE oo. cc. *passim*.

13 Cf. WARDMAN o. c. *passim*.

tar con la aprobación del estado mayor ateniense, de su proyecto de atacar inmediatamente a los persas.

b) La espera de los refuerzos espartanos por parte de los atenienses y el ataque en ausencia de aquéllos.

c) Hipias aconseja el desembarco en Maratón por ser el lugar del Atica «más adecuado a las maniobras de la caballería», pero a pesar de ello la descripción de la batalla no da cuenta ni de una sola operación hípica.

d) La incomprensible despreocupación del estado mayor persa, cuya experiencia táctica y estratégica parece indiscutible, en asegurarse el dominio de los pasos del Pentélico y proteger el flanco de las tropas que, junto al mar, debían avanzar hacia Atenas.

e) La última fase de la batalla aparece en la narración de Heródoto como un encarnizado cuerpo a cuerpo que arrolló al ejército persa arrojándolo al mar. Sin embargo, sólo seis naves fueron capturadas y el resto del ejército embarcó, al parecer, bastante ordenadamente sin dejar prisioneros ni botín, lo cual parece más una retirada que una huída desordenada que corona un desastre militar.

Los puntos expuestos no son fáciles de aclarar ni siempre resisten a la crítica, pero puede decirse que en torno a su discusión e interpretación giran los múltiples estudios sobre la batalla.

Las prisas de Milcíades parecen justificadas por su interés en alejar el ejército de Atenas y sustraerle a influencias políticas. No obstante, parece o se consideraba que incluso en las filas del ejército existían (recuérdese la famosa señal del escudo [14]) grupos adictos a los persas o que consideraban preferible una sumisión a correr peligros comparables a los de Eretria. En todo caso, la medida de Milcíades era azarosa, puesto que Atenas se hallaba prácticamente indefensa [15]. El interés del general en desmentir las

---

[14] A estos temores debían de unirse forzosamente otros provocados por la alianza con Esparta y la inseguridad de su intervención.

[15] Cf. JUDEICH *Topographie von Athen*, Munich, 1931², 120 ss. sobre la fortificación de Atenas en este momento.

acusaciones de los Alcmeónidas acerca de sus pretensiones a la tiranía puede justificar su decisión de no actuar hasta el día en que le correspondiera ejercer el mando.

El atacar sin esperar a la llegada de los retrasados refuerzos espartanos pudo obedecer a medidas políticas y a la oportunidad de aprovechar circunstancias favorables.

El tercer punto es de difícil aclaración. La zona próxima a Atenas (por ejemplo, Falero) ofrecía mejores condiciones para la maniobra de caballería que la llanura de Maratón. El ejército ateniense carecía de caballería, cuya utilización táctica los persas conocían perfectamente, y una carga de jinetes hubiera comprometido seriamente el ataque de los hoplitas atenienses. Por ello cabe dudar mucho de si en el momento del encuentro el ejército persa disponía efectivamente de caballería, cuya intervención refieren sólo fuentes tardías como Nepote [16].

El cuarto punto induce a pensar si, efectivamente, el campamento persa de Maratón puede considerarse como una «cabeza de puente» o sólo como una base secundaria sin otra misión que inmovilizar el ejército ateniense mientras las tropas persas realizaban una maniobra combinada contra Atenas. Un avance con el flanco del Pentélico descubierto parece totalmente suicida e impropio de la capacidad de los generales persas, que ni en ésta ni en otras campañas carecieron de coraje ni de dotes militares.

El último punto acusa sin duda la exageración de los vencedores, al igual que el inverosímil número de bajas. Las

---

[16] Forzosamente sólo el ataque a Atenas podía requerir la utilización de caballería, puesto que no era necesaria en las operaciones en las islas y resultaba poco utilizable en Eretria. La campaña parece orientada a la coordinación de las operaciones terrestres y marítimas con una continua carga y descarga de efectivos y embarque y desembarco de tropas. Sobre las dificultades que presenta el transporte de caballería, aun con medios modernos, por vía marítima y la utilización de la bahía de Maratón en este caso, cf. MAURICE oo. cc. *passim*. Sin embargo, el ejército persa debió de disponer siquiera de algunos escuadrones, tanto más valiosos cuanto que el ejército ateniense carecía de ellos por completo.

cifras propuestas para el ejército persa [17] y las que otras fuentes transmiten para el ateniense inducen a suponer que, en todo caso, la relación de efectivos debía de ser, todo lo más, de 2 a 1.

Durante una serie de días, ambos ejércitos permanecieron frente a frente, los persas en su campamento junto al torrente, los atenienses en su posición de las montañas defendiendo la vía interior hacia Atenas.

Es difícil precisar la razón que dio lugar a que se produjese el combate del 17 de Metagitnión. Es posible que la iniciativa partiese de los persas, deseosos de aniquilar el ejército ateniense antes de que se le uniese el destacamento espartano, o bien que el ataque persa fuese sólo una finta destinada a empeñar a las tropas atenienses en un combate y dar lugar a que los soldados embarcados en las naves pudiesen desembarcar tranquilamente ante una Atenas desguarnecida e indefensa [18]. En todo caso, la parte del ejército persa que combatió en Maratón permitió sobradamente el embarque en las naves de la mayor parte de los efectivos invasores.

Al ataque persa siguió el contraataque. Las tropas atenienses se dispusieron en un extenso frente: centro bajo el mando de Temístocles y Aristides, ala derecha mandada

---

[17] Las cifras propuestas más arriba coinciden sensiblemente con las señaladas por KROMAYER *Ant. Schlachtf.* l. c. y MAURICE oo. cc.; DELBRUECK *Gesch. d. Kriegsk.* 52 reduce la cifra de combatientes persas en Maratón a 4.000-6.000; GRUNDY *The Great Persian War and its Preliminaries*, Londres, 1901, 184 propone 20.000. El ejército ateniense (Corn. Nep. *Milc.* 4 s., Justino II 9 y Pausanias X 20, 2) contaba unos diez mil hoplitas ciudadanos, otros mil enviados por Platea y un número impreciso de no ciudadanos. La cifra de veinte mil soldados persas como total de la expedición coincide con la dada por MEYER *Geschichte des Altertums* IV 1, Stuttgart, 1944⁴, 306 y BENGTSON *Griechische Geschichte*, Munich, 1950, 149.

[18] Suponer que las tropas persas que combatieron en Maratón formasen parte de una columna destinada a marchar junto a la costa parece improbable ante la desguarnición total del flanco correspondiente al Pentélico, a la cual se ha aludido ya anteriormente.

por Milciades y en el ala izquierda los hoplitas de Platea [19]. Posiblemente, esta disposición consiguió formar un frente equiparable en longitud al persa y evitar sufrir una maniobra envolvente, aunque su propósito era sólo establecer las alas como masa de maniobra y refuerzo en el caso de que el ejército persa, como sucedió, consiguiese romper la línea del centro ateniense [20].

Las fuentes griegas establecen como elemento decisivo de la victoria el ataque a la carrera de los hoplitas atenienses, que consiguieron evitar así que los arqueros persas obtuvieran en Maratón los resultados de los arqueros ingleses en Crécy, Agincourt o Aljubarrota [21]. Sustrayéndose así al «fuego» de los arqueros persas, los hoplitas atenienses consiguieron imponer la modalidad de lucha que conocían mejor, el cuerpo a cuerpo con lanzas y espadas y protección de pesadas armaduras [22]. Persas y sacas consiguieron romper el centro ateniense, pero éste fue consolidado rápidamente por las tropas situadas en las alas. Lentamente, las tropas persas fueron retirándose hacia el mar y reembarcando. El escaso número de naves capturadas [23] induce a suponer que esta retirada se realizó en buen orden y no fue, ni mucho menos, la desbandada general que describe Heródoto [24].

---

[19] Una disposición de este tipo (cf. TARN o. c.) parece una novedad absoluta en la técnica militar griega de este momento.

[20] La zona del combate (cf. plano) se sitúa generalmente en la zona costera comprendida entre las montañas, el mar, el curso del torrente y el pantano. Las tropas persas debían de luchar frente al lugar donde posteriormente se erigió el túmulo.

[21] La importancia de los arqueros en estas circunstancias parece, según LENARDON o. c., aumentada por la propaganda ateniense deseosa de resaltar la participación decisiva de los arqueros atenienses en la batalla de Platea. Véase además Esquilo, *Persas* 146.

[22] Cf. Her. VI 112 y How *Class. Quart.* XIII 1919, 40.

[23] Her. VI 113-114 y 117. Las cifras de bajas recogidas por Heródoto (¡6.000 persas y 192 ciudadanos atenienses!) son difícilmente aceptables.

[24] Esta es también la opinión de GIANNELLI o. c. Parece conveniente resumir aquí la opinión y reconstrucción de la batalla según SIR FREDE-

Pero la gran victoria del ejército ateniense no fue tanto el combate de Maratón como su rapidez en acudir a una Atenas inerme e indefensa. Sin la rápida marcha de Milcíades, Maratón hubiera sido tan sólo un episodio glorioso, pero no decisivo [25]. La distancia entre Maratón y la capital puede cubrirse en unas ocho horas de marcha, aunque, tratándose de tropas fatigadas por un combate y cubiertas con pesadas armaduras, ello suponga un notable esfuerzo [26].

Queda aquí por tratar el famoso episodio de la señal del escudo. El rumor público ateniense vio en aquel reflejo una señal, convenida entre la quinta columna y la escuadra persa, con la que se indicaría el momento oportuno para realizar el ataque a Atenas, y de ello se acusó a los Alcméonidas, aunque Heródoto se muestra reservado en este sentido [27].

RIC MAURICE oo. cc. Evidentemente se trata de una versión totalmente «heterodoxa» respecto a las clásicas y heroicas descripciones de la batalla y en especial de las retóricas narraciones de la pequeña manualística de uso escolar. Acéptese o no, esta reconstrucción se halla avalada por la gran experiencia militar del autor, singularmente en Grecia y cercano Oriente, y su exposición completa lo descrito hasta aquí. Según la hipótesis de MAURICE, el ejército de Milcíades se hallaba en campaña acudiendo en socorro de Eretria y el destacamento persa de Maratón guarnecía una base secundaria cuya misión era proteger las operaciones en aquel lugar. Maratón fue un episodio no decisivo limitado al ataque, por parte del ejército ateniense, del campamento persa. La pronta llegada de Milcíades a Atenas impidió un desembarco enemigo. Maratón no sería más, según MAURICE, que «un incidente en una expedición punitiva persa en parte victoriosa».

[25] El famoso episodio del hoplita corredor se considera generalmente como una leyenda tardía. Véase, a propósito de esto, BILINSKI *L'antico oplite corridore di Maratona. Leggenda o realtà*, Roma, 1960.

[26] LEHMANN-HAUPT primera o. c. 111 n. 3 establece que el viaje de Maratón a Atenas por la ruta interior puede realizarse a pie, según experiencia propia. en siete u ocho horas. Recuérdese que el reglamento de marcha de la infantería española establece la velocidad (incluyendo los altos horarios reglamentarios) en cinco Km. por hora. Sin embargo, la experiencia demuestra que en campaña estas velocidades suelen superarse.

[27] Desde varios lugares del Pentélico es posible hacer señales, tipo

Un pequeño destacamento ateniense, Aristides y su tribu, quedó en Maratón junto a los muertos y los trofeos, mientras el resto del ejército emprendía la marcha hasta detenerse al pie del Licabeto, donde formó en orden de batalla mientras las naves persas se hallaban al pairo frente a Falero. La aparición del ejército ateniense aconsejó a los persas la retirada, dejando para una nueva campaña el castigo de Atenas. Al día siguiente el ejército espartano, mandado por Cleómenes, llegaba ya sin otra misión ni posibilidad que la de congratularse con los atenienses por su victoria [28].

El feliz resultado de una campaña iniciada bajo tan nefastos signos no pudo menos de impresionar a la opinión pública ateniense. Una serie de monumentos como el túmulo de Maratón, la inscripción conmemorativa del polemarco Calímaco [29] y un tesoro en Delfos [30] fueron las inmediatas manifestaciones de júbilo ante la victoria. A la conmemoración y la alegría siguieron las manifestaciones que convirtieron el combate en exagerada leyenda fomentada por la política de Pericles [31]. Sin embargo, entre los hombres po-

---

heliógrafo, que sean visibles desde el mar (cf. REYNOLDS *Journ. Hell. St.* XLIX 1929, 100 ss.). La acusación contra los Alcmeónidas (Her. VI 121 y 123 s.; Pínd. *Pit.* VII 19) quizá sea infundada, pues los grupos favorables a los persas pudieron ser otros, singularmente los afectos a la política de los tiranos. MAURICE primera o. c. sospecha que esta señal no existió propiamente («aquel día debían de ser muchos los escudos que brillaban al sol en el Pentélico») y debe considerarse la noticia como uno de tantos «bulos» sobre espías frecuentes en época de guerra. Recientemente HUDSON *Am. Hist. Rev.* XLII 1937, 443 ss. ha supuesto que la señal partió de un puesto de observación ateniense y estaba dirigida a Milcíades.

28 Her. VI 120. El «retraso» de los espartanos ha sido considerado como una de las causas de la muerte de Cleómenes. Cf. LURIA *Phil. Wochenschr.* XLVIII 1928, 27 ss. y GIUSTI *At. e R.* X 1929, 54 ss.

29 *IG* I, supl., núm. 2115.

30 Cf. AUDIAT *Le trésor des Athéniens*, París, 1933.

31 Pinturas de la ποικίλη (cf. Tuc. II 34; Paus. I 15.3; véase el estudio de ROBERT *Die Marathonschlacht in der Poikile*, Halle, 1895). Bien demostrativa, la leyenda de Equetleo (Paus. I 32,4). Sobre las polémicas

lticos de la época existía una perfecta conciencia, como en el caso de Temístocles, de que la lucha con Persia no había quedado resuelta y la expedición de Datis era sólo un episodio. Atenas y Grecia entera debían prepararse para otras contingencias; y la favorable acogida que obtuvo la proyectada expedición de Milcíades, de tan lamentables resultados [32], muestra sobradamente que se apreciaba la necesidad de pasar a la ofensiva.

La segunda guerra médica. Los preparativos.

La expedición de Datis y Artafernes había sido concebida como una expedición de castigo contra Atenas y Eretria provocada por la participación de estas ciudades en la destrucción de Sardes. Sus resultados mostraban que, para conseguir la expansión occidental deseada por el Gran Rey, no bastaba con someter unas ciudades griegas, sino que era menester subyugar el territorio entero; y para obtener este fin, expediciones como las de Mardonio y Datis eran insuficientes. La derrota de Maratón o, si se quiere, el hecho de que la expedición no hubiese alcanzado la totalidad de los objetivos propuestos podía afectar al prestigio persa en los territorios recientemente sometidos de Tracia y Macedonia o en otros de dudosa fidelidad, como Jonia o Egipto, siempre influído por Grecia [33]. Efectivamente, el 486-485 estalló una nueva revuelta en Egipto que, si retrasó los preparativos de una nueva campaña en Grecia, mostró también su necesidad urgente. La campaña egipcia y una sedición en

---

referentes a Maratón en el s. IV, cf. Heracl. Pónt. en Aten. XII 5. Algunos aspectos pueden verse en WARDMAN o. c.

[32] Sobre este episodio, cf. BERVE o. c. No hay concordancia entre Heródoto VI 132 ss. y Eforo, fr. 107 (*FHG* I 263), fuente de Nepote *Milc.* 7.

[33] Cf. MALLET *Les rapports des Grecs avec l'Égypte de la conquête de Cambyse à celle d'Alexandre* (*Mém. Inst. Fr. Arch. Or. Caire* XLVIII 1922, 28 ss.).

territorio caldeo ocuparon al sucesor de Darío, Jerjes, hasta el año 483.

Mientras en Persia se realizaban los preparativos de una nueva expedición, en el mundo griego el decenio 490-480 a. J. C. se resolvía en una guerra de Atenas contra Egina [34] y la intensificación de la lucha política que había de conducir a la eliminación de los Alcméonidas y triunfo de Temístocles. La clara visión de las circunstancias internacionales que demostró éste en aquellos momentos permitió en breve plazo, dos años, construir una escuadra que había de vencer a los persas [35].

En la corte de Susa, el partido militarista [36] triunfa sobre los deseosos de mantener la paz [37]. La preparación minuciosa de la campaña resulta sin par en aquellos momentos: es preciso llegar hasta el mundo helenístico para hallar nuevamente una coordinación comparable de las actividades propiamente militares y de las diplomáticas. El numeroso ejército que debe pasar a Grecia requiere nuevas vías de comunicación, puentes (no sólo el del Helesponto), depósitos de víveres, arsenales, coordinación entre ejército y marina, un cuidadoso establecimiento del orden de marcha y de las etapas y, sobre todo, un plan de reclutamiento El ejército persa que pasa a Europa no está ya reclutado en las satrapías mediterráneas, sino en todos los territorios del im-

---

[34] Sobre la política ateniense en este momento, cf. CLOCHÉ o. c. *passim* y ROSENBERG *Hermes* LIII 1918, 308 ss. y LV 1920, 311 ss. Sobre la cronología de Temístocles, LENARDON o. c. Sobre la política naval, GERNET *L'approvisionnement d'Athènes en blé au Ve et au IVe siècles*, París, 1909, 269 ss.; ARDAILLON *Les mines du Laurion*, París, 1897, además de las obras de carácter general citadas precedentemente.

[35] Sobre la política naval de Temístocles, véanse las observaciones de KOESTER *Studien zur Geschichte des antiken Seewesens*, Leipzig, 1934 y LABARBE *La loi navale de Thémistocle*, París, 1957.

[36] Cf. STRUVE *Vestn. Drevn. Ist.* 1948, 12 ss. Este grupo estaba formado por emigrados y representantes de partidos políticos griegos, así los embajadores de los Alévadas, Damarato, el adivino Onomácrito, los Pisistrátidas, y por persas como Mardonio (cf. Her. VII 6 s., 9, 24 y 70).

[37] Artábano, tío de Jerjes (cf. Her. VII 9).

perio. A él se unirán además los contingentes de una serie de ciudades griegas. Un esfuerzo que quizá no llegó, como pretende Heródoto [38], a agotar al imperio, pero que, ciertamente, señaló el fin de su expansión.

A este esfuerzo militar se une el diplomático. Los lazos con Tesalia, Macedonia y Tracia se refuerzan a fin de aislar a los griegos; se asegura el dominio de Egipto para evitar sublevaciones de última hora y, finalmente, se suprime toda posible ayuda de los griegos occidentales.

Mucho se ha discutido sobre la existencia de una alianza efectiva entre persas y púnicos encaminada a desencadenar un ataque cartaginés en Sicilia. En realidad, las fuentes dan por cierta la existencia de un tratado o un plan conjunto de acción, consecuencia quizá de la actividad diplomática y exploratoria de los persas en los territorios de Occidente [39]. La cancillería persa había demostrado ya en varias ocasiones una capacidad de maniobra que hace absolutamente aceptable la posibilidad de un pacto de unidad de acción, máxime cuando el acuerdo iba a ser ventajoso para ambas partes.

La actividad diplomática persa se extendió a la Grecia

---

[38] Los preparativos debieron de iniciarse hacia el 484/483 y concluir en el 481/480. Sobre el «agotamiento» de Persia, cf. Her. VIII 102.

[39] Ya Darío debió de intentar algo semejante (cf. Justino XIX 1). Sobre actividades y negociaciones persas en Occidente, ya aludidas anteriormente, cf. Her. I 135 s., IV 43, VI 24 y VII 163 ss. La existencia del tratado es defendida por Éforo, fr. 111 (*FHG* I 264) y Diodoro XI 1,4 ss.; XI 20. Negada por Her. VII 163 ss. La posición de los autores modernos estriba, pues, en aceptar a Éforo y a Diodoro (que suponen que refleja una fuente o tradición sícula más antigua y fidedigna que la ática) frente a Heródoto o aceptar la posición de éste y rechazar los datos de aquellos dos. En este caso el ataque se presenta como una simple coincidencia (cf. HAUVETTE o. c. 338 s., MACAN o. c. 186 s., *Cambr. Anc. Hist.* IV 378; GLOTZ o. c. 45, indeciso; PARETI *Studi Siciliоti* I 1914, 113 ss.). Defienden esta posición GRUNDY o. c. 250 y OBST *Der Feldzug des Xerxes*, Leipzig, 1913, 3. Según Éforo l. c., Jerjes actuó como soberano de Cartago; según Diodoro l. c. se trató de un acuerdo diplomático.

propia. Aparte de los citados manejos en Tesalia, la cancillería persa consiguió entenderse con los habitantes de Lócride y con las ciudades de Beocia, singularmente Tebas [40]. También Argos se mostró plenamente favorable a Persia, quizá con la esperanza de vengar los ultrajes recibidos de Esparta [41].

La meticulosidad de esta preparación queda reflejada sobradamente en dos trabajos de ingeniería: el canal en el istmo de Acte, concebido con el propósito de evitar el peligro que representa para la navegación la zona del Atos, y el puente de barcas sobre el Helesponto. Ambas tareas, prescindiendo de las múltiples realizadas en territorio asiático, revelan de modo patente el carácter de combinación y coordinación entre ejército y marina que es propio de esta expedición. En cierto modo, frente al sistema de transporte y desembarcos de la expedición del 490 a. J. C., el plan estratégico es el mismo de la expedición de Mardonio en el 492, lo cual no puede extrañar si se tiene en cuenta el papel que dicho general vuelve a desempeñar en la organización, preparación y ejecución de esta campaña [42].

Los dos trabajos resultan gigantescos, especialmente en relación con los dispositivos técnicos utilizados en su rea-

---

[40] Cf. SORDI *La lega tessala fino ad Alessandro Magno*, Roma, 1958, *passim*. Sobre las ciudades de Beocia, COSTANZI *Riv. Fil. Istr. Class.* XLII 1914, 529; BÉQUIGNON *La vallée du Sperchéios, des origines au IVe siècle*, París, 1937 y WOLSKI *Eos* XLVII 1954, 75 ss.

[41] Un capítulo de esta actividad persa fue la visita del santuario y oráculo de Delfos por parte de embajadores de aquel país. Sobre la actitud del oráculo, cf. DEMPSEY *The Delphic Oracle, its Early History, Influence and Fall*, Oxford, 1918, 85 ss.; DONNER *Klio* XVIII 1922, 27 ss. y PARKE *The Delphic Oracle*, I, Oxford, 1956, 165 ss.

[42] Sobre el canal, Her. VII 21-24 (cf. HAUVETTE o. c. 292, MACAN o. c. 146 s., OBST o. c. 45 s., KOESTER o. c.). Sobre el puente, PERDRIZET *Rev. Et. Anc.* XIV 1912, 357 ss., HOW *Journ. Hell. St.* XLIII 1923, 117 ss., GIANNELLI *La spedizione di Serse da Terme a Salamina*, Milán, 1924, *passim*; GERMAIN *Rev. Et. Gr.* LIX 1956, 303 ss.; INSTINSKY *Hermes* LXXXIV 1956, 477 ss.

lización. Basta pensar en la estrechez del canal de Corinto, abierto en pleno siglo XIX, o la dificultad del puente de barcas sobre el Danubio construído en época de Trajano. Sin embargo, impresiona aún más la magnitud del ejército persa, sin duda el mayor empleado en una sola campaña que conoció el mundo antiguo. No puede extrañar que Esquilo considerase que «Asia había sido vaciada de toda su población masculina», pues frente a los pequeños efectivos de las ciudades griegas en sus luchas internas el ejército persa era, según la frase de Heródoto, «un inmenso rebaño humano».

Desgraciadamente, el número de los combatientes persas, prescindiendo del personal de intendencia, parques y aprovisionamiento, no es conocido. Heródoto transmite unas cifras cuya magnitud, unos cinco millones de hombres, sorprende al propio autor y le hace dudar de su certeza [43]. En realidad, ejércitos de este tipo sólo ha sido posible reunirlos sin empeñarlos en un solo frente (piénsese en otra expedición colosal comparable a la persa, la campaña napoleónica en Egipto) en nuestro propio siglo, y ello a causa del problema de los aprovisionamientos, el mismo que hace dudar a Heródoto acerca de la posibilidad de empeñar en una campaña tales contingentes de tropas. Otros autores antiguos no dudaron en rebajar hasta menos de un millón los efectivos persas con inclusión de combatientes y servicios, ejército y marina [44]. Esta cifra ha continuado siendo re-

---

[43] Esquilo *Persas* 119; Her. VII 20 s., 56, 61 ss. La descripción del ejército persa, en Her. VII 60 ss. y 184 ss. Sobre las cifras, cf. MACAN o. c. 157, LAIRD *Class. Phil.* XVI 1921, 305 ss.; How últ. o. c.; OBST o. c.; TARN *Journ. Hell. Stud.* XXVIII 1908, 202 ss. y la bibl. cit. en nota 44.

[44] Ctesias, *Pers.* 23; Diod. XI 5,2 y 3,7; Just. II 10. DELBRUECK *Die Perserkr.* reduce la cifra a unos 100.000 hombres, de los cuales sólo la mitad combatió en Platea (en *Geschichte der Kriegskunst* propone 25.000). BUSOLT o. c. 671 ss. propone 300.000 combatientes en Grecia (cf. Her. VIII 133, IX 32) y algo menos MAURICE en su cuidadoso estudio (*Journ. Hell. Stud.* L 1930, 210 ss.).

ducida por los autores hasta números hiperbólicamente bajos, que contrastan con las exageraciones antiguas aparecidas incluso en documentos de carácter oficial [45]. Una cifra entre doscientos y trescientos mil hombres parece ser el término medio más adecuado [46]. Este gran ejército, con las fuerzas navales de escolta, apoyo y transporte, pasó el invierno en las costas de Asia. El propio Gran Rey trasladó su residencia a Sardes, desde donde envió aún embajadores a Grecia. Sólo en la primavera, tras haberse unido al contingente de las satrapías orientales el reclutado en los territorios de Occidente, el ejército se puso en marcha. En Abido el monarca presenció el gran desfile y se inició el paso de las fuerzas sobre los puentes de barcas [47]. En Dorisco se concentraron las unidades; se formaron nuevamente en cuerpos de tropa; escuadra y ejército se unieron y se inició el desarrollo de la campaña.

Los preparativos persas, singularmente el canal del Atos y el puente sobre el Helesponto, no habían pasado inadvertidos ante los políticos griegos. La legislación naval de Te-

---

[45] Tres millones de persas aparecen citados en la inscripción del monumento de las Termópilas. Cf. MAAS y WICKERT *Hermes* LXX 1935, 480 ss.

[46] Según Her. VII 89 s., la marina no era menos formidable que el ejército. Heródoto enumera 1.207 trirremes y 3.000 transportes. BUSOLT l. c. reduce esta cifra a 207 trirremes y un número de naves de transporte inferior al millar. GLOTZ o. c. propone unas 700 a 800 trirremes, cifra excesiva a nuestro juicio y basada en la aceptación de los datos de Heródoto referentes a las naves participantes en las anteriores expediciones. Parece muy difícil admitir que, a pesar de la desconfianza que los persas sentían hacia los marineros jonios o egipcios (Her. VII 93-98; Esquilo, *Persas*, 341 ss.), el mando de las naves persas hubiese sido confiado a oficiales del arma de caballería que veían el mar por vez primera. Pretender explicar ciertas derrotas por incapacidad de mandos (p. ej., con respecto a la Armada, etc.) es frecuente, pero la falsa maniobra de la escuadra persa en Salamina ha sido repetida en otras ocasiones por flotas cuyos mandos no pueden ser acusados de insuficiente formación.

[47] Her. VII 44 ss. Cf. GIANNELLI lib. c. *passim*. Sobre los embajadores enviados a Atenas, Her. VII 32.

místocles, y singularmente su plan de escuadra, había dado sus frutos. También Esparta había cuidado de informarse [48] y prepararse. En esta ocasión, los intereses de Atenas y Esparta eran comunes. Una derrota de Atenas aislada implicaba el retorno de Damarato a Esparta; un nuevo Maratón habría consagrado definitivamente a Atenas como potencia militar y condenado al ejército espartano a papeles secundarios. En realidad, la situación exigía no sólo la coordinación entre las dos ciudades, sino también un nuevo plan de alianzas. Las viejas ligas entre ciudades griegas no respondían ya a las nuevas circunstancias. En Delfos dominaban estados netamente propersas o, al menos, teóricamente neutrales y deseosos de evitar, de cualquier forma, el verse implicados en el gran conflicto; tampoco era segura la liga del Peloponeso y se imponía crear un nuevo pacto que uniese a las distintas ciudades con vínculos más seguros y firmes. Esta nueva asociación fue concebida como una liga panhelénica en la cual fueron invitados a participar todos los estados, que debían enviar sus representantes al santuario de Posidón Istmico, sito en territorio neutral e intermedio entre Esparta y Atenas [49]. Evidentemente, los resultados no fueron totalmente favorables. Aparte de Tespias y Platea, por parte de Atenas, y los aliados de Esparta, que se adhirieron inmediatamente a la propuesta, fueron muchos los que no acudieron o se excusaron con diversos motivos [50]. Esparta consiguió así el mando supremo de ejército y marina [51].

---

[48] Her. VII 134 ss. Posiblemente esta embajada se hallaba relacionada con la estancia de Damarato en Persia.

[49] Her. VII 145. No fueron invitadas Marsella y sus emporios, Cirene y las plazas ya ocupadas por los persas. Sobre el templo de Posidón, cf. BRONEER *Hesperia* XXII 1953, 182 ss. y XXIV 1955, 110 ss.

[50] Her. VII 145 ss. Se abstuvieron, entre otras, Argos, Siracusa, Corcira y las ciudades cretenses. Sobre las razones, Her. VII 148 ss.

[51] Her. VIII 2 s. Aristóteles (*Const. At.* XXII 8) supone que fue en este momento cuando Atenas reclamó a los castigados de ostracismo, como Aristides, en contra de Her. VIII 79. El reciente edicto de Trecén muestra la verosimilitud de la afirmación de Heródoto.

Frente a los preparativos persas, las ciudades griegas inician una movilización general; sus contingentes no son conocidos, pero es más que dudoso que entre ejército y marina, reclutas y reservistas, combatientes y servicios, las fuerzas de las ciudades aliadas pasaran de los cien mil hombres. A esta reducción de los efectivos debe añadirse, como factor negativo, la falta de coordinación en el mando y en la concepción de la campaña, bien demostrada en múltiples ocasiones. De otra parte, aunque Atenas haya resuelto parcialmente el problema de los arqueros, continúa existiendo el de la insignificancia de las tropas de caballería que los aliados pueden oponer a los persas [52].

El ataque persa; las líneas de defensa griegas.

Desde Dorisco, el ejército persa emprendió la marcha hacia Terma. Hasta aquí su itinerario atravesaba exclusivamente territorios adictos, capaces de facilitar suministros y hombres al ejército persa a fin de cubrir las bajas ocasionales y fortuitas que sin duda se habían producido. En Terma, escuadra y ejército, aquélla después de una feliz travesía por el canal del Atos con evitación de las costas calcídicas, se unieron nuevamente. Junto al Estrimón se realizaron solemnes sacrificios para recabar otra vez la protección de los dioses en la campaña que se iniciaba y se procedió a un reconocimiento del territorio montañoso y exploración de las intenciones de Macedonia [53].

En el estado mayor griego faltaba por completo una concepción estratégica de la campaña y de la preparación de la defensa. Los delegados reunidos en el istmo habían deliberado sobre las medidas que debían adoptarse en forma tan prolija como inútil. Aquí como en otros casos se demostró la imposibilidad de trazar un plan de campaña como re-

---

[52] Cf. WARDMAN o. c. *passim.*

[53] Cf. Her. VII 100-128.

sultado de bizantinas discusiones entre delegados cuya visión militar se reduce a los problemas e intereses de su propio país o ciudad cuando no más personales [54]. El concepto defensivo implicaba la utilización de accidentes naturales, pasos montañosos y costas difíciles que permitiera una coordinación absoluta entre ejército y marina. El valle de Tempe, en Tesalia, protege la totalidad de la Grecia propia; las Termópilas implican como línea de defensa el abandono de los territorios del norte y, en todo caso, más que una línea de defensa han resultado ser, en todas las campañas, un baluarte apto para frenar un ataque o una invasión, pero no unas posiciones capaces de ser mantenidas indefinidamente [55]. La defensa en el Citerón podía ser útil a los atenienses como la del istmo a los habitantes del Peloponeso, pero estas líneas representaban el sacrificio de la casi totalidad del suelo griego.

La defensiva en el valle de Tempe pareció ser la mejor para salvaguardar mayor número de intereses; sin embargo, transcurrió el invierno del 480 sin que los delegados hubieran conseguido ponerse de acuerdo y, en consecuencia, intentar una acción diplomática y militar destinada a atraerse a las ciudades tésalas. Sólo en la primavera fue posible llegar a un acuerdo con las ciudades ajenas a la influencia de los Alévadas. A una nueva reunión celebrada en el istmo en la primavera del 480, las ciudades tésalas enviaron delegados. Las condiciones eran simples: Tesalia se comprometía a la defensa del valle de Tempe y a facilitar escuadrones de caballería en caso de obtener de los aliados los refuerzos necesarios; de lo contrario, se consideraba obligada a someterse a Jerjes por parecer inútil y suicida toda resistencia. La oferta pareció aceptable y se acordó enviar un cuerpo de

---

[54] Así la actitud del congreso americano, durante la guerra de independencia, ante la expedición de Burgoyne, que tanto recuerda en su concepción estratégica a la campaña de Jerjes.

[55] Recuérdese la defensa de las Termópilas por las tropas anglogriegas en 1941.

diez mil hoplitas bajo el mando conjunto del espartano Evéneto y del ateniense Temístocles. En realidad, este acuerdo era sumamente fácil sobre el papel, pero de difícil realización. Los persas ocupaban las costas de los magnetes y la actitud de Beocia era más que sospechosa. La expedición requirió transportar las tropas por vía marítima hasta el puerto de Halos y desde allí remontar el curso del Peneo. Posiblemente los diez mil hoplitas no llegaron a pisar nunca tierra de Tesalia [56], pues una vez allí los aliados comprobaron que la buena voluntad y promesas de los delegados no correspondían a las realidades; y sólo unos pocos jinetes se unieron al cuerpo expedicionario. Intentar defender la totalidad de los pasos montañosos con tan reducidos contingentes era imposible, máxime ante las noticias transmitidas por Alejandro de Macedonia [57] y referentes a la importancia y efectivos del ejército persa. El mantenimiento a toda costa de la línea de Tempe hubiera significado, en corto o largo plazo, sacrificar a los defensores a los resultados de una maniobra envolvente del ejército persa. Por ello, las tropas aliadas emprendieron el regreso y las ciudades de Tesalia abrazaron definitivamente la causa persa [58]. Esto significaba la pérdida definitiva de considerables territorios y de toda posibilidad de contar con tropas de caballería que oponer a los escuadrones persas. Para animar el conjunto e infundir mayor desasosiego, el oráculo de Delfos, inspirado quizá por Esparta, aconseja la resistencia en el istmo y la defensa de Atenas desde las naves; y, entre tanto, los sacerdotes se preparan para adoptar una actitud filopersa [59]. Todo ello au-

---

[56] Sobre esta expedición, cf. Her. VII 172 ss. y Plut. *De Her. malign.* 31. La campaña ha sido estudiada por De Sanctis *Rv. Fil. Istr. Class.* VIII 1930, 339 ss. Según él, no se trató de una expedición propiamente dicha, sino de una simple exploración realizada por Temístocles en compañía de algunos oficiales espartanos.

[57] Sobre Alejandro de Macedonia, cf. Lombardo *Riv. Fil. Istr. Class.* IX 1931, 481 ss.

[58] El regreso de las tropas aliadas puede situarse en el mes de mayo del 480. Véase, sobre todo ello, Sordi o. c. *passim.*

[59] Cf. Parke o. c.; Her. VII 139; Jen. *Hel.* VI 5,53; Diod. XI 3,3.

mentó la inquietud y la discordia en el seno de la liga y en inútiles discusiones se agotaron otros dos meses que aprovechaba el ejército persa para proseguir su avance. Sólo en julio del 480, cuando las tropas invasoras se hallaban ya en Pieria, se acordó establecer la línea de defensa en las Termópilas, consideradas como el único paso utilizable para un ejército acompañado de un gran tren de bagajes y aprovisionamientos como el persa. El paso ofrece una serie de dificultades, aprovechables todas ellas como posiciones defensivas, y un destacamento naval ateniense, apostado en el Artemisio, quedó encargado de impedir un desembarco a retaguardia, en las costas de Lócride, gracias al cual las fuerzas persas, cuya habilidad en esta clase de operaciones combinadas había quedado suficientemente demostrada, habrían conseguido copar a los defensores entre dos fuegos.

En realidad, la estabilidad de la línea de defensa dependía exclusivamente del mantenimiento de las Termópilas. Sin éstas, la posición de la escuadra del Artemisio se revelaba, como sucedió de hecho, precaria e insostenible.

La defensa de las Termópilas fue confiada principalmente a tropas del Peloponeso, capitaneadas por un reducido contingente espartano, y a los aliados de la zona de dudosa fidelidad. Los espartanos acudieron a regañadientes a defender una línea que juzgaban inadecuada y, sobre todo, les alejaba de su ciudad. Su contingente obedecía a un compromiso y era puramente simbólico; el total de las fuerzas reunidas era reducidísimo e incapaz de poder organizar una defensa no sólo heroica, sino también efectiva, de la línea de operaciones [60]. Víctima expiatoria de los intereses políticos espar-

---

[60] Según Her. VII 202 ss., el contingente de defensores de las Termópilas se componía de 300 hoplitas espartanos, 1.000 periecos de Laconia, 500 de Tegea, 500 de Mantinea, 1.120 de otras localidades de Arcadia, 400 corintios, 200 de Fliunte y 80 de Micenas; a ellos se unieron 700 de Tespias, 400 de Tebas y un millar de Lócride y Fócide. Como puede verse, una tercera parte del contingente era de dudosa fidelidad. Según Heródoto, este destacamento era una avanzadilla apostada

tanos fue Leónidas, cuya gloriosa muerte no evita, sin embargo, las dudas respecto a su capacidad en la dirección de las operaciones terrestres en un sector que, defendido adecuadamente y con medios suficientes, habría podido resistir y desgastar al ejército persa mucho más de lo que consiguió la heroica resistencia. El mando de la escuadra fue confiado al navarca espartano Euribíades: mando puramente simbólico, pues, como reveló la batalla del cabo Artemisio, la dirección de las operaciones dependió exclusivamente de Temístocles, jefe de la escuadra ateniense y, por tanto, del mayor contingente naval.

Las Termópilas.

La reconstrución de la batalla de las Termópilas ha sido objeto de una abundante bibliografía que, principalmente, ha debido atender a la reconstrucción de la topografía y vialidad antiguas identificando sobre el terreno las observaciones de las fuentes textuales [61], y ello especialmente con respecto

---

en espera de socorros, pero éstos no llegaron jamás y ni siquiera se pusieron en marcha. BELOCH o. c. 37 ss. acusa a Leónidas de incapacidad y juzga su muerte como un beneficio para los aliados capaz de compensarles sobradamente de la derrota sufrida. A favor de Leónidas, MILTNER *Klio* XXVIII 1935, 228 ss. Sobre los preliminares de las operaciones, GIANNELLI lib. c. 26 ss. Sobre la cronología, LABARBE *Bull. Corr. Hell.* LXXVIII 1954, 1 ss. (la batalla concluyó el 3-4 de agosto del 480 a. J. C.).

[61] Her. VII 175 s., Paus. X 22,8; Estrab. IX 4,14; Eliano, *Var. his.* III 1. Sobre la reconstrucción de esta topografía pueden verse las obras generales estudiadas anteriormente, p. ej., HAUVETTE o. c. 351 ss., GRUNDY o. c. 258 ss., KROMAYER *Ant. Schlachtfelder* 31 ss., MUNRO *Journ. Hell. Stud.* XXII 1902, 292 ss., MYRES *Herodotus*, Oxford, 1953, 248 ss., PHILIPPSON *Die griechischen Landschaften*, I, Francfort, 1950, 243 ss. y BÉQUIGNON o. c. *passim*. Sobre la batalla propiamente dicha, BURY *Ann. Brit. Sch. Ath.* II 1896, 89 ss., PRENTICE *Trans. Am. Phil. Ass.* LI 1920, 5 ss., LINDEMANN *Jahrb. Gött. Philos. Fak.* 1922, 65 ss. y BURN *Studies Presented to D. M. Robinson* I, S. Luis, 1951, 479 ss.

al camino seguido por las tropas persas bajo la guía de Efialtes [62].

El sistema defensivo lacedemonio aparece muy simple: una pequeña vanguardia ante el muro de cierre, reparado a toda prisa; el grueso, tras del mismo, y destacamentos de hoplitas cubriendo el camino del Anopea, cuya posición principal parece protegida también por un muro [63].

Tras una marcha de trece días, la infantería invasora acampó junto al Asopo. Entre tanto, la escuadra persa ocupó la isla de Escíatos y obligó al grueso de la griega a refugiarse en el Euripo, abandonando el Artemisio y limitándose a dejar algunos avisos y naves exploradoras. Un huracán sorprendió a la escuadra persa junto a la costa del Pelio ocasionándoles considerables pérdidas y desorientando a sus mandos [64].

Tras cuatro días de reposo, la infantería persa prosiguió su marcha hacia el S.; un explorador avistó la pequeña guarnición del paso; ante ello, el ejército se dispuso en orden de batalla y por dos veces atacó frontalmente, sin resultados, las posiciones espartanas. Un tercer ataque realizado al día siguiente no ofreció mejores frutos [65]. Sin duda, la posición ofrecía ventajas para el desarrollo de la táctica griega del cuerpo a cuerpo e incluso para ciertas estratagemas, pero no es menos cierto que estos ataques no pudieron dejar de causar bajas, siempre graves en contingentes tan exiguos. Entre los persas debía de preocupar singularmente la posible llegada de refuerzos griegos que compensaran las pér-

---

62 Cf. PRITCHETT *Am. Journ. Arch.* LXII 1958, 203 ss. con la discusión de las tesis anteriores. Insiste especialmente (pág. 211) en la cuidada descripción topográfica de Heródoto.

63 Cf. GRUNDY o. c. 289; KROMAYER *Antike Schlachtfelder*, 38; MARINATOS *Am. Journ. Arch.* XLIII 1939, 700; BÉQUIGNON *Rev. Arch.* IV 1934, 22 ss. y o. c. 240; MARINATOS *Thermopylae*, Atenas, 1951, 59; SCRANTON *Greek Walls*, Cambridge, Mass., 1941, 161; PHILIPPSON o. c. 267; PRITCHETT o. c. 211 ss.

64 Her. VII 188 ss.

65 Her. VII 208-211.

didas; y los ataques frontales habían demostrado ser tan costosos como inútiles. Se imponía buscar otra ruta que permitiera el avance de un cuerpo de infantería ligera y el ataque a la retaguardia griega que defendía el paso central. Esta ruta, un sendero a través del monte Anopea, fue facilitada por Efialtes; por ella emprendió la marcha un cuerpo de ejército persa que, bajo el mando de Hidarnes, tras rebasar la posición de los locros y vencer sin gran resistencia a los hoplitas focenses, se lanzó al ataque [66]. Leónidas envió contra los persas la mayor parte de sus tropas, excepto los espartanos, tespieos y tebanos, pero este contingente fue incapaz de luchar y emprendió la huída.

Leónidas, entre tanto, se lanza al ataque de los persas y muere en combate, al igual que la mayor parte de sus tropas, sorprendidas entre dos fuegos por el ataque de Hidarnes. Los defensores de las Termópilas, víctimas de maniobras políticas y errores militares, mueren valerosamente, incapaces de defender la ya inútil posición. Su sacrificio puede ser un modelo de heroísmo, disciplina y sumisión a unas leyes, pero no presenta ningún balance positivo respecto a la defensa de Grecia.

El Artemisio.

Paralelamente a la lucha terrestre en las Termópilas se produjo el encuentro naval en el Artemisio. Frente al concepto defensivo de la lucha allí, en este combate prevalece el ofensivo de batalla de aniquilamiento que intenta aprovechar las circunstancias favorables para destruir la flota

---

[66] Este destacamento debía de ser reducido. BÉQUIGNON oo. cc. supone 2.000 hombres; MAÇAN, 10.000; KROMAYER, 5.000; Diodoro XI 8,5, 20.000; Heródoto VII 215, 10.000. PRITCHETT o. c. 204 acepta esta cifra. Cf., sobre el camino, PRITCHETT o. c. *passim* con detenido análisis de fuentes y bibliografía. Cf. la descripción (Her. VII 212-227) de los episodios de la última resistencia.

persa y asegurar definitivamente a los aliados el dominio del mar [67].

Tras el huracán frente a la costa del Pelio, la escuadra persa no era ya capaz de asegurar el apoyo de las opera-

---

[67] Desgraciadamente ignoramos qué peso hayan podido tener en la narración herodotea descripciones atenienses de tipo laudatorio o apologético. Con esta salvedad cabe observar que las jornadas de Artemisio son las únicas en las cuales los generales y almirantes aliados demostraron tener una clara idea de un desarrollo estratégico, no táctico, de las operaciones y en que los resultados no fueron consecuencia de la incompetencia del mando enemigo o del simple valor de los soldados, sino de un adecuado planteamiento de las batallas. Si las acciones navales no consiguieron en estas circunstancias resultados más adecuados, ello se debe exclusivamente a la caída de las Termópilas, que impedía en absoluto que una fuerza naval pudiera tener su base en aquella zona. Sin los precedentes de Artemisio, parece difícil admitir que la escuadra persa pudiera llegar al estado de exasperación que indujo a sus jefes a penetrar en la ratonera de Salamina. Sobre las operaciones navales, singularmente la campaña de Artemisio, pueden verse los estudios de PRENTICE y LINDEMANN citados anteriormente y de MILTNER *Klio* XXXI 1938, 219 ss. Sobre Artemisio y Salamina trata BICKEL *Themistokles Der Kampf um das Mittelmeer zwischen Griechenland und Persien*, Bonn, 1943. Las fuentes y los autores modernos reservan a Temístocles el mérito de los éxitos de Artemisio y Salamina. No falta, sin embargo, quien haya insistido sobre los méritos del almirante espartano como artífice de los éxitos de la primera batalla (cf. GURATZSCH *Klio* XIX 1925, 62 ss.). En todo caso, las concepciones de Artemisio y Salamina son tan distintas que resulta difícil suponer que ambos combates hayan sido planteados por la misma persona. Las operaciones de Artemisio aparecen concebidas como prolegómenos de una batalla de aniquilamiento que abocan en primer lugar a suavizar la diferencia numérica entre los combatientes (recuérdense las operaciones de los brulotes holandeses e ingleses en el canal de la Mancha contra nuestra gran Armada) y en segundo lugar a intentar una batalla de aniquilamiento entre dos escuadras del tipo que pudiera denominarse clásico (así la batalla de San Feliu de Guixols entre Lauria y Lodeva o la del Bósforo entre aragoneses y genoveses, etc.). Artemisio es una batalla naval de concepción estratégica frente a Salamina, eminentemente táctica. En Artemisio el plan de batalla, por ambas partes, es eminentemente la lucha entre dos almirantes. Salamina, por el contrario, es el adecuado aprovechamiento de un error táctico que se resuelve en luchas singulares entre comandantes y tripulaciones. Es, principalmente, una batalla de embotellamiento fracasada.

ciones terrestres y, al mismo tiempo, enviar naves a la costa del Peloponeso extendiendo así las operaciones a Laconia [68]. Aquémenes, el almirante persa, se limitó a repartir sus naves en los puertos del golfo Pagasático y a apostar un destacamento frente al Euripo con la misión de bloquear y, a ser posible, embotellar a la escuadra griega. Paralelamente Temístocles (nominalmente Euribíades) procedió a reunir una escuadra de 271 trirremes, nueve pentecónteras y dos naves exploradoras junto al cabo Artemisio; otras 53 naves fueron apostadas al S. de Eubea y unas de reserva quedaron en el puerto de Pogón, junto a Trecén [69]. Temístocles contaba con la ventaja de hallarse perfectamente informado de los planes persas [70] y en disposición de convencer a sus colegas de lo adecuado de sus planes de combate y la necesidad de pasar a la acción [71]. La actuación de la escuadra aliada, según el plan atribuído a Temístocles, comprendía una serie de acciones menores destinadas a causar pérdidas notables a la flota persa mediante el ataque de destacamentos y unidades aisladas, lo cual reducía de otra parte el riesgo que podían correr los aliados, y disminuir así la diferencia de contingentes entre ambos bandos [72] La sorpresa y la acción rápida eran los recursos principales con los cuales podían contar los griegos. Una operación afortunada contra las naves jónicas [73]

---

[68] Her. VII 235 ss. Posiblemente no conviene exagerar las pérdidas sufridas por la escuadra persa. Después de estas acciones, después de Artemisio y de Salamina, la marina persa disponía aún de contingentes capaces de preocupar seriamente al mando aliado y de asegurar el paso del Helesponto al ejército persa.

[69] Pese a su poca simpatía hacia el personaje, Heródoto destaca singularmente la actuación de Temístocles (VIII 4 ss.). Sobre los contingentes navales disponibles por parte de los aliados, verdaderamente notables, cf. Her. VIII 1 s., 14 y 42.

[70] Her. VIII 7 ss.

[71] Diod. XI 12; Plut. *Tem.* 8.

[72] Sobre los efectivos navales griegos, cf. Her. VIII 1 s., 14 y 42: en total 271 trirremes, de las cuales 147 de Atenas, nueve pentecónteras y dos naves exploradoras.

[73] Sobre la ordenación cronológica de estos episodios, cf. LABARBE

y nuevas bajas producidas por la inestabilidad del tiempo desmoralizaron sin duda a la escuadra persa, mientras las fuerzas de reserva se unían a los aliados. Un nuevo ataque de éstos causó serias pérdidas a las naves de Cilicia [74].

Esta serie de operaciones aconsejáron a los almirantes persas a pasar a un plan de conjunto. Indudablemente no disponían de las fuentes de información y del conocimiento del litoral de que gozaba el estado mayor naval aliado. En estas condiciones, operaciones rápidas eran imposibles. La marinería persa no se hallaba en condiciones de intentar aisladamente, nave a nave, el abordaje de las embarcaciones aliadas [75]; y menos aún de pasarlas por ojo [76]. Sólo cabía, en aquellas circunstancias, intentar operaciones conjuntas oponiendo a la superioridad individual de las naves griegas el número de las persas. En la batalla general, los almirantes persas dieron muestras suficientes de un adecuado conocimiento de la maniobra náutica y los oficiales supieron ponerlo en práctica pasando de la formación en un frente único, en media luna [77], a la en dos columnas dispuestas a tresbolillo [78]. Esta nueva organización permitió ocasionar una serie de bajas a las naves griegas [79].

Artemisio aparece, en sus consecuencias inmediatas, como una batalla del tipo de la de Jutlandia. La escuadra griega,

---

art. c. Sobre las operaciones, además de los estudios citados, Her. VIII 9 ss. y 12 ss.

74 Her. VIII 12 ss.

75 Her. VIII 15 ss. Esta inferioridad de la marinería persa era debida a su equipo y armamento. No obstante, los arqueros persas debieron de causar notables bajas a los hoplitas griegos a juzgar por las referencias de la presencia de arqueros en las naves atenienses con ocasión de Salamina. Cf. WARDMAN o. c. *passim*.

76 Debido a la ausencia de espolones en las naves.

77 Una táctica que tendía a envolver a la escuadra griega.

78 La maniobra fue introducida por el almirante persa Heraclides de Milasa (Her. VIII 15 ss.). Esta novedad se difundió pronto entre los marinos griegos (cf. WILCKEN *Hermes* XLI 1906, 108).

79 Cinco trirremes destruídas por las naves egipcias. Cf. Her. VIII 16-18.

con menor número de bajas, se retiró, lo cual era inevitable después de la pérdida de las Termópilas; los persas, por el contrario, quedaron en la línea de combate tras haber perdido el contacto con los aliados, aparentemente vencedores. En realidad, sólo los acontecimientos posteriores podían precisar quiénes eran los vencedores y quiénes los vencidos.

Hundimiento de la defensa griega.

La caída de las Termópilas y la retirada inevitable de la escuadra griega hacia el S. mostraban claramente el fracaso del plan de defensa helénico. Después de la pérdida incruenta de los pasos de Tempe y Tesalia, después de la pérdida de las Termópilas, el ejército persa podía penetrar perfectamente en el corazón de Grecia.

El avance persa se caracterizó por sus destrucciones; las costas de Eubea, Tespias y Platea conocieron ampliamente las consecuencias de esta marcha [80]. No extrañará tampoco que Delfos se salvase [81] ni que muchos aliados acudieran al ejército persa [82] y permitieran cubrir, quizá sobradamente, las bajas producidas en el curso de la campaña [83].

Entre tanto, la escuadra aliada se hallaba al pairo en el golfo de Salamina [84]. Tras la pérdida de las Termópilas, la nueva línea defensiva inmediata parecía ser la zona entre el Helicón y las marismas de Copais; y era de suponer que el ejército aliado, oficialmente en camino y del cual, oficialmente también, las fuerzas de Leónidas constituían una vanguardia, pudiese, cuando menos, entablar la lucha en esta zona. No obstante, el estado mayor espartano había esco-

---

80 Cf. GIANNELLI lib. c. Sobre las fuentes, Her. VIII 19 y 23.

81 Her. VIII 31 ss., 50, 66; Plut. *Tem.* 31; Paus. X 35,2.

82 Singularmente las ciudades de Beocia.

83 Cf. Her. VIII 66.

84 Cf. Her. VIII 40 ss. y 71. No obstante, oficialmente las posiciones frente al cabo Artemisio no se consideraban abandonadas. El edicto de Temistocles alude aún a naves en el Artemisio y en Salamina.

gido como línea de defensa el istmo y su ejército se hallaba entonces ocupado intensamente en la labor de fortificar aquel estrecho paso y hacerlo inexpugnable.

Este plan defensivo, que exigía el establecimiento de las fuerzas navales en Salamina como base, aunque alejada, la más próxima al istmo, representaba pura y simplemente el abandono de Atenas. Siguiendo al oráculo, Atenas iba a defenderse exclusivamente con «murallas de madera». Su destino y su supervivencia estaban en el mar. La ciudad quedaba, en frase del edicto de Temístocles recientemente descubierto, confiada a la protección exclusiva de los dioses.

En una sesión, indudablemente difícil, Temístocles y sus colegas acordaron el abandono y la evacuación total de la ciudad. Atenas entera, en frase de Plutarco, «zarpó» [85]. La población civil incapaz de combatir fue evacuada y repartida entre las ciudades de Salamina, Trecén [86] y Egina junto con sus bienes muebles. Todos los ciudadanos capaces de empuñar las armas fueron convocados y, junto a ellos, se ofreció la posibilidad de «luchar por la libertad» común a los peregrinos y extranjeros residentes o avecindados en Atenas. Lo mismo se brindó a los condenados al ostracismo [87]. El personal combatiente fue embarcado en las naves, las autoridades de la ciudad se trasladaron a Salamina y sólo quedaron en Atenas, sobre la acrópolis, los sacerdotes encargados de la custodia de los bienes y propiedades de los dioses [88].

---

[85] Plut. *Tem.* 10. La mejor fuente para el conocimiento de las disposiciones relativas a la evacuación de Atenas es el edicto de Temístocles aparecido en Trecén, que coincide sustancialmente con la narración herodotea, pero que empieza a ser considerado como una falsificación.

[86] Her. VIII 41; Aristóteles, *Const. At.* XXIII 1; Plut. *Tem.* 10. Cf. también el edicto de Temístocles. En el ágora de Trecén se hallaron en el pasado siglo inscripciones que recordaban la estancia de los refugiados atenienses.

[87] Recuérdese el ya citado caso de Aristides. El texto del edicto confirma la tesis sobre la concesión de esta relativa amnistía en las jornadas que precedieron a Salamina.

[88] Según Plut. *Tem.* 10, Cleidemo en *FHG* I 362, fr. 13, y Aristóteles *Pol.* VIII 3,5, las autoridades atenienses facilitaron un viático de

La evacuación de Atenas debió de coincidir casi con la llegada de los persas. Mientras la escuadra aliada se refugiaba en Salamina, las naves persas anclaban en Falero e iniciaban la ocupación de la ciudad. Sólo en la acrópolis los sacerdotes y algunos ciudadanos rezagados, parapetados tras los viejos muros y tal o cual empalizada, intentaron una resistencia heroica, favorecida por las condiciones del terreno, pero sin esperanza. Un asalto final por la ladera norte condujo finalmente a la ocupación del corazón de la ciudad. El saqueo de los templos y su ulterior incendio representaron para el ejército persa, y aún más para el soberano, la conclusión de la vieja cuenta pendiente con Atenas desde la revuelta de Jonia, la venganza por la destrucción del templo de Sardes. Oficialmente podía suponerse que la ocupación de Atenas era el principio de un fin inmediato, la sumisión de los aliados y la conclusión de la campaña [89].

No es de extrañar que en estas circunstancias los jefes persas, excepto Artemisia, se mostrasen decididos a la pronta conclusión de la guerra tras un ataque general en todos los frentes y la derrota de las fuerzas aliadas. La aparente proximidad de la victoria excluía todo posible intento de mediación o transigencia. De otra parte, la proximidad del otoño aconsejaba concluir cuanto antes la campaña [90].

Las posiciones espartanas en el istmo parecían, si no inexpugnables, al menos sí difícilmente conquistables. La re-

---

ocho dracmas a los económicamente débiles a fin de que pudieran atender a su sustento en estas circunstancias. Posiblemente se trata de una tradición tardía, puesto que esta disposición no aparece recogida ni en Heródoto ni en el texto del citado edicto. Por el contrario, las inscripciones de Trecén indican que las autoridades locales atendieron al sustento de los refugiados atenienses.

[89] Sobre las fortificaciones de Atenas, cf. JUDEICH o. c. 30 ss. Sobre la defensa de Atenas, GIANNELLI lib. c. 32 y PERDRIZET *Rev. Et. Gr.* XXXIV 1921, 62 ss. Las fuentes son Her. VIII 50 ss.; Esquilo *Persas* 809 s.; Diod. XI 14; Isócrates *Paneg.* 96.

[90] Sobre el consejo celebrado por el estado mayor persa en Atenas tratan Her. VIII 67 s. y Plut. *De Her. malign.* 38.

ciente experiencia de las Termópilas había mostrado suficientemente los peligros e inconvenientes de los ataques frontales ante posiciones defendidas por gentes tenazmente resueltas. Una maniobra envolvente, un desembarco en el Peloponeso parecía el plan de operaciones más adecuado, pero requería ante todo la destrucción de la escuadra ateniense y aliada anclada en Salamina.

Salamina.

El desarrollo de la batalla de Salamina corresponde al concepto clásico del gran encuentro naval, el choque de dos marinas cuyo desarrollo y desenlace conduce a asegurar definitivamente al vencedor el dominio del mar.

La bahía de Salamina aparece como el marco habitual de este tipo de combates en los tiempos de navegación mixta a vela y remo. Accio y Lepanto se desarrollan en golfos de difícil acceso. Los historiadores griegos alaban unánimemente la elección de Salamina como lugar del encuentro y atribuyen el mérito de la elección a Temístocles calificándola incluso, como Tucídides, de intuición genial [91]. En realidad, nada más fácil que conseguir la fama de gran general tras un encuentro victorioso; pero la elección de Salamina implicaba ventajas e inconvenientes. En primer lugar, la escuadra griega no sólo era inferior numéricamente a la persa, sino que, además, imperaban en ella los factores de discordia. Ante la amenaza enemiga, los jefes de los distintos contingentes aliados deseaban abandonar Salamina y acudir cada cual en defensa de su patria. Aunque las naves atenienses eran el efectivo más numeroso [92] y aunque se había conseguido el apoyo de la escuadra aliada en la evacuación del Atica [93], la posición

[91] Her. VIII 75 s.; Diod. XI 17; Tuc. I 138 (aludiendo principalmente al ardid de Sicino).

[92] Según el citado edicto, las naves eran doscientas. Sobre el contingente de la escuadra aliada según Heródoto, véase más adelante.

[93] Her. VIII 49, 70.

política y la influencia de Temístocles en el consejo de los aliados quedaban notablemente disminuídas tras la toma y destrucción de Atenas. El posible abandono de Salamina, posición no totalmente convincente como se verá, implicaba, en plazo breve, la atomización de la escuadra aliada [94]. La situación de Euribíades era también comprometida. Por ello Temístocles hubo de forzar la situación amenazando, en caso de retirada, con la abstención de la escuadra ateniense en la defensa del istmo [95]; consecuencia de lo cual fue una primera aceptación de su plan seguida a su vez de nuevas dudas [96]. Es posible que la historia de Sicino, provocando el bloqueo persa e impidiendo en consecuencia la retirada de la escuadra y su dispersión, sea una fantasía o una leyenda, pero, en todo caso, si fue cosa real, se trató sin duda de una medida útil.

En el mando persa dominaba, como se ha visto, el deseo de atacar y combatir cuanto antes. Sin duda las operaciones del cabo Artemisio y una serie de circunstancias tan desagradables como inevitables habían exasperado las ánimos de la oficialidad. De otra parte, la proximidad del otoño, con sus tempestades, hacía conveniente eliminar lo antes posible las naves bloqueadas en Salamina si es que no se quería correr el riesgo de sufrir nuevamente bajas causadas por tormentas. El mantenimiento del bloqueo en invierno, o incluso en otoño, frente al canal de Salamina debía de parecer notablemente difícil y extraordinariamente costoso.

En realidad, toda espera o bloqueo prolongado, de ser posible, hubiera jugado en favor de la escuadra persa En Salamina acampaba parte de la población evacuada de Atenas, cuyo espectáculo no favorecía ciertamente la moral de las tripulaciones aliadas. La consideración de que iguales cir-

---

94 Sobre estos choques, cf. Her. ibid.

95 Her. VIII 56-63; Plut. *Tem.* 11.

96 Sobre la intervención de Aristides, cf. Her. VIII 64 y Plut. *Arist.* 8. Sobre los arqueros en los naves, cf. WARDMAN o. c. *passim* (con la crítica de KALINKA *Klio* XX 1928, 250 ss.).

cunstancias podían presentarse, en breve plazo, entre sus conciudadanos, carentes además de toda posibilidad de apoyo naval, habría aumentado las disensiones y las querellas; y de otra parte, una prolongada experiencia histórica demuestra cuán peligroso es el contacto constante entre las tripulaciones de una escuadra bloqueada y la población civil. Tarde o temprano, los descontentos se habrían manifestado violentamente y el choque entre los distintos contingentes se habría producido.

La bahía de Salamina.

El acceso a la bahía de Eleusis se verifica por dos pasos, ambos estrechos y difíciles. Al Norte, el canal de Mégara, estrecho, de poco calado y, en consecuencia, incómodo para la navegación. Al Sur, el estrecho de Salamina, bloqueado por la península de Cinosura y, frente al Pireo, la isla de Lipsokoutala [97]. Sin ser estrecho como el canal de Mégara, tampoco este paso ofrece facilidades para la navegación, singularmente en el caso de una escuadra que marcha en formación de combate. No cabe aquí otra formación que la línea de fila; el despliegue en hilera es imposible y tampoco es fácil un intento de maniobra envolvente. Las costas recortadas parecen disminuir casi totalmente la visibilidad y no cabe observación alguna entre la bahía y el mar libre [98]; y además, en muchos lugares los fondos son bajos, al menos en la actuali-

---

[97] La mejor descripción topográfica de la zona es sin duda la de HAMMOND *Journ. Hell. St.* LXXVI 1956, 33-38. Durante la guerra del Peloponeso tres trirremes bastaron para defender el canal de Mégara (Tuc. II 93 citado por GLOTZ o. c. 75 n. 147).

[98] Así se advierte en distintos pasajes de las fuentes que aluden a la batalla. De ellos parece desprenderse que los persas desconocían los movimientos de la base griega (cf. sobre ello la crítica de PRITCHETT a HAMMOND en *Am. Journ. Arch.* LXIII 1959, 251 ss. y la respuesta de éste ibid. LXIV 1960, 367 ss.). Evidentemente éste es uno de los argumentos principales, como observa PRITCHETT, para rechazar la identificación de Psitalía con la isla de Hagios Georgios, propuesta por HAMMOND.

dad [99], lo cual constituye una nueva dificultad para la maniobra [100].

Evidentemente, en estas condiciones, no había otra posibilidad que el bloqueo o, en todo caso, forzar a las naves bloqueadas a hacerse a la mar gracias a una operación combinada de fuerzas terrestres en la isla de Salamina. Penetrar en el interior de la bahía para luchar en ella es una operación sumamente arriesgada, porque expone a la escuadra de bloqueo a quedar bloqueada a su vez y unir a esta difícil situación problemas de maniobra que aumentan sus inconvenientes [101].

La maniobra de la flota persa.

El estudio de la batalla de Salamina choca con dos dificultades. La primera de ellas es la exacta localización topográfica de los distintos puntos citados por las fuentes. Uno de los elementos seguros parece deducirse del hecho de que, desde el mar, la escuadra persa no tenía conocimiento de las maniobras y posición de la flota griega. Sin embargo, los problemas son notables. Prueba de ello es que la identificación de la isla de Psitalía ha variado: unos la sitúan en Lipsokoutala, opinión generalmente admitida y la más probable a mi juicio; otros, como Beloch y Hammond, la identifican con la isla de Hagios Georgios, frente a Paloukia.

---

99 Al igual que PRITCHETT últ. o. c. *passim*, no me ha sido posible utilizar las cartas marinas del Almirantazgo británico ni otras cartas náuticas del sector. Según el mapa de HAMMOND prim. o. c. 33, toda la costa entre el cabo Varvari y Paloukia se caracteriza por sus bajos fondos, singularmente en Ambelaki. Esto explica y justifica suficientemente que los persas intentasen embotellar a la escuadra griega. HAMMOND oo. cc. *passim* supone que el nivel del mar en esta zona ha aumentado considerablemente desde la antigüedad. PRITCHETT, basándose en estudios geológicos, niega este cambio.

100 Esto habría sido comprendido claramente por los oficiales griegos según Her. VIII 60. No cabía en este caso ni el peligro de una maniobra envolvente ni un encuentro de desgaste.

101 Los estudios publicados no parecen aludir a las características de los vientos dominantes en la zona.

La segunda y principal dificultad estriba en las diferencias existentes entre la descripción de Heródoto y la de Esquilo. Esta diferencia consiste nada menos que en la posición de la escuadra persa la noche anterior de la batalla, al pairo en el mar libre y frente a Psitalía (posición de Heródoto) o dentro ya del canal (posición de Esquilo). En el primer caso, la maniobra nocturna de la flota persa habría sido la marcha y colocación en el interior del estrecho. En el segundo caso, una estratagema de la escuadra griega habría conseguido atraer a la persa más hacia el N. y bloquearla. En consecuencia, ambas descripciones plantean el problema de si la actuación griega se limitó al aprovechamiento de una falsa maniobra persa o bien correspondió a la escuadra helénica la iniciativa en las operaciones y el haber conseguido atraer a la flota persa al interior del estrecho [102]. Cabe finalmente intentar conciliar ambas descripciones, pero los intentos en este sentido resultan difíciles y no siempre convincentes en algunos puntos. En uno u otro caso, es evidente que las naves griegas utilizaron debidamente su posición y posibilidades respecto a la situación de la escuadra persa.

De ahí que la bibliografía y los estudios sean múltiples, discordantes, contradictorios e incluso polémicos hasta hacer imposible el análisis de su totalidad [103].

---

[102] La primera posición es la de LEAKE *Demi of Attica*, en *Topography of Athens*, Londres, 1841²; la segunda es la de LOESCHKE *Jahrb. Klass. Phil.* CXV 1877, 25 ss. y GOODWIN *Pap. Am. Sch. Ath.* I 1885, 239 ss.

[103] Buena parte de esta bibliografía se hallará en BUSOLT o. c. 700 ss., GRUNDY o. c. 369 ss., MACAN o. c. 297 ss., OBST o. c. 151 ss. y GLOTZ o. c. 74 ss. En estas obras y en los estudios de HAMMOND y PRITCHETT puede verse buena parte de la bibliografía utilizable, con distintas discusiones y valoraciones. De ellas parece oportuno recordar MILCHHOEFER *Text zu Curtius und Kaupert, «Karten von Attika»*, II y VII, Berlín, 1883 y 1895, TARN o. c. en n. 43; BELOCH *Klio* IX 1909, 477 ss., XI 1911, 431 ss. y XIII 1913, 128 ss.; JUDEICH *Klio* XII 1912, 129 ss.; RADOS *La bataille de Salamine*, París, 1915; KROMAYER *Ant. Schlachtf.* IV 1, 64; cf. además GURATZSCH *Klio* XIX 1923-1924, 128 ss.; KEIL ibid. 475; WILHELM *Zur Topographie der Schlacht bei Salamis*, Viena, 1929;

Parece preferible seguir aquí, en lo fundamental, la descripción de Heródoto más que las de Esquilo o Diodoro. Aun tras la reciente y discutida valoración de Hammond [104], la narración de Esquilo, pese a su contemporaneidad y participación, muestra claramente signos de deformación poética [105].

Los contingentes navales.

Según Heródoto, que describe los contingentes de los aliados [106], la escuadra griega constaba de 378 naves. Conviene advertir, sin embargo, que de su descripción no resulta esta cifra, sino la de 366. De ellas doscientas cuando menos, las citadas en el edicto de Temístocles, eran atenienses. Según Esquilo, por el contrario, en el momento de la batalla las naves griegas eran 310 [107]. Evidentemente algunas naves, las de Adimanto, se hallaban en el sector de las Farmacusas, pero en todo caso la diferencia es muy notable.

MILTNER *Jahresh. Oest. Arch. Inst.* 1930, 115 ss.; el claro resumen de BELOCH o. c. 107 ss.; JACOBY *Philologus* LXXXVII 1931, 369 ss.; D'AMICO *At e. R.* XII 1931, 231 ss.; PUECH *Mélanges G. Glotz*, París, 1932, 757 ss.; GRÉGOIRE *Les Et. Class.* IV 1935, 519 ss.; LEGRAND *Rev. Et. Anc.* XXXVIII 1936, 55 ss.; RODGERS *Greek and Roman Naval Warfare. A Study of Strategy, Tactics and Ship Design from Salamis (480 b. C.) to Actium (31 b. C.)*, Londres, 1937; KEIL *Hermes* LXXII 1938, 329 ss.; LABARBE *Bull. Corr. Hell.* LXXVI 1952, 384 ss. Es de esperar una respuesta de PRITCHETT a la réplica de HAMMOND.

104 O. c. *passim*, utilizando la ed. de la Srta. POSITANO *Demetrii Triclinii in Aeschyli Persas scholia*, Nápoles, 1948.

105 Recuérdense las múltiples descripciones poéticas de batallas navales en nuestro Siglo de Oro. Si bien en ocasiones estas descripciones fueron escritas por los propios participantes, no es menos cierto que una reconstrucción de tales batallas basada únicamente en estas descripciones sería sumamente errónea. Conviene tener muy en cuenta en estos aspectos las observaciones de MAURICE oo. cc. *passim*.

106 Her. VIII 82. Véanse los distintos cálculos de HAMMOND prim. o. c. 40 s., que no puedo aceptar.

107 *Persas* 337-344.

No cabe excluir, sin embargo, que en el momento de la batalla algunas naves se hallasen averiadas, en astillero, o no pudieran entrar en acción.

La totalidad de la flota persa, según Esquilo, ascendía a 1.207 naves. Aun suponiendo que fuesen doscientas, como dice Plutarco, las unidades persas encargadas de bloquear el canal de Mégara y éstas deban restarse, y no sumarse como propone Hammond, del total de la flota asiática, estas cifras, tan próximas al cálculo de Heródoto sobre el inicio de la campaña, parecen inaceptables [108]. Respecto a las tripulaciones de estas naves, el edicto de Temístocles da una idea cierta de su entidad [109].

---

[108] Estoy de acuerdo con HAMMOND *l. c.* en que el método habitual de discutir las cifras de los combatientes antes de las batallas reduciendo las descripciones de las fuentes tiene sus desventajas. En realidad, en estos casos las cifras propuestas corresponden sólo al concepto del autor moderno sobre los efectivos reunidos y no pasan de ser una opinión personal sin otra validez. Aún más grave es el sistema (así GLOTZ para Platea) de escoger para los contingentes griegos las mínimas cifras propuestas por los autores modernos y las máximas para los persas. Creo demasiado evidente la desigualdad de medios y fuerzas y demasiado extraordinaria la victoria helénica para que sea necesario reforzar la impresión con recursos de ese tipo válidos, todo lo más, entre los fenecidos manualitos nacionalistas de primera enseñanza. Para mí las cifras de Esquilo sobre la escuadra persa tienen el mismo valor que la descripción de Desclot respecto a la escuadra aragonesa de Jaime I en el cabo de Salou: «toda la mar era blanca de velas, tan grande era la escuadra». La cifra de Esquilo no tiene para mí otro significado que el psicológico entre las tripulaciones griegas ante el espectáculo del despliegue de la escuadra persa. Sobre las naves egipcias encargadas del bloqueo en el estrecho de Mégara, véase Plut. *Tem.* 12. Recuérdese, sin embargo, que Ctesias (fr. 26) propone una cifra de 700 naves para la escuadra aliada. Es posible que, sumando trirremes, pentecónteras, naves mercantes, botes pesqueros y esquifes, la fuerza naval aliada consiguiera estas cifras. Creo que sobre su imposibilidad, tanto en el campo persa como en el aliado, ilustran bastante los contingentes de las escuadras que, desde Salamina hasta Lepanto, lucharon en el Mediterráneo.

[109] HAMMOND prim. o. c. 42 cifra el personal naval griego en «more than 75.000» (¡*sic*!). El contingente es tan elevado que hace temer la posibilidad de una errata de imprenta. Desgraciadamente no dispongo en este

Situación de las escuadras antes de la batalla.

Tras el intento, emprendido por el ejército persa, de embotellar a la escuadra griega en el estrecho de Salamina [110], la flota invasora tenía sus fondeaderos entre el Pireo y Zea con excepción del contingente pario fondeado en Falero. Al igual que los griegos, también los persas debían cuidar de varar sus naves todas las noches y, probablemente, aprovechar el compás de espera para reparar las averías causadas por la campaña.

Algo semejante debían hacer las naves griegas en la actual bahía de Ambelaki, aunque no es imposible que algunas fondeasen también en la de Paloukia como propone Hammond. En todo caso ambas, pese al poco calado que consienten sus fondos [111], ofrecían buenas condiciones para la inevitable maniobra nocturna de varar las naves.

Abandonado el primitivo proyecto, parece lógico suponer el inicio del bloqueo con un despliegue de fuerzas entre el Pireo y la zona de la isla de Talandonisi [112]. Ante este despliegue, el estado mayor griego decidió retirarse hacia el

---

momento de ninguna edición del *Jane's Annual for Battle Fleets*, pero no tengo ninguna duda de que ni siquiera en la actualidad el personal de la marina griega asciende a ésta cifra. Ello supondría casi doscientos hombres por nave, aceptando los números de Heródoto. Es preciso llegar a los siglos XVII-XVIII, con las grandes fragatas y navíos de línea, para hallar contingentes semejantes en las tripulaciones. El tonelaje de una trirreme, comparable a nuestros pesqueros (piénsese en las naves colombinas), hacía totalmente imposible albergar a bordo este número de personas.

110 Véase su descripción en Her. VIII 97, Ctesias, fr. 26 y Estrabón IX 13-14. La descripción de estas operaciones puede verse en HAMMOND prim. o. c. 42 ss. Su localización de estos trabajos (pág. 34) parece confirmada por la descripción de los fondos en su mapa de pág. 33.

111 Observación de PRITCHETT últ. o. c. Sin embargo, las profundidades, según el mapa de HAMMOND, parecen suficientes.

112 Her. VIII 66 s.

interior del estrecho de Salamina [113]. Al anochecer, la escuadra persa regresó a su base [114].

Este movimiento indicó claramente a los oficiales griegos la proximidad del combate [115]. Conjuntamente el ejército persa inició su marcha en dirección hacia Eleusis y el istmo [116]. Todo ello debió de acentuar la tensión y desunión del mando aliado. Euribíades debía de hallarse pronto, en tales circunstancias, a ordenar la retirada de la escuadra griega, una retirada difícil en este caso y que exponía a los aliados al combate en alta mar tan temido por ellos. Entonces es cuando las fuentes textuales sitúan el episodio de Sicino [117]. Fuese por su instigación o por otras razones, también corresponde a este momento [118] otro episodio, la ocupación de Psitalía por las tropas persas [119].

La significación de este suceso depende de la localización de dicha isla. Si se trata de Lipsokoutala, con la cual es identificada habitualmente, la misión de esta fuerza sólo es comprensible como aparente base intermedia de la fuerza de bloqueo. Por el contrario, si Psitalia es Hagios Georgios, esta isla constituía un magnífico puesto de observación y de bloqueo de la escuadra griega [120]. Posiblemente fue en este

---

113 Her. VIII 60, 70, 78.

114 Her. VIII 70; Esquilo *Persas* 374 ss.

115 Her. VIII 70.

116 Her. VIII 71. Este movimiento, además de asegurar el dominio de las costas, podía fomentar la discordia entre los aliados, singularmente por parte de las unidades procedentes del Peloponeso.

117 Her. VIII 74 ss.; Esquilo *Persas* 355 ss.; Tuc. I 137.

118 Her. VIII 76.

119 La operación se realizó durante la noche y en cuidadoso silencio. El contingente desembarcado era de 400 hombres (cf. Pausanias I 36).

120 Esta es la tesis de HAMMOND, pero la observación de PRITCHETT es válida: ¿cómo, en ese caso, los persas desconocían los movimientos de los griegos? No cabe olvidar, sin embargo, que, desgraciadamente, no conocemos ninguna fuente persa de estas campañas. Las citadas identificaciones de Ceos con Talandonisi, un islote deshabitado en la actualidad, y de Atalante con Lipsokoutala, dependencia de la marina de guerra helénica en nuestros días, son de HAMMOND oo. cc.

momento, o poco antes, cuando los persas apostaron una flotilla en el canal de Mégara a fin de cortar una tan hipotética como difícil vía de retirada a la armada enemiga. Al mismo tiempo debió de iniciarse el movimiento de la flota persa. Parece dudoso, sin embargo, que, como propone Hammond, ésta navegase desde el Pireo en demanda del paso entre Talandonisi (¿Ceos?) y Lipsokoutala (¿Atalante?). Sin duda, entre Cinosura y Lipsokoutala los fondos son mayores que los existentes en un singladura que bordease, desde el Pireo, la costa ática junto al Egáleo. No obstante, el calado de la escuadra persa no requería los fondos relativamente profundos que existen en esta zona. Los fondos actuales en la costa ática parecen más que suficientes para suponer un itinerario costero, especialmente en una navegación nocturna y con un relativo conocimiento de sus orillas y bajíos. La velocidad de las naves persas no puede calcularse sin conocer los vientos dominantes en aquella zona en los meses de otoño o fines de verano y sus horarios [121]. Es posible que una parte de la flota asiática permaneciese al pairo entre Talandonisi y Cinosura con el fin de bloquear un posible intento de retirada de la escuadra aliada [122], pero no me parece que la línea persa, única forma de navegación posible a mi juicio, llegase hasta Hagios Georgios [123]. Aun aceptando las posibles informaciones de Sicino, el gran almirante persa Aquémenes cometía un grave error táctico internando sus naves en una zona difícil y de cuyas aguas poseían mejores conocimientos los oficiales griegos [124].

---

121 Si estas condiciones eran favorables, cabría suponer, utilizando aquí hipotéticamente experiencias personales válidas para el Mediterráneo occidental, que las naves persas podían desarrollar una velocidad máxima de cinco nudos.

122 Her. VIII 76.

123 Posición de HAMMOND oo. cc., consecuencia de su identificación de Psitalía. Esta maniobra de la escuadra persa debía de estar ya dispuesta poco después de medianoche. La fuente principal para la comprensión de las operaciones es Her. VIII 76.

124 HAMMOND prim. o. c. 44 considera correcta la maniobra persa caso de ser auténticas las informaciones de Sicino. En mi opinión, la maniobra

El establecimiento de la línea de bloqueo parecía adecuado, puesto que una posible retirada griega hacia el Peloponeso tenía su mejor ruta entre Talandonisi y Cinosura y en tales circunstancias la ocasión más apta para una navegación de este tipo era la noche. El error estaba en la segunda parte del plan persa: pretender atacar a la escuadra griega precisamente en el interior del estrecho [125].

Siguiendo estos planes, la flota persa se dispuso en orden de fila entre la costa ática y Psitalía, pero ya dentro del canal. El despliegue de la escuadra persa parece haber sido el siguiente: en vanguardia la flotilla fenicia, en el centro diversos contingentes y la nave insignia, en retaguardia las naves jonias y de Caria. Adviértase que se trataba en todo caso de un orden de marcha y que, lógicamente, una vez en el interior del estrecho la totalidad de las naves deblan virar a babor, disponerse en hilera e intentar rodear a las naves griegas. Una maniobra sumamente difícil para ser realizada por un número tan elevado de unidades, en aguas poco profundas, con espacio reducido y sin otra posibilidad para transmitir órdenes que sistemas de tipo óptico [126]. La línea persa era forzosamente muy extensa. Es posible que no llegase a cinco millas, como proponen algunos autores, pero la descripción de la batalla induce a suponer que no era inferior a dos y, en este caso, aun suponiendo la existencia de mandos semiautónomos para los distintos grupos, la transmisión de órdenes por medios puramente ópticos era sumamente difícil.

---

persa, internándose en el estrecho de Salamina, era arriesgada, peligrosa y, caso de ser ciertas las informaciones, innecesaria. Sería injusto, con todo, achacar exclusivamente la responsabilidad de la maniobra a Aquémenes, pues ignoramos el peso que pudieron tener en sus órdenes las decisiones del soberano persa.

125 Error explicable sólo en el caso de una profunda convicción de la falta de preparación de la escuadra griega.

126 Sistemas equivalentes al telégrafo de banderas, cuya imprecisión y margen de errores son notables.

La batalla.

La llegada de Aristides, burlando el bloqueo persa y comunicando al mando aliado que sus naves se hallaban totalmente encerradas, parece providencial [127]. A estas noticias se sumaron las del trierarco de Tenos, Panecio, que había desertado del contingente jonio [128], y a ello se añadió la noticia de que las naves persas estaban en el canal de Mégara [129]. Todo ello permitió saber, tanto a Temístocles como a Euribíades, que el ataque persa era inminente y que cabía la posibilidad de una sorpresa.

Los preparativos de las naves aliadas fueron rápidos. Los espartanos y los eginetas formaron el ala derecha aliada y los atenienses el ala izquierda. El resto de las unidades fue colocado en el centro. Las naves en seco fueron botadas nuevamente y, tras ser arengados por sus jefes, los tripulantes y oficiales embarcaron en ellas. La tensión del momento y la proximidad de la acción hicieron olvidar las discordias precedentes. Los versos del peán, cantados al recibir la orden de zarpar, confirmaban este espíritu; era el momento decisivo, la hora de la lucha total en la cual no cabían discordias, intereses o intrigas locales [130].

El hallarse con una escuadra griega no anclada, sino formada en orden de batalla debió de constituir una desagradable sorpresa para la flota persa [131]. Mientras las naves helénicas pasaban de su orden de navegación al de combate junto a la costa de la isla de Salamina, la escuadra persa tenía que cambiar rápidamente su orden de marcha, maniobra que forzosamente debía causar confusión aumentada por el fatal

---

127 Her. VIII 79-81, Plut. *Tem.* 12 y *Arist.* 8.
128 Her. VIII 82, Diod. XI 17,3; Plut. *Tem.* 12.
129 Her. VIII 83.
130 Esquilo *Persas* 386 ss.
131 Esquilo *Persas* 403 ss.

cambio del viento [132]. Así lo hizo hasta quedar dispuesta junto a la costa del Ática, a la vista del soberano y de todo el ejército persa. Era la maniobra profetizada por el oráculo de Bacis [133]. En esta situación era imposible ya intentar rodear a la escuadra aliada. Los vientos favorecían la navegación de ésta mientras afectaban de una manera muy desigual al movimento de la persa; eran favorables, sin duda, para las naves fenicias situadas en vanguardia, pero contrarios a la navegación del centro. Dificultades y sorpresas que hacían, si no imposible, sí difícil la transmisión de órdenes y una maniobra coordinada [134].

Las naves fenicias, más ligeras, fueron las primeras en sufrir el ataque de las trirremes atenienses. Bajo el ímpetu de éstas, las naves persas quedaron a la deriva o encalladas en las aguas costeras [135]. Tras este ataque, las naves atenienses atacaron a los contingentes de Cilicia, Panfilia y Licia. Tras una brillante maniobra, las trirremes de Egina se dispusieron en situación de bloquear la salida del estrecho. En el momento del abordaje se descubrió la superioridad de las tripulaciones persas, gracias a sus grupos de arqueros, frente a los reducidos equipos griegos [136]. Sólo el adecuado manejo del remo como arma, según el consejo de Temístocles [137], impidió que las naves persas pudieran abordar a las griegas y convertir Salamina en el escenario de unas Termópilas marinas.

Debió de ser durante el combate cuando el estado mayor griego descubrió la presencia de un destacamento persa en

---

132 Maniobras preliminares de la escuadra griega: Her. VIII 85, Diod. XI 18, Esquilo *Persas* 399 ss. Véase la discusión en HAMMOND prim. o. c. 46 ss.

133 Her. VIII 77.

134 Her. VIII 86. Véase la descripción de la posición de la escuadra persa (Plut. *Tem.* 14 ss., Her. VIII 85, Diod. XI 18 y Esquilo *Persas* 413 ss.) en HAMMOND prim. o. c. 47.

135 Her. VIII 90, Diod. XI 19.

136 Her. VIII 90, Plut. *Tem.* 14.

137 Cf. Esquilo *Persas* 278 s. y 417-428.

Psitalía. Un grupo de ciudadanos de Salamina, bajo el mando de Aristides, cuidóse de eliminar totalmente a aquella fuerza aislada.

Salamina fue, ante todo, el triunfo de una concepción estratégica. Temístocles consiguió inducir a sus enemigos a luchar en las aguas más favorables para él y a adoptar la posición más conveniente para la escuadra aliada. La disposición de su línea de combate, el auxilio de los atenienses a los lacedemonios, las importantes pérdidas causadas a la escuadra persa en un combate de cierta duración [138], bajas más graves en lo moral que en cuanto a destrucción de naves y tripulaciones [139], todo ello hace de Salamina la gran batalla de las guerras médicas. Frente a la simplicidad del encuentro de Maratón; frente a los conflictos de las Termópilas, triunfo del coraje individual y exhibición de incapacidad del mando; frente a la inadecuada concepción de los movimientos de tropas en Platea, otra victoria del valor del soldado que supo compensar la ineptitud de los jefes, Salamina es una obra maestra de estrategia naval, un prototipo de gran batalla de aniquilamiento.

Después de Salamina.

El clima después de Salamina debió de ser semejante al que sucede a estos grandes combates navales. El vencedor tarda en percatarse de los efectos decisivos de su victoria y no siempre sabe aprovecharla. El vencido, ante la suma de los resultados negativos, se desmoraliza y hace mayor su

---

138 Véanse los cálculos de HAMMOND prim. o. c. 51.

139 Episodios como el de Artemisia de Halicarnaso y el rey de Calinda (Her. VIII 91, Esquilo *Persas* 466 ss.) eran los más adecuados para crear un clima de desconfianza y resentimiento entre los distintos contingentes que integraban la escuadra persa. Sin embargo, a pesar de la gran derrota (el número de naves destruídas no es conocido con certeza), el contingente persa debía de ser aún numeroso a juzgar por los episodios siguientes de la campaña.

derrota, pero, frecuentemente, ni uno ni otro se percatan de los errores de su conducta hasta que es demasiado tarde.

Teóricamente, al día siguiente de Salamina la escuadra aliada debía haber atacado a la persa en la rada de Falero. Sin embargo, no sucedió nada de ello. Pese a saberse vencedores, los griegos no tenían aún conciencia de la magnitud de su victoria. Se hallaban aún más en la situación de contar sus bajas que las enemigas; y, dado lo reducido de sus contingentes, las propias eran graves [140]. Por el contrario, el número de naves persas en situación de combatir debía de ser elevado si los griegos temían aún un nuevo ataque para el siguiente día.

Las ideas y planes persas eran muy distintos. El proyecto de ataque naval quedaba archivado definitivamente y se volvía al intento de embotellamiento de la escuadra aliada. Pero ya era tarde para llevar a cabo estos proyectos. Las tormentas de otoño podían empezar de un momento a otro. La noticia de la derrota podía llegar a territorios poco fieles, los tracios podían cortar los puentes del Helesponto, las ciudades jónicas podían sublevarse. La anarquía reinaba entre los contingentes navales. Los fenicios, descontentos del trato recibido, se hallaban dispuestos a desertar y esta decisión era posible que no fuese la única, puesto que ya antes de la batalla una nave de Tenos lo había hecho.

Ante esta situación [141], Jerjes decidió, en cierto modo, suspender la campaña. Una retirada total era imposible, porque habría sido la consagración del desastre. Un término medio parecía la conducta más adecuada. La escuadra fue enviada a asegurar las comunicaciones con el imperio a través del Helesponto y el monarca marchó, con buena parte del ejército, a Asia Menor, donde su presencia podía evitar

---

140 La única fuente que da cifras de bajas es Éforo (en Diod. XI 19): cuarenta naves griegas y doscientas persas. Esta, como otras cifras referentes a las pérdidas en distintas batallas, parece exagerada. Sobre las nuevas operaciones, cf. Her. VIII 91.

141 Her. VIII 90 ss., 97 y 113.

los peligros de una sublevación de las ciudades jónicas. Pero la campaña no quedaba terminada ni abandonada; sólo se interrumpía, oficialmente, hasta la llegada del buen tiempo. Una importante cantidad de tropas, bajo el mando de Mardonio, quedaba en territorio griego como demostración del propósito de continuar la guerra. Pese a lo precoz del invierno, el monarca y los suyos marcharon ordenadamente hacia el Helesponto, cuyos puentes hallaron cortados [142]. La escuadra aseguró el paso de las tropas y el monarca decidió invernar nuevamente en Sardes [143].

En Grecia quedaban, sin embargo, suficientes fuerzas persas. Mardonio acampaba en Tesalia con un contingente quizá reducido, pero selecto, capaz de vivir perfectamente sobre el terreno e iniciar nuevamente las operaciones una vez llegado el buen tiempo. A él iban a unirse las tropas de Artabazo. Estas fuerzas y su actuación eran clara prueba del propósito persa de continuar la campaña. La toma de Olinto y el sitio de Potidea eran argumentos evidentes.

Tampoco en el campo griego marchaban ordenadamente los asuntos. La victoria de Salamina había alejado indefinidamente los ejércitos persas del Peloponeso, pero los asuntos de los distintos aliados y singularmente los de los atenienses no habían experimentado gran mejoría. La retirada del ejército persa se realizó sin ningún intento de persecución por parte del ejército espartano, una parte del cual había sido licenciada.

Los atenienses, o al menos Temístocles, tenían clara conciencia de la significación de sus naves; con Atenas destruída y el Ática saqueada, éstas eran los únicos elementos con que podían contar para continuar siendo una potencia. Era lógico que en estas circunstancias deseasen mantener intacto su poderío naval. Según Heródoto, un reconocimien-

---

142 Her. VIII 117. La marcha debió de ser precipitada y difícil según la tradición textual (Her. VIII 113 ss. y Esquilo *Persas* 481 ss. y 496 ss.).

143 Her. VIII 119 y 126 ss. Las tropas de Artabazo quedaron en Grecia.

to hasta Andros fracasó debido a discordias entre los aliados [144]. Esta expectativa se mantuvo hasta la primavera del 479; los griegos se limitaron a operaciones de ataque contra naves de transporte persas y al castigo de las ciudades aliadas con el enemigo. Entre tanto, combatientes y paisanos dedicábanse a celebrar la victoria consagrando ofrendas a los dioses [145].

La campaña del 479.

La victoria de Salamina había rechazado definitivamente la posibilidad de una colaboración entre el ejército y la marina persa con vistas a la realización de operaciones combinadas. La escuadra asiática quedaba reducida al papel de aprovisionadora de las tropas persas en Grecia y, especialmente, a la vigilancia de las costas jónicas. Una victoria definitiva, consecuencia del dominio del mar, tenía que producirse en tierra; hasta ese momento, la guerra no habría concluído

Mardonio, el jefe de las tropas persas en Tesalia, era el gran experto persa en asuntos griegos, además de general capacitado. Por ello, las discordias entre los aliados, singularmente entre Esparta y Atenas, no le eran desconocidas. A su aprovechamiento se orientó su actividad diplomática durante el invierno.

Por razones poco claras, Temístocles había visto disminuir su prestigio entre sus conciudadanos [146]. Aristides y Jantipo habían recibido los mandos supremos del ejército y

---

144 Cf. Her. VIII 56 ss.; sobre Andros y la pretendida traición de Temístocles, véase Her. VIII 124 s.

145 Cf. Her. VIII 121 ss., Plut. *Tem.* 15 y 21. No es posible detallar aquí la abundante bibliografía arqueológica sobre los monumentos conmemorativos.

146 Cf. Her. VIII 124 s. Quizá esto pueda atribuirse al hecho de no haber podido decidir al ejército espartano a entrar en combate. De otra parte, la evacuación de Atenas debía de haber producido inevitables descontentos.

marina y la inactividad espartana había creado graves resentimientos en el ambiente político ateniense.

No obstante, el paso del ejército persa por Atenas era recuerdo demasiado evidente para que estas discordias y resentimientos pudieran producir, a pesar de todo, un cambio decisivo de política. De ahí que las proposiciones de paz unilateral avanzadas por Mardonio gracias a la mediación de Alejandro de Macedonia fuesen rechazadas con gran indignación [147]. Otros intentos en Argos y en el Peloponeso no dieron mejores resultados.

El fracaso de la actuación diplomática decidió a Mardonio a acelerar los preparativos de la campaña de primavera del 479; una campaña rápida realizada, en su concepción, sin las dilaciones y la lentitud de las operaciones del año anterior. Para ello contaba con tropas selectas, quizá procedentes de las reservas de la campaña del 480, y el apoyo de trescientas naves ancladas en Samos [148]. Como en un paseo militar, ocupó, sin hallar resistencia alguna, Beocia, donde organizó sus bases de operaciones, sus almacenes e incluso una línea defensiva para caso de retirada. Dejando allí el grueso de sus fuerzas marchó hacia el Ática. Ante la inactividad espartana, los atenienses tuvieron que evacuar por segunda vez su ciudad y refugiarse en Salamina [149]. Mardonio, continuando en su actitud diplomática, se abstuvo de causar ningún daño material y se limitó a enviar un nuevo emisario a los atenienses, pero sin resultados [150].

Estos se encontraban otra vez en la situación del verano del 480, pero sin que cupiera ya la esperanza de una afortunada operación naval [151]. La tirantez con los es-

---

147 Her. VIII 136 y 140 ss.

148 Her. VIII 113 y 133, IX 1.

149 Her. IX 3.

150 Her. IX 4 s.

151 Las trirremes atenienses permanecieron inactivas en el momento de la expedición de Leotíquidas contra Delos (Her. VIII 131). Además, no existía en esta campaña la posibilidad de un encuentro naval de importancia.

partanos y las ciudades del Peloponeso se acentuó hasta llegar a amenazar con una rotura de la alianza [152], y sólo en el último momento los emisarios atenienses consiguieron la orden de movilización y marcha del ejército espartano [153].

Conocida pronto esta movilización lacedemonia por Mardonio, éste, ante la imposibilidad de atravesar el istmo, destruyó nuevamente Atenas y optó por refugiarse en su base de Tebas y preparar sus planes de batalla.

Esta preparación muestra a Mardonio como el único gran general de las guerras médicas y el único capaz de concebir adecuadamente el plan de una gran batalla como algo más que choques de masas de tropas. Como Temístocles en Salamina, el general persa consiguió forzar a sus enemigos a combatir en el lugar elegido por él y en las condiciones por él establecidas. Probablemente, dada la escasa capacidad de Pausanias, es de suponer que la muerte de Mardonio fue la que impidió que los resultados de Platea fuesen muy otros.

El ejército aliado debía de rebasar, aunque por poco, los cincuenta mil hombres [154], y los de Mardonio no podían ser muchos más, aunque los datos de Heródoto parecen incurrir

---

152 Her. IX 6 ss., Plut. *De Her. malign.* 41. Las anteriores condiciones de Mardonio eran benignas: perdón y olvido del pasado, expansión territorial, indemnización de guerra y autonomía plena. A cambio de ello, Mardonio exigía sólo un tratado de alianza con Persia (cf. n. 147).

153 Her. IX 10 s. Era sin duda el mayor ejército que movilizó jamás Esparta: cinco mil ciudadanos, treinta y cinco mil hilotas y cinco mil periecos, es decir, un total de cuarenta y cinco mil hombres.

154 A las fuerzas espartanas de Pausanias se añadieron ocho mil hoplitas de Atenas y seiscientos de Platea. Dado que no se habían producido combates de importancia, no se comprende la razón por la cual KROMAYER *Ant. Schlachtf.* IV 1, 124 ss. reduce a unos 40.000 los hombres de Pausanias. MACAN o. c. 352 y 390 supone casi ochenta mil; HOW-WELLS o. c. 364, treinta y cinco mil hoplitas, aparte de la infantería ligera; MUNRO o. c. 324, ochenta mil; BELOCH *Klio* VI 1906, 52 ss., cincuenta mil; BOUCHER lib. c. 283 ss., 44.300 (?); DELBRUECK *Die Perserkr.* 98, cuarenta mil.

en la tendencia general de las fuentes textuales a exagerar la desproporción [155]. La gran ventaja del persa era en este caso no sólo su mayor capacidad militar, sino también el contar con unas fuerzas de caballería de las cuales carecían los griegos. En cambio, las ciudades griegas del territorio en que se luchaba iban abandonando paulatinamente la causa persa y pasándose a los aliados. No obstante, la marcha del ejército griego, aguijoneado continuamente por la caballería persa, fue lenta y trabajosa [156] hasta llegar a la zona entre el Asopo y las laderas del Citerón, campo de batalla elegido por Mardonio. No cabe, sin duda, discutir el valor de Pausanias ni que su concepto del honor militar espartano le hubiera permitido ser un nuevo Leónidas. Pero esta capacidad, que era sin duda la de un buen capitán, no iba acompañada de otras dotes, las propias de un verdadero general y de un jefe de fuerzas tan complejas como las que se hallaban a sus órdenes.

Platea y su preparación.

El estudio de la batalla de Platea ofrece una serie de dificultades de tipo topográfico muy superiores sin duda a las ya expuestas para Salamina y de más difícil aclaración. En realidad, mientras estas dificultades de orden topográfico no sean resueltas, como en las Termópilas, por excavaciones adecuadas será difícil resolverlas. Desde el siglo pasado múltiples investigadores han recorrido la zona con mayor o

---

155 Her. IX 31 ss. da la cifra de trescientos mil; MACAN o. c. 351 y BOUCHER lib. c. 288 proponen, respectivamente, 125.000 y 120.000; HOW-WELLS o. c. 368 habla de un ejército de unos 100.000; BELOCH o. c. 54 s., 70 ss., 125 ss. propone de 60.000 a 70.000; DELBRUECK *Die Perserkr.* 98, de 50.000 a 70.000. Dadas las condiciones de la campaña de Mardonio, estas cifras no parecen exageradas a mi juicio. No comprendo en este sentido la razón por la cual GLOTZ o. c. 86 acepta para los persas la cifra de MACAN y para los griegos la de KROMAYER.

156 Her. IX 15 y 19.

menor detención y, recientemente, Pritchett [157] ha logrado analizar algunos puntos controvertidos y precisar, o rechazar definitivamente, ciertas conclusiones precedentes. Sin embargo, el estudio requiere, además, la utilización de mapas seguros a gran escala [158] y, principalmente, la de buenas fotografías aéreas, dados los grandes cambios que el reciente cultivo de la zona ha introducido en su morfología. Mientras esto no sea posible, los mapas de esta batalla serán, con mayor intensidad que en otros casos, meras hipótesis personales [159].

Primeros combates.

La línea griega fue establecida en las laderas del Citerón y con una línea de aprovisionamiento que pasaba por el desfiladero de Drioscéfalas. Algunas fuentes y torrentes aseguraban el suministro hídrico, si bien insuficientemente, como pudo advertirse más adelante [160]. La vanguardia, ya junto a la llanura, fue cubierta por las tropas de Mégara. Era la posición más expuesta a los ataques de la caballería persa, como pronto tuvieron ocasión de comprobar, pues sólo evitaron su destrucción gracias al apoyo de voluntarios atenienses [161].

La escasez de agua obligó a Pausanias a cambiar de si-

---

157 PRITCHETT *Am. Journ. Arch.* LXI 1957, 9 ss. El estudio topográfico más reciente es el de KIRSTEN *Real-Enc.* XX 1950, 2255 ss. (s v. *Plataiai*). Los principales estudios sobre Platea, aparte de la múltiple y abundante bibliografía citada en ellos, son WRIGHT *The Campaign of Plataea*, New Haven, 1904; MUNRO *Journ. Hell. St.* XXIV 1904, 144 ss.; BOUCHER *Rev. Arch.* XXIII 1915, 257 ss.; KROMAYER *Ant. Schlachtf.* IV 1, 124 ss. y KIRSTEN *Rh. Mus.* LXXXVI 1937, 50 ss.

158 Sobre el mapa a escala 1:20.000 del Estado Mayor griego, véanse los comentarios de PRITCHETT últ. o. c. *passim*.

159 Cf. PRITCHETT últ. o. c. *passim*.

160 Her. IX 19. Heródoto parece ser la única fuente de confianza para el estudio de esta batalla.

161 Her. IX 21 ss.

tuación y a trasladarse a la zona de Platea [162]. Esta maniobra fue realizada durante una marcha nocturna y la posición elegida era más precaria y difícil que la anterior. Los espartanos, ala derecha, junto a la fuente Gargafia y los atenienses, ala izquierda, junto a la colina de Pirgos, se hallaban en buenas posiciones. Por el contrario, el centro estaba en plena llanura expuesto a los ataques de la caballería persa, mientras que la principal vía de comunicación del ejército aliado, el camino de Eléuteras, quedaba por completo a merced del ataque enemigo [163].

Ésta situación desfavorable fue hábilmente aprovechada por Mardonio, que comprendía que, entonces más que nunca, le era necesario realizar una campaña rápida. Mientras los aliados recibían constantemente refuerzos y contaban con un adecuado apoyo naval, él no podía contar con otros medios que aquellos de los que ya disponía. Era preciso en tales circunstancias entablar batalla cuanto antes, pero al mismo tiempo llegar a ella en las condiciones más favorables. De ahí una serie de operaciones aisladas en que utilizó fuerzas de caballería y atacó los aprovisionamientos de los aliados hasta conseguir desorganizar su intendencia y quebrantar su moral [164]. Con ello consiguió llegar a las condiciones más favorables para una gran batalla.

El cese de sus aprovisionamientos y la pérdida de los principales manantiales de la zona determinó la retirada griega [165]. No es probable, como quiere Heródoto, que se tratase de un ardid o una maniobra, sino del único medio para evitar una derrota total [166]. El desconcierto de Pausanias en

---

162 Her. IX 25 ss. Véanse además los estudios citados en nota 151.

163 Cf. HAMMOND *Ann. Brit. Sch. Ath.* XLIX 1954, 103 ss. y PRITCHETT últ. o. c. *passim*. Sobre Pausanias, véase ahora WOLSKI o. c.

164 Her. IX 38-41.

165 Her. IX 50.

166 Her. IX 44-46. Al parecer, Alejandro de Macedonia avisó a los griegos la inminencia del gran ataque persa.

aquellos momentos parece evidente. La retirada se realizó sin órdenes concretas, sin otra indicación que la dirección S. y la ocupación de los pasos del Citerón y confiando el establecimiento de la nueva línea defensiva a la capacidad de cada uno y a sus posibilidades. A ello se suman los ataques diurnos de la caballería persa y la necesidad de realizar nuevamente una marcha nocturna. La retirada de algunos contingentes no se detuvo hasta llegar a los muros de Platea. Otros, como los atenienses, parece que no se retiraron hasta que lo hubieron hecho los espartanos. Otros jefes se opusieron a estas órdenes y fue necesario persuadirles de su oportunidad; algunas tropas se perdieron en la marcha nocturna; en fin, al amanecer el ejército persa pudo comprobar que sólo quedaban muy pocas tropas en la llanura [167].

Pese a una serie de advertencias contrarias [168], Mardonio decidió desencadenar el ataque en tres sectores distintos. El mismo, al frente de sus tropas persas, emprendió la ofensiva contra los lacedemonios por considerar su posición como la más importante. No obstante, la posición espartana no podía ser atacada con fuerzas de caballería y ello implicaba una notable inferioridad para los persas; pero sus arqueros [169] consiguieron causar graves bajas a los lacedemonios [170]. La decisión de las fuerzas de Tegea [171] fue lo único que permitió que los espartanos, cuyo jefe, según la costumbre nacional, esperaba presagios favorables, se decidieran a pasar al ataque. El choque entre hoplitas y arqueros resultó favorable a los primeros, que gozaban de las ventajas inherentes a su armamento pesado en las luchas cuerpo a cuerpo. Sin embargo, el apoyo de los medos permitió la resistencia de los arqueros hasta el momento en que

---

167 Her. IX 51 ss.

168 La opinión de los tebanos era contraria y Artabazo conocía ya la necesidad de trasladar el ejército a Asia para pacificar Caldea.

169 Cf. WARDMAN o. c. *passim*.

170 Cf. Her. IX 59 ss.

171 Cf. ibid.

la muerte de Mardonio decidió la desbandada mientras Artabazo se retiraba sin entrar en combate [172].

En el ala derecha, los atenienses luchaban contra las fuerzas de Beocia y sus arqueros consiguieron destruir a la infantería tebana [173]. La caballería de Tebas, en cambio, cuidó de proteger la retirada persa y causó serias bajas a las tropas de Mégara y Fliunte, que, abandonando los muros de Platea, se habían lanzado en desorden al campo de batalla con el fin de participar en el saqueo. Como es de suponer, las bajas de los aliados ante la carga de la caballería tebana fueron muy graves [174].

El último episodio de la campaña fue la ocupación del campamento fortificado persa. Un ataque frontal emprendido por los espartanos fracasó y un sitio en regla establecido por los atenienses permitió, tras varios días de asedio, ocupar el campamento [175].

Resultados.

El milagro que los griegos vieron en Maratón y Salamina tiene su razón de ser en Platea. Aparte de Mardonio, la incapacidad de los generales era absoluta. Platea fue ante todo una batalla de soldados donde el valor de éstos sufrió, o pagó, los errores de sus jefes. La crítica se muestra unánime en este sentido calificando Platea de «victoria táctica tras un fracaso estratégico» y de «batalla de errores». El equipo y el valor del soldado aliado fueron lo único que evitó que la incompetencia de sus jefes les llevase a resultados fatales [176].

---

172 Cf. Her. IX 66.

173 Sobre la actuación de los arqueros atenienses, cf. WARDMAN o. c. Cf. Her. IX 59-61 y 67.

174 Cf. Her. IX 69 y 77.

175 Cf. Her. IX 70.

176 Cf., respectivamente, MUNRO prim. o. c. 340 y GRUNDY o. c. 511 y 554.

En todo caso, el ejército persa se hallaba en plena retirada, sin que sea posible saber el número de bajas y de fugitivos y cuántos de ellos consiguieron llegar a Persia [177]. Los aliados estaban ya en situación de celebrar su victoria [178] y exigir la entrega del partido filopersa tebano [179]. El territorio de Platea fue declarado sagrado, la independencia de la ciudad asegurada. Cada cuatro años serían celebrados festejos y honras fúnebres en memoria de los combatientes griegos caídos en Platea [180].

Ofensiva aliada.

Las operaciones navales se habían desarrollado conjuntamente con las terrestres. La escuadra aliada, sin la colaboración de los atenienses y bajo el mando de Leotíquidas, había extendido sus operaciones hasta Delos, aunque sin intervenir en Asia. Su reducido número no les permitía entrar en combate con la flota persa anclada en Samos [181].

En el verano, una vez decidida la movilización espartana, la escuadra aliada recibió un refuerzo ateniense bajo el mando de Jantipo [182] y noticias de las ciudades jónicas acerca de la oportunidad de entrar en combate [183]. En realidad, el ejército persa se hallaba parte en Grecia y parte ocupado en someter Caldea. Las tropas acampadas en Mícala bajo el

---

177 Tres mil según Heródoto IX 70. El regreso fue difícil posiblemente (cf. Her. IX 89), pero debe recordarse lo dicho respecto a la retirada de Jerjes. Las bajas griegas, según Her. IX 70, fueron sólo 159 hombres. Plutarco *Arist.* 19 indica 1.360. En ambos casos no se comprende cómo (Her. ibid.) el entierro de los muertos ocupó unos diez días ni el gran número de monumentos conmemorativos (Her. IX 85 y Paus. IX 2,5).

178 Her. IX 81 ss., Diod. XI 33.

179 Her. IX 86-88 y Diod. XI 33.

180 Tuc. II 71 s. y III 58 ss.

181 Her. VIII 131 ss.; Tuc. I 89. La escuadra constaba de 110 naves.

182 Diodoro XI 34,2.

183 Her. IX 90-92.

mando de Tigranes eran pocas, desmoralizadas y no cabía confianza alguna en el contingente jonio. Las tropas de Samos habían sido desarmadas; los milesios, alejados y los fenicios habían desertado o no formaban ya parte de la escuadra. La inferioridad de la marina persa debía de ser tal que, al recibirse la noticia que la marina aliada había zarpado de Delos con dirección a Samos, sus jefes decidieron varar las naves y unir sus tripulaciones a las fuerzas de tierra [184].

Ante esta situación no quedó otra posibilidad a la escuadra aliada que desembarcar también sus fuerzas. Leotíquidas, tras exhortar a los jonios a abandonar la causa persa, desembarcó sus gentes en Mícala; la sublevación de los jonios y el empuje de los hoplitas griegos causó la destrucción del ejército persa a pesar de su campo fortificado. Tras Mícala, o quizá poco después de la victoria de Platea [185], desaparecía la marina persa. Tasos, Samos, Lesbos y Quíos se unieron a los aliados. Ocupar o evacuar las ciudades jonias era, sin embargo, imposible. Se emprendieron en Sesto nuevas operaciones con la esperanza de cortar los puentes del Helesponto, que los atenienses creían aún indemnes. El verlos destruídos señaló, en cierto modo, el fin de la alianza entre las ciudades griegas. La mayor parte de las naves, ante la inminencia del otoño, regresaron a Egina y sólo los atenienses quedaron en el Helesponto con el propósito de atacar el Quersoneso [186].

La lucha posterior en el Quersoneso y, especialmente, la toma de Sesto, es ya una guerra particular con el propósito de consolidar la expansión marítima ateniense. Para Espar-

---

[184] Her. IX 96, 99 y 104.

[185] Sobre la batalla de Mícala, cf. Her. IX 96 ss. y Diod. XI 35. Aparte de las obras generales citadas precedentemente, véase ahora GIANNELLI *Studi in onore di U. E. Paoli*, Florencia, 1955, 355 ss.

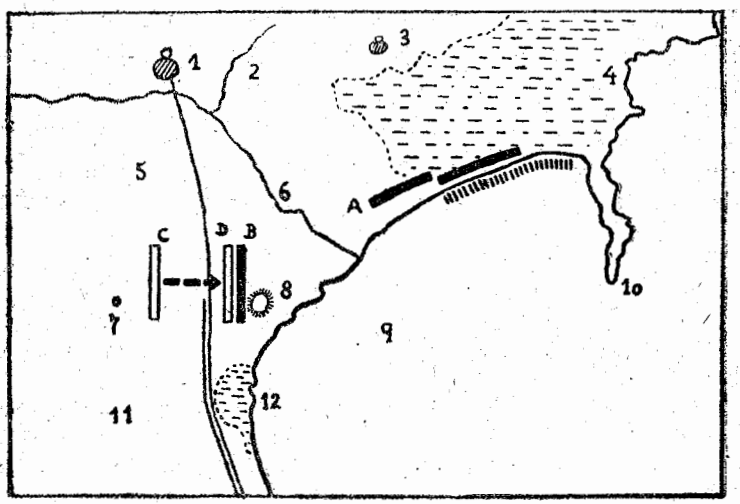
[186] Sobre la sumisión de las islas, cf. Her. IX 106 y Tuc. I 89. Sobre las operaciones en Abido y el abandono de Jonia, cf. Her. IX 114, Tuc. I 89 y Diod. XI 37. Sobre la campaña de Sesto, Her. IX 114 y 119 ss.

ta la guerra había concluído en Mícala y era el momento de aprovechar su prestigio en el Peloponeso sin entrar en nuevas campañas y expediciones que pudieran dañar su máquina de guerra.

A. BALIL

BATALLA DE MARATÓN

1. Actual Marathona.—2. Monte Stavrokoraki.—3. Actual Kato Soul (antigua Tricórito).—4. Pantanos.—5. Monte Kotroni.—6. Torrente de Maratón.—7. Actual Vrana (posiblemente antigua Maratón; Heród. VI 102).—8. Túmulo (σωρός) erigido en honor de los muertos en la batalla.—9. Bahía de Maratón.—10. Cabo de Maratón.—11. Monte Agrieliki.—12. Fantanos.— A. Primera posición de los persas (VI 102).—B. Segunda posición de los persas.—C. Primera posición de los griegos (junto al santuario de Heracles; VI 108).—D. Segunda posición de los griegos (VI 112).—Según KIRSTEN-KRAIKER *Griechenlandkunde*, Heidelberg, 1957², 144.



SOBRE LA EVOLUCION DE LA LEYENDA DE CIRO EN NUESTROS SIGLOS XVI Y XVII

Cuando, hace diez años, preparábamos el capítulo dedicado a la influencia de Heródoto en España para nuestra selección de dicho autor [1], se nos planteó el problema de las fuentes de varias obras literarias inspiradas en la leyenda de Ciro. Tal vez sea éste el momento apto para precisar un poco más al respecto.

En 1540 se publicó [2] la primera traducción española del epítome de la *Historia* de Pompeyo Trogo redactado por Justino, traducción debida a la pluma de Jorge de Bustamante. En ella observamos varias divergencias de Justino con respecto a la narración de Heródoto. Por ejemplo, Astiages no tiene, como en el historiador griego, dos sueños sucesivos: uno (I 107) en que la orina de su hija inundaba el país, como consecuencia del cual decide casarla con un persa, Cambises, de humilde extracción; y otro (I 108) en que del sexo de Mandane surge una gigantesca cepa que cubre toda el Asia, sueño que le mueve a ordenar la muerte del niño recién nacido. En Justino, por el contrario, no hallamos, tal vez por razones de estética, más que esta última visión, que es causa de que Astiages tome las dos precauciones consecutivas (I 4, 1-6). Por cierto, que en Justino (o, al menos, en los códices utilizados por la ed. de Rühl) no aparece el nombre de la hija de Astiages, lo cual no es óbice para que su traductor, tomándolo sin duda de cualquier obra histórica, anote «una hija que sola tenía llamada Mandane» (fol. 3 r.).

---

[1] *Heródoto*, Barcelona, 1951, 221-222.

[2] *Justino, clarissimo abreviador de la historia general del famoso y excellente historiador Trogo Pompeyo etc.*, Alcalá de Henares, 1540.

Otro punto en que hay discrepancia es el relativo a las circunstancias en que Ciro es salvado. En Heródoto (I 111-113) el boyero deja a su mujer a punto de dar a luz y marcha a la corte, llamado por Hárpago; vuelve con el niño; se encuentra con que la mujer ha tenido una criatura muerta; ella, cautivada ante la belleza de Ciro, le sugiere el cambio de vestidos; etc. Según Justino, el pastor expone a Ciro en el monte como se lo habían ordenado; vuelve a su casa, donde, entre tanto, a su mujer le ha nacido un niño vivo; al saber lo ocurrido, la mujer desea con muchas instancias conocer al nieto del rey; el pastor regresa al bosque y halla que una perra le está criando y defendiendo; movido por tan conmovedor ejemplo, recoge al niño y vuelve, seguido por la perra; y la esposa, ante la dulce sonrisa del futuro Ciro, convence a su marido para que le deje criarlo exponiendo, en cambio, a su propio hijo recién nacido (I 4, 7-13).

Con respecto al nombre de esta mujer del boyero, Heródoto apunta (I 110) que se llamaba Σπακώ, que es tanto como Κυνώ, pues al perro llaman los medos σπάκα; y más adelante (I 122), que, una vez adoptado en su propia familia el niño, que no hacía más que hablar de Κυνώ, sus parientes, para dar visos de intervención sobrenatural a su salvamento, hicieron correr la voz de que había sido protegido por una perra.

Como apunta Legrand[3], la leyenda primitiva, similar a la de Rómulo y Remo, es la de Justino, y su explicación por medio de una mujer llamada Perra, un reajuste racionalista. Lo que ocurre es que Justino (I 4, 14) ha querido conciliar torpemente las versiones anotando que *nutrici postea nomen Spacos fuit, quia canem Persae sic uocant* (en Bustamante, fol. 3 v., «Sparco»). No parece lógico que se haya llamado Perra a la nodriza de Ciro porque una perra le precedió en sus cuidados.

Otra divergencia consiste en que Justino no da nombre al boyero, que según Heródoto (I 110) se llamaba Μιτραδάτης.

Siendo ya Ciro niño algo mayor, es conocido el pasaje

---

[3] *Hérodote* I, Paris, 1932, pág. 144 n. 1.

herodoteo en que manda azotar al hijo de Artembares (I 114); en Justino (I 5, 2), los niños así vapuleados son varios.

Y, en fin (prescindimos de otras discrepancias de menor cuantía), falta en Heródoto la anécdota (Just. I 6, 13-15) de las mujeres y madres de los persas, que, al observar que éstos flaquean ante los medos, *cunctantibus sublata ueste obscena corporis ostendunt rogantes, num in uteros matrum uel uxorum uellent refugere.*

El libro de Justino provocó gran interés. Once años más tarde aparecen los romances eruditos de Lorenzo de Sepúlveda [4], uno de los cuales trata la leyenda de Ciro, como ya vio Menéndez Pelayo, con absoluta sujeción al texto de Justino, y no sólo, según apunta D. Marcelino [5], en cuanto a la referida anécdota de las mujeres, sino también en otros aspectos. Astiages tiene un solo sueño (fol. 151 v.); Mandane es citada por su nombre (ibid.); una perra amamanta a Ciro (153 r.); no hay onomástico correspondiente al boyero; etcétera. Pero no todo procede de Justino. Por ejemplo, mientras Heródoto I 113 dice taxativamente que el niño no fue llamado Ciro hasta su readmisión en la corte (mientras que, en cambio, según Justino I 5, 1, ya *inter pastores* se llamaba así), Sepúlveda (154 r.) afirma que

llamóle Cyro su madre,
que el ama ansí se dezía;

refiriéndose en ambos versos, claro está, a la esposa del boyero. Asimismo observamos que el niño azotado vuelve a ser uno (ibid.) y, sobre todo, que el hijo del boyero ha nacido

---

4 *Romances nuevamente sacados de historias antiguas de la crónica de España compuestos por L. de S.*, Amberes, 1551. El romance en cuestión aparece en los fols. 151 v.-158 r., y es el núm. 492 (págs. 327-329) del *Romancero general*, ed. Durán, I, Madrid, 1851 (tomo X de la B. A. E.).

5 *Obras de Lope de Vega publicadas por la R. A. E.*, tomo VI, Madrid, 1896, pág. LXXXVI n. 1.

muerto (153 r.), pormenores ambos que se remontan a la fuente original [6].

En 1576 (es dudoso que haya habido una ed. de 1566) se publica el *Patrañuelo* de Juan de Timoneda. De la patraña 16, relativa a la leyenda de Ciro, dice Menéndez Pelayo [7] que Timoneda no se inspiró en Heródoto, sino en Justino; pero lo que no han visto ni él ni Ruiz Morcuende [8] es que la narración es un calco fidelísimo de los versos de Sepúlveda.

Veamos algunos ejemplos:

SEPÚLVEDA	TIMONEDA
En la provincia de Media *otro tiempo un rey avía* *valeroso y esforçado* *que Astyages se dezía...* (151 v.)	*En la provincia de Media residía un rey valerosísimo y esforzado, llamado Astiages...*
Consultó los adevinos *que en todo su reyno avía...* (152 r.)	*Para lo cual consultó todos los adevinos de su reino...*
A la provincia de Persia *la hija a casar embía* *con Cambises, que en su patria* *mediano estado tenía...* (ibid.)	*La envió a Persia para que casase con Cambises, hombre de mediano estado...*
... supo que estava preñada... (ibid.)	*... y más cuando supo que estaba preñada...*
Harpago tomó el infante... (152 v).	*Harpago, tomado que hubo el infante...*
Quitó los paños reales *al niño que los traya,* *púsolos al suyo muerto...* (153 v.)	*Quitóle los paños reales, que el niño traía, y púsoselos a su hijo muerto...*

[6] Sepúlveda dice (fols. 2 v.-3 r.) que estos romances están sacados a la letra de la *Crónica general*, pero en ella no figura la leyenda de Ciro.

[7] *Orígenes de la novela* II 1, Madrid, 1931, pág. LII.

[8] Ed. de Madrid, 1949, págs. XXIV-XXV (la patraña 16 está en páginas 168-172).

Mas del reyno ansí en los Medos
feneció la monarchía,
que otro tiempo en los Assyrios
con gran gloria florecía:
passóla Cyro a los Persas
con esfuerço y valentía (158 r.).

Y desde entonces fenesció la monarquía de los medos y pasóla Ciro a los persas.

En alguna ocasión, Timoneda añade aclaraciones propias, como cuando dice «púsole por nombre Ciro, porque Cira se llamaba su mujer»; o bien suprime, por abreviar, pormenores como el de la perra nodriza; o bien llega, en su servilidad, a extremos como éste:

Un sueño soñó este rey
en su lecho do dormía:
que en la parte natural
de su hija, nacer vía
una vid con un sarmiento,
que la Asia toda cubría (151 v.).

Este rey por diversas noches soñó que por la parte natural de su hija vía nascer una vid con un sarmiento que cubría casi toda la Asia.

¡Aquí ha copiado hasta el «vía» por «veía», empleado en Sepúlveda por razones métricas!

Finalmente tenemos la excelente comedia de Lope *Contra valor no hay desdicha*. D. Marcelino [9] sostiene que Lope se apoya principalmente en Heródoto y sólo de vez en cuando consulta a Justino. La afirmación nos parece exagerada. El único punto en que, realmente, Heródoto puede ser la fuente directa es el nombre del boyero, que, por cierto, en Lope (pág. 300 de la ed. c.) tiene acentuación llana, como demuestra el endecasílabo

sólo va con el viejo Mitridates.

Este nombre pudo haberlo tomado de la traducción latina de Valla (*cui nomen est Mitradates*). Pero, en cambio, los demás puntos son dudosos.

---

[9] L. c. en n. 7 y págs. LXXXVI-LXXXVII de o. c. en n. 5.

El sueño de Astiages es uno solo, como en Justino:

... de cuyo vientre
soñó que, con verdes hojas
entre fértiles racimos,
salía una vid frondosa
que toda el Asia cubría... (305)

El nombre de Mandane pudo haberlo tomado de Bustamante. La perra nodriza es de Justino, y una novedad exclusivamente lopiana es que, según dice el boyero,

... crióle mi mujer, púsole Ciro
por la perra que el pecho le había dado
(que así se llama en nuestra lengua)... (299)

El hecho de que el hijo del boyero haya nacido muerto puede proceder de Sepúlveda, y lo mismo decimos del niño azotado (pág. 293). Es cierto que, por razones de carpintería teatral, la anécdota de las mujeres no aparece, pero también lo es que, según el propio Menéndez Pelayo, no hay otra fuente posible que Justino en el sueño de Ciro (I 6, 1: *lectis ille epistulis eadem somnio adgredi iussus est et praemonitus...*) que resulta decisivo, y más todavía en Lope, cuanto a la organización de una campaña contra Astiages por parte de Ciro.

MANUEL F. GALIANO

INFORMACION BIBLIOGRAFICA

ENSAYO DE UNA BIBLIOGRAFIA CRITICA DE HERODOTO

1. *Reseñas bibliográficas.*

Naturalmente, no nos proponemos —sería ridículo— dar una bibliografía exhaustiva, sino sólo ofrecer un elenco de los trabajos relativos a los problemas más importantes que plantea Heródoto. Remitimos, para una visión bibliográfica más completa, a las distintas reseñas aparecidas en el *Jahresbericht* de Bursian: SITZLER CXIV 1902, 26 ss.; CXLVII 1910, 1 ss.; CLXX 1915, 291 ss.; SNELL CCXX 1929, 1 ss. Véase asimismo SCHMID-STAEHLIN *Geschichte der griechischen Literatur* II, Munich, 1934, 550 ss.; COLONNA *Paideia* I 1946, 341 ss.; GRIFFITH *Fifty Years of Classical Scholarship*, Oxford, 1954, 150 ss.

2. *Ediciones y traducciones.*

Las principales ediciones de Heródoto son las de DINDORF (col. Didot, París, 1844, con traducción latina), DIETSCH-KALLENBERG (col. Teubner, Leipzig, 1924-1933[2]), HUDE (col. Oxford, 1927[3]), LEGRAND (col. Budé, París, 1932-1954, con traducción francesa), GODLEY (col. Loeb, Londres, 1921-1922, con traducción inglesa), BERENGUER (col. Hispánica, libro I, Barcelona, 1960, con traducción española).

Acompañadas de comentario van las de RAWLINSON-LAWRENCE (última ed., Londres, 1935), HOW-WELLS (Oxford, 1928[2]) y VAN GRONINGEN (Leiden, 1946-1959).

En castellano hay además una reciente *Antología de historia griega* de Heródoto (texto con notas e introducción) publicada por la S. E. E. C. (Madrid, 1960); una selección, con breves notas, de trozos del libro II, obra del P. BALAGUÉ (Madrid, 1947), y pequeños fragmentos en diversas antologías escolares.

Como traducciones, además de las citadas, pueden anotarse las de BERGUIN (col. Garnier, París, 1932), BRAUN (Leipzig, 1956²), POWELL (Oxford, 1949), IZZO D'ACCINNI (Florencia, 1951).

En castellano no hay ninguna completa más que la en sus tiempos buena del P. POU, reimpresa varias veces desde 1846 (la última, en Barcelona, 1955). Muchos trozos están traducidos en la antología de FERNÁNDEZ-GALIANO (con biografía, comentarios, bibliografía, etc.), titulada *Heródoto. Nueva versión directa* (Barcelona, 1951). Allí se citan (página 226) algunos pequeñísimos fragmentos que aparecen vertidos en otras obras.

Cf., para más pormenores, BERENGUER o. c. LXXXVI-LXXXVIII.

3. *Historias generales de la Literatura.*

Véanse especialmente CROISET *Histoire de la littérature grecque*, II², 1898, 565 ss.; MURRAY *Historia de la literatura griega* (trad. esp.), Buenos Aires, 1947, 157 ss.; SCHMID-STAEHLIN l. c.; CATAUDELLA *Historia de la literatura griega* (trad. esp.), Barcelona, 1954, 167 ss.; GEFFCKEN *Griechische Literaturgeschichte*, I, Heidelberg, 1926, 274 ss.; NESTLE *Historia de la literatura griega* (trad. esp.), Barcelona, 1944, 160 ss.; LESKY *Geschichte der griechischen Literatur*, Berna, 1957-1958, 287 ss.; KRANZ *Griechentum*, Stuttgart, 1958, 476 ss.; PASCUCCI *Storia della letteratura greca*, Florencia, 1956³, 334 ss.; MONTERO DÍAZ *Literatura griega*, Madrid, 1946, 160 s.

4. *Obras generales.*

Son valiosos los siguientes trabajos de conjunto dedicados al historiador: HAUVETE *Hérodote, historien des guerres médiques*, París, 1894. Se trata de una obra importantísima, que, si bien se ocupa, como el título indica, especialmente de los problemas relativos a las noticias herodoteas sobre las guerras médicas, contiene capítulos interesantes acerca de la vida, los viajes y la obra del halicarnaseo. Es muy útil la parte (págs. 65-180) consagrada a la crítica antigua y moderna de Heródoto como historiador.

JACOBY *Real-Enc., Supplementb.* II 1913, 205-520, s. v. *Herodotos:* amplísimo estudio de las cuestiones más importantes relativas a la vida y obra de Heródoto, desarrollando además una teoría propia, con crítica de las anteriormente emitidas, sobre la génesis de la *Historia.*

WELLS *Studies in Herodotus*, Oxford, 1923: el libro está formado por una serie de monografías relativas especialmente a cuestiones históricas (Giges, historia del Peloponeso, cronología del reinado de Cleómenes, Milcíades, Cimón, etc.).

GLOVER *Herodotus*, Berkeley, 1924: como el libro anterior, contiene varias monografías de tipo general (los pueblos bárbaros, la guerra contra Persia, etc.).

LEGRAND *Hérodote. Introduction*, París, 1932: el volumen que precede, en la colección Budé, a la edición y traducción de nuestro autor contiene, entre otros, un interesante capítulo sobre la personalidad de Heródoto, así como importantes noticias sobre su vida y viajes.

POHLENZ *Herodot, der erste Geschichtschreiber des Abendlandes*, Leipzig, 1937: libro que defiende una postura unitaria, buscando el autor la unidad de la obra en el «leit-motiv» de la lucha Grecia-Asia. El trabajo es más importante para el estudio de la génesis de la obra que para una visión general del autor. Véase el apartado *Heródoto como historiador.*

En el volumen *Histoire et historiens dans l'Antiquité*, publicado por la Fundación Hardt de Ginebra (Vandoeuvres, 1958), puede verse (págs. 1-38) un capítulo general sobre Heródoto, obra de LATTE, que aborda especialmente la cuestión de centrar la obra y el pensamiento herodoteos dentro de su época.

MYRES *Herodotus, Father of History*, Oxford, 1953 (aparecido en 1954): estudio general de Heródoto, especialmente de su historia, pero con capítulos breves sobre la vida, los viajes, el mundo del historiador. Muy importantes, las páginas que dedica a cada uno de los grandes temas de su *Historia*.

Cf. también MACAN *Herodotus and Thucydides* (*Cambridge Ancient History*, V 1935², 398 ss.); HOWALD *Vom Geist antiker Geschichtsschreibung*, Munich, 1944; SNELL *Die Entdeckung des Geistes*, Hamburgo, 1955³, 192 s., 213 ss.; DEICHGRAEBER *Der listensinnende Trug des Gottes*, Gotinga, 1956.

En lengua española, ROMERO *De Heródoto a Polibio*, Buenos Aires, 1952, que contiene (págs. 57-74) un interesante capítulo sobre el historiador de Halicarnaso, y MARÍAS *El saber histórico en Heródoto* (*Leonardo*, 1946, 101-114). Cf. también BERENGUER o. c. IX-XCVIII y lo reproducido en este mismo número de la *Antología de historia griega*, obra de RODRÍGUEZ ADRADOS.

5. *Vida y viajes.*

Sobre la vida de Heródoto tenemos bastantes noticias, recogidas, entre otros, por BAUER *Herodots Biographie* (*Sitzungsb. Wien. Ak. Wiss., Phil.-hist. Kl.*, LXXXIX 1878, 391 ss.), JACOBY o. c. 205 ss., MYRES o. c. 1 ss. Pero, según BAUER, las noticias que poseemos son poco dignas de crédito, ya que los orígenes de la tradición son sospechosos: cf. una crítica de esta opinión en HAUVETTE o. c. 2 ss.

Sobre la vida, aparte de los trabajos citados, cf. BAEHR en el vol. IV de su edición, Leipzig, 1861²; BERENGUER o. c.

IX-XXIV; COSTANZI *Ricerche su alcuni punti controversi intorno alla vita e all'opera storica di Erodoto (Mem. Ist. Lomb.* XVIII 1891, 181 ss.).

No menor polémica ha suscitado la cuestión de los viajes del historiador. Se han emitido serias dudas sobre la autenticidad de sus correrías, sobre todo en lo relativo a Egipto y Asia. Ya en 1738 DES VIGNOLES *Chronologie de l'histoire sainte et des histoires étrangères etc.*, Berlín, II 646 ss., dudaba de que realmente dichos viajes hubiesen existido. BREDDIN *Bedenken gegen Herodots asiatische Reise* (progr. Magdeburgo, 1857) continuó estos ataques. Pero, por otro lado, siempre han existido defensores: contra el primero se mostró positivo WESSELING en su edición de 1763 (prefacio, páginas 1 ss.) y contra el segundo puede verse MATZAT *Ueber die Glaubwürdigkeit der geographischen Angaben Herodots über Asien* (*Hermes* VI 1872, 431 ss.). En general, cf. HILDEBRANDT *De itineribus Herodoti europaeis et africanis*, Leipzig, 1883; CROISET *La véracité d'Hérodote* (*Rev. Et. Gr.* I 1888, 159 ss.); SAYCE *The Ancient Empires of the East*, Londres, 1883; HAUVETTE o. c. 16-37, que adopta una actitud defensiva. Muy importante JACOBY o. c. 247 ss., igualmente alejado del escepticismo radical y de la precaución exagerada. Ultimamente, cf. MYRES o. c. 4 ss. Muy importante SOURDILLE *La durée et l'étendue du voyage d'Hérodote en Egypte*, París, 1910. Cf. también PEARSON *Trans. Proc. Am. Phil. Ass.* LXVI 1936, XLIV.

VON FRITZ *Herodotus and the Growth of Greek Historiography* (ibid. 315 ss.) ha concedido una gran importancia al viaje de Heródoto a Egipto para la historia de su formación intelectual, sosteniendo que sus métodos, con dicho viaje ,pasaron de una orientación puramente geográfica a una tendencia etnológica y religiosa; tesis un poco difícil de sostener si tenemos en cuenta que la etnología es ya un centro de interés de los logógrafos.

El viaje a Atenas fue importante por las consecuencias que para el espíritu de Heródoto representó. Véase especial-

mente WELLS *Herodotus and Athens* (*Cl. Phil.* XXIII 1928, 317 ss.), que sostiene que el de Halicarnaso ha aceptado la grandeza de Atenas, sin glorificarla, empero, del todo. La Srta. STELLA (*Erodoto ed Atene*, en *At. e R.* XXXVII 1935, 272 ss. y XXXVIII 1936, 73 ss.) ha defendido que fue Atenas la que hizo de Heródoto un auténtico historiador.

6. *La obra.*

La obra de Heródoto plantea múltiples problemas, de los cuales señalaremos algunos: prefacio, estructura, división en libros, plan, así como la cuestión, tan debatida, de si el autor concluyó o no su *Historia.*

El prefacio fue considerado espurio por LA ROCHE *Phil.* XIV 1859, 281 ss., pero hoy no se acepta ya esta tesis.

Algunos puntos particulares del prefacio han sido objeto de discusión. Así, por ejemplo, si el término ἔργα hay que entenderlo en el sentido de «monumentos» o, simplemente, de «actos o hazañas». PAGEL *Die Bedeutung des aitiologischen Momentes für Herodots Geschichtsschreibung*, dis. Berlín, 1927, 1 ss., ha negado rotundamente que dicho término tenga que entenderse en el sentido indicado. Lo mismo opina DEICHGRAEBER o. c. 22 ss., quien, además, realiza un detenido estudio del prefacio entresacando de él algunos rasgos del autor. RAUBITSCHEK *Rev. Et. Anc.* XLI 1939, 217 ss. ha sostenido, en cambio, la anterior ecuación ἔργα = «monumentos», ya que, según el autor, los monumentos, lo mismo que las hazañas, son el exponente de la grandeza y estructura de una sociedad. Según SCHMID-STAEHLIN o. c. 586 n. 1, el proemio contiene dos intenciones generales del autor: diferenciarse de los logógrafos, ya que por medio de la ἱστορίη el autor hace algo más que ellos, que se limitan a poner en prosa materia mítica, y, según se deduce del término ἀκλεᾶ, no sólo narrar, sino asimismo valorar. Sobre el sentido de ἱστορίη —que, nótese, no es usado por Tucídides—, cf. SNELL *Die Entdeckung* ll. cc.

Capítulo aparte merece la cuestión de si la obra herodo-

tea está o no terminada. Debemos a DAHLMANN *Herodot*, Altona, 1824, 46, la observación (recogida y valorada por JACOBY o. c. 372) de que, evidentemente, la obra se ve interrumpida por algún factor externo. Una lista y discusión de las tesis emitidas hasta 1910, en EBERT *Zur Frage nach der Beendigung des herodoteischen Geschichtswerkes in besonderer Berücksichtigung der* Ἀσσύριοι λόγοι, dis. Kiel, 1911, 20 ss. JACOBY o. c. 376 opina que la obra está sin acabar, probablemente a causa de la muerte del autor, y ataca, además, las tesis de DAHLMANN o. c. 137 (Heródoto pretendía hacer llegar su historia hasta la guerra del Peloponeso) y KIRCHHOFF *Sitzungsb. preuss. Ak. Wiss.* 1885, 301 ss., según el cual los disturbios del primer año de la guerra peloponésica le obligaron a dejar su obra. Para JACOBY, la razón de que la *Historia* no esté acabada se halla en el hecho de que al final, tal como la tenemos, Persia, a pesar de su derrota frente a Grecia, se halla más fuerte que nunca, lo cual no podía constituir un término armónico. Véase además FOCKE *Herodot als Historiker*, Stuttgart, 1927, según el cual la obra está terminada, con las objeciones de THEILER *Deutsche Literaturz.* 1928, 174 ss.

Sobre la estructura del conjunto de la *Historia*, véase especialmente, en último lugar, MYRES o. c. 116-134.

Un punto capital, al tratar de la obra herodotea, es el relativo al plan que adoptó su autor. Cuestión que se halla íntimamente ligada no sólo a la evolución espiritual de Heródoto, sino, asimismo, al problema del orden en que fueron redactados los distintos libros. Después de algunos trabajos iniciales (cf. SCHOELL *Philologus* IX 1854, 203 ss.), se abordó la cuestión simultáneamente por BAUER *Die Entstehung des herodotischen Geschichtswerkes*, Viena, 1878, y por KIRCHHOFF *Ueber die Entstehungszeit des herodotischen Geschichtswerkes*, Berlín, 1878. Lo esencial de la tesis de KIRCHHOFF es que la obra fue compuesta, en su esencia, en la forma en que la tenemos actualmente. BAUER, por el contrario (cf. la crítica de WEIL *Rev. Crit.Hist. Lit.* XII 1878, 1 ss.),

postula una redacción de λόγοι sueltos, que fueron más tarde reunidos. La tesis de MACAN, expuesta en su edición y comentario (Londres, 1895-1908), y GOMME (*The Greek Attitude to Poetry and History*, Berkeley, 1954, 78 ss.) es inversa a la de KIRCHHOFF: Heródoto habría compuesto primero los libros que tratan de la guerra entre Persia y Grecia y sólo más tarde concibió una historia general de la oposición griegos-bárbaros. JACOBY o. c. 379 ss. volvió a la tesis de una redacción suelta: Heródoto se propuso escribir una especie de descripción del mundo al estilo de Hecateo y posteriormente, al entrar en contacto con Atenas, fue cuando dio a su obra una orientación más concreta. Contra esta tesis se levantó primero DE SANCTIS *La composizione della storia di Erodoto* (*Riv. Fil. Istr. Cl.* IV 1926, 289 ss.) y más tarde POWELL *The History of Herodotus*, Cambridge, 1939. Para estos autores, la idea originaria del historiador fue escribir una historia de Persia, y sólo más adelante la concibió como historia de las guerras persas. De todos modos, queda claro que, tanto en una como en otra de las exposiciones citadas, el problema primero es la evolución del espíritu de Heródoto, que pasa de logógrafo a auténtico historiador.

Cf. también AMMER *Ueber die Reihenfolge und Zeit der Abfassung des herodotischen Geschichtswerkes*, Straubing, 1889; EGERMANN *Das Geschichtswerk des Herodots. Sein Plan* (*Neue Jahrb. Ant. Deutsch. Bild.* I 1938, 191 ss. y 239 ss.); POHLENZ o. c.

7. *Precursores y fuentes.*

Esto nos lleva a la cuestión de los precursores y las fuentes del historiador. El establecimiento de las fuentes de que se ha servido Heródoto (índice general en JACOBY o. c. 392 ss. y en las introducciones parciales de LEGRAND o. c.) choca con muchas dificultades, especialmente de método: VON GUTSCHMID, por ejemplo, en su *Index fontium Herodoti* (*Kleine Schriften*, IV, Leipzig, 1893, 145 ss.), ha cometido el fallo de considerar como fuentes todas aquellas noticias que van prece-

didas de ἐπ' ἐμέο o εἰς ἐμέ, expresiones que, como señala JACOBY, no indican sino «en mi propio tiempo» y «hasta mi época».

Sobre los logógrafos en general, cf. HEIL *Logographis qui dicuntur num Herodotus usus sit*, dis. Marburgo, 1894; BUX *Real-Enc.* XIII 1927, 1021 ss., s. v. *Logographen*; HOWALD *Ionische Geschichtsschreibung* (*Hermes* LVIII 1923, 113 ss.); MERZ *Forschungen über die Anfänge der Ethnographie bei den Griechen*, dis. Zurich, 1923; JACOBY, *Ueber die Entwicklung der griechischen Historiographie* (*Klio* IX 1909, 80 ss.); PEARSON *The Early Ionian Historians*, Oxford, 1939; JACOBY *Griechische Geschichtschreibung* (*Die Antike* II 1926, 1 ss.); BILABEL *Die kleineren Historikerfragmente auf Papyrus*, Bonn, 1922; POWELL-BARBER *New Chapters in the History of Greek Literature*, Oxford, 1921, 124 ss.; SCHADEWALDT *Die Anfänge der Geschichtsschreibung bei den Griechen* (*Die Antike* X 1934, 144 ss.).

Sobre Hecateo en particular, PRÁŠEK *Hekataios als Herodots Quelle zur Geschichte Vorderasiens* (*Klio* IV 1904, 193 ss.); JACOBY *Real-Enc.* VII 1912, 2667 ss. (s. v *Hekataios*) y *Fragm. Gr. Hist.* I, Berlín, 1923, 1 ss.; DIELS *Herodot und Hekataios* (*Hermes* XXII 1882, 421 ss.); WELLS *Journ. Hell. St.* XXIX 1909, 41 ss. Sobre Ferecides de Atenas, JACOBY *Mnem.* XIII 1947, 13 ss., LAQUEUR *Real-Enc.* XIX 1938, 1991 ss., s. v.

Han tratado sobre las fuentes de Heródoto en general PANOFSKY *Quaestionum de historiae herodoteae fontibus pars prima*, Berlín, 1885 (cf. su crítica en HAUVETTE o. c. 170 ss.); POMTOW *De Xantho et Herodoto rerum Lydiarum scriptoribus*, Halle, 1886; aparte de los trabajos iniciales de NITZSCH *Ueber Herodots Quellen für die Geschichte der Perserkriege* (*Rh. Mus.* XXVII 1872, 226 ss.) y WECKLEIN *Ueber die Tradition der Perserkriege* (*Sitzungsb. bay. Ak. Wiss.* 1876, 240 ss.).

8. *Formación literaria de Heródoto.*

Aparte del influjo que los logógrafos hayan podido ejercer en la obra de Heródoto, queda en pie la cuestión de la mayor o menor influencia que las grandes personalidades poéticas han dejado sobre su arte y su composición. Homero, en primer lugar. El conjunto del epos homérico —dice JACOBY *Herodotos* 491— ha inspirado directamente al historiador; pero esto no debe exagerarse. Una lista de paralelos entre Homero y Heródoto puede verse en SCHMID-STAEHLIN o. c. 553 n. 3. Han señalado además paralelos más o menos importantes DEICHGRAEBER o. c. 22 ss.; KLAMP *Phil. Woch.* L 1930, 890 ss.; ALY *Volksmärchen, Sage und Novelle bei Herodot und seinen Zeitgenossen*, Gotinga, 1921, 263 ss.; cf. FOHL *Tragische Kunst bei Herodot*, Leipzig, 1913, 15 ss. Hay que anotar, además, un cierto parentesco espiritual entre el historiador de Halicarnaso y Píndaro, por lo menos en cuanto que ambos creen que los grandes hechos contemporáneos sólo gracias a la palabra alcanzan la inmortalidad (cf., p. ej., *N.* IV 6 s. y el principio de la *Historia*; paralelos entre ambos autores, en SCHMID-STAEHLIN o. c. 554).

En la obra de Heródoto hallamos asimismo citas o reminiscencias de los líricos arcaicos: elegía, yambo, lírica eólica, poetas corales, etc. Más importante es, en cambio, por tratarse no ya de simple cita, sino de influjo formal, la tragedia, especialmente Esquilo y Sófocles. Los puntos de contacto entre Esquilo y Heródoto (cf. ALSINA *Madrid* 12-XI-1960) han sido estudiados por GOMME o. c. 95 ss. Sobre Sófocles, el reciente trabajo de EGERMANN (*Vom Menschen in der Antike*, Munich, 1957, 37 ss.; cf. anteriormente NIEBERDING *Herodot und Sophokles*, Neustadt, 1878; KESELING *Phil. Woch.* LVII 1937, 910 ss.; ZURBORG *Hermes* X 1876, 206 ss.) ha puesto de relieve, con algunas reservas que nosotros haríamos a su tesis central, que se halla en los dos autores una misma, o muy próxima, concepción trágica de la vida y del hombre.

Sobre la *Historia* de Heródoto como obra dramática, cf. la serie de artículos de FERNÁNDEZ-GALIANO que aparecen en *Madrid* desde el 21-I-1961.

Sobre el influjo de los filósofos, véase el apartado *Ideas de Heródoto.*

9. *Heródoto como historiador.*

La apreciación del sentido histórico de Heródoto ha oscilado entre dos polos. Si Cicerón pudo llamarle «padre de la Historia», Aulo Gelio (*N. A.* III 10) lo calificó de *homo fabulator.* Sobre las críticas que los antiguos hicieron a la obra herodotea, cf. HAUVETTE o. c. 65-112.

En la edad moderna, con el despertar de la historia crítica alemana, Heródoto no fue muy bien tratado. NIEBUHR *Vorträge über alte Geschichte,* I, Berlín, 1847, inició, aplicando los criterios utilizados al estudiar las fuentes y los orígenes de la historia de Roma, una consideración escéptica sobre el valor de Heródoto como historiador. NIEBUHR insistía sobre el carácter popular de su información (cf. HAUVETTE o. c. 113 ss., MYRES o. c. 19 ss.). Siguieron sus pasos, más o menos atenuados, NITZSCH o. c., que consideraba a Heródoto como un compilador inteligente de fuentes escritas (nótese que ahora ya se acepta la fuente escrita, frente a la tesis de la tradición oral de NIEBUHR), y WECKLEIN o. c., cuya tesis central es que Heródoto se ha limitado a moralizar una serie de hechos atribuyendo a los dioses las causas de la guerra.

Pronto se apreció la aparición de una tendencia constructiva. Ya BAUER *Die Entstehung* había valorado positivamente a Heródoto como historiador. Y si SAYCE en su edición de 1883 había atacado al historiador por no reconocer su deuda para con los logógrafos, reconocía, en cambio, que no siempre era deudor de los trabajos de éstos, aparte de que el criterio de propiedad intelectual era inexistente en la antigüedad (crítica en HAUVETTE o. c. 158 y CROISET art. c.). El punto culminante de la reacción de la crítica en favor de

Heródoto acaso lo pueda representar PANOFSKY o. c., que llega a afirmar que incluso los datos que pone en boca de personajes proceden de documentos escritos. Nos hallamos ante postura diametralmente opuesta a la de NIEBUHR.

El libro de HAUVETTE tantas veces citado merece el honor de haber orientado el camino hacia la auténtica valoración de Heródoto como historiador, situándose en un punto intermedio entre la tesis de NIEBUHR y la de PANOFSKY. Sus argumentos eran tan contundentes que incluso el propio SAYCE modificó muchos de sus puntos de vista.

Dentro ya de la generación de críticos que vivieron entre los años 1920-1940, hemos de señalar algunos valiosos trabajos:

FOCKE o. c. representa una reacción contra aquellos críticos que miden a Heródoto con los mismos cánones con que se valora a Tucídides. Y así se niega a aceptar el punto de vista de los críticos que consideran la obra histórica de Heródoto como una glorificación de los Alcmeónidas, por la lógica razón de que también eso significa ver la historia herodotea con un prisma tucidídeo. Pero FOCKE cae en una exageración al sostener incluso que el historiador se muestra enemigo de la política de los propios Alcmeónidas.

En el mismo sentido se orienta el trabajo de REGENBOGEN *Herodot und sein Werk* (*Die Antike* VI 1930, 202 248), quien califica la obra de Heródoto como etapa de transición entre los logógrafos jónicos y la historiografía ática. El es, para REGENBOGEN, jonio por la amplitud de sus investigaciones, pero ático ya por el interés que muestra en descubrir la responsabilidad de los hechos narrados. La preocupación política, nacionalista, es asimismo un rasgo que lo separa de los logógrafos. MARTIN *Herodotus*, en *The Martin Classical Lectures*, I, Cambridge, Mass., 1931, ha puesto, por su parte, de relieve la honradez histórica de nuestro historiador.

PEARSON *Credulity and Scepticism in Herodotus* (*Trans. Proc. Am. Phil. Ass.* LXXII 1941, 335 ss.) ha establecido un principio metodológico sano al señalar que para juzgar el

sentido crítico de Heródoto hay que limitarse a aquellos casos en que nos consta que el autor ha dicho lo que pensaba, pues puede ocurrir que oculte sus propios sentimientos por temor a la ideología de sus lectores.

Muy importante es el trabajo de POHLENZ o. c., cuyo título indica a las claras la posición de su autor. Señala POHLENZ (cf. la importante crítica de DE SANCTIS *Riv. Fil. Istr. Cl.* XV 1937, 394 ss.) que el propósito de Heródoto es «comprender el mundo contemporáneo por medio de su proceso histórico», con lo cual le atribuye un fuerte sentido de la historia que hace de su autor un verdadero historiador. HOWALD lib. c., en cambio, niega a Heródoto el carácter de tal por faltar en él una firme concepción del mundo y una idea directriz, contra lo cual puede objetarse (como ha hecho PATZER *Gnomon* XXV 1953, 213) que HOWALD no tiene en cuenta que Heródoto no se ha separado todavía de la ἱστορίη jónica y cae por ello en el error de los críticos anteriores a FOCKE y REGENBOGEN. Una buena visión, reivindicatoria, en ROMERO o. c. 57 ss. y MYRES o. c. 60 ss.

10. *Ideas de Heródoto.*

La época de Heródoto puede considerarse como momento de transición hacia el racionalismo sofístico a partir del primer movimiento de liberación de las creencias tradicionales (cf., sobre este problema particular, los recientes trabajos de WEBSTER *Greek Art and Literature 700-530 B. C.*, Londres, 1959 y, últimamente, BURN *The Lyric Age of Greece*, Londres, 1960, sobre todo en sus págs. 157-326, que estudian la revolución en la sociedad griega de aquel período, y 327-402, en que se analizan los efectos de esta mentalidad revolucionaria sobre la literatura y el pensamiento). El historiador de Halicarnaso se esfuerza por dar un paso más hacia la racionalización de las leyendas y tradiciones con respecto a su ilustre antecesor Hecateo. Cf. ROSE *Some Herodotean Rationalisms* (*Class. Quart.* XXXIV 1940, 78 ss.), que ha puesto de relieve, por medio de algunos ejemplos escogidos,

las transformaciones sufridas, en la narración del historiador, por determinadas leyendas Nos hallamos ante un caso parecido al de Píndaro (cf. FEHR *Die Mythen bei Pindar*, Zurich, 1936), pero en otro sentido.

Sobre la situación intelectual y espiritual de la época que nos ocupa, cf. especialmente PETTAZZONI *La religione nella Grecia antica*, Florencia, 1953², 147 ss., que analiza finamente el espíritu de Atenas durante las guerras médicas y en los momentos subsiguientes. Se ha hablado de una doble corriente místico-racionalista: así, por ejemplo, el trabajo de PANITZ *Mythos und Orakel bei Herodot*, Greifswald, 1935, que en muchos aspectos no puede ser utilizado por lo exagerado de sus puntos de vista. Según HELLMANN (*Gnomon* XI 1935, 605 ss.), PANITZ sólo nos ofrece una caricatura de Heródoto. En efecto, ha sostenido hiperbólicamente la tesis de un Heródoto racionalista a ultranza. Cierto que ya DORNSEIFF (*Die archaische Mythenerzahlung*, Berlín, 1933, 82 ss.) había señalado ciertos rasgos escépticos en el historiador, pero acaso sea exagerado decir de Heródoto que es un escéptico en materia teológica. Precisamente hay toda una abundante literatura acerca del decisivo influjo que la teología délfica ha ejercido sobre la especulación teológico-moral de Heródoto. Así el trabajo de DEFRADAS *Les thèmes de la propagande delphique*, París, 1954, que contiene un capítulo (III, 208 ss.) titulado *Une oeuvre d'apologétique delphique: l'histoire de Crésus*. Cf. además DELCOURT *L'oracle de Delphes*, París, 1955, 85 ss. y *passim*. El trabajo de DEFRADAS es la culminación de una serie de obras de otros investigadores sobre el influjo de Delfos en Heródoto: así OERI *De Herodoti fonte Delphico*, dis. Basilea, 1898; DONNER *Beiträge zu einer Geschichte der Politik des delphischen Apollon* (*Klio* XVIII 1922, 27-40); PARKE *The Delphic Oracle*, I, Oxford, 1956, sobre la historia del oráculo, etc. Más bibliografía sobre los problemas délficos, en ALSINA *Nuevos métodos en el campo de la religión y la mitología griegas* (*Emerita* XXV 1957, 291 ss.); añádase PARKE *Hermathena* XXVII 1938, 56 ss.

Sobre el ideario religioso de Heródoto en relación con la

mentalidad arcaica puede consultarse NILSSON *Geschichte der griechischen Religion*, I, 1955, 604 ss.; RUDHARDT *Notions fondamentales de la pensée religieuse dans la Grèce classique*, Ginebra, 1958; y anteriormente, los trabajos de WIPPRECHT *Zur Entwicklung der rationalistischen Mythendeutung bei den Griechen*, Tubinga, 1902, 27-28 y WELLS lib. c. 183 ss.

Un aspecto particular de la mentalidad religiosa es la disposición en tríadas y hebdómadas que hallamos tanto en lo arcaico como en Heródoto y que ha sido estudiada por BLOM *De typische getallen bij Homeros en Herodotos. I. Triaden, hebdomaden en enneaden*, Nimega, 1936. En págs. 183 ss. puede verse tratada esta típica agrupación en nuestro historiador, con un estudio estilístico de la composición ternaria en Heródoto.

Pero la concepción más típica, que debe Heródoto a la herencia de la mentalidad arcaica, es la de la envidia de los dioses: se han ocupado de esta concepción, ilustrada por muchos pasajes de Heródoto, MEUSS *Der sogenannte Neid der Götter bei Herodot*, progr. Liegnitz, 1888; HIRZEL *Themis, Dike und Verwandtes*, Leipzig, 1907, 301 ss.; NAWRATIL Θεῖον ταραχῶδες, *Phil. Woch.* LX 1940, 125 ss., que ha puesto de relieve el alcance de esta concepción en la época de las guerras médicas; LINFORTH *Named and Unnamed Gods in Herodotus* (*Univ. Calif. Publ. Class. Phil.* IX 1926, 201 ss.) y, como estudio de conjunto, el trabajo de DANIËLS *Religieushistorische studie over Herodotus*, Amberes, 1946, que sostiene que la obra del historiador es una síntesis armónica de concepciones religiosas y políticas, llegando a la conclusión de que la obra quiere ser un toque de alerta para la política de Atenas, exhortándola a la medida, en lo cual acaso vaya el autor demasiado lejos. De hecho, empero, se observa en toda la obra de Heródoto, como «leit-motiv», el tema de la ὕβρις tanto política como religiosa.

Un tema emparentado es el de la correlación culpa-castigo, que PAGEL o. c. ha querido interpretar en un sentido cósmico dentro de la obra de Heródoto, poniendo sus ideas en relación con la ideología de Anaximandro. Si en la obra del filó-

sofo milesio se teoriza sobre el proceso αἰτίη - τίσις en el plano de lo universal, Heródoto habría puesto de relieve que esta misma ley se aplica implacablemente en el campo de la actividad humana política o individual: «Wie die Natur in ewigen festen Bahnen kreist, so bewegt sich die menschliche Geschichte in einer Kreise wie ein Rad» (pág. 34). Con todo, muchas de las interpretaciones parciales de PAGEL son forzadas, como cuando, al estudiar el proemio, quiere ver en el término αἰτίη ya un preludio y un anuncio de toda la temática etiológica. Y ello rebaja ya mucho sus propios argumentos.

Un tema importante y reiterado en la obra herodotea es el del consejero que intenta, por medio de sus admoniciones, disuadir a los grandes personajes de sus actos híbricos. Tal es el tema del trabajo de BISCHOFF *Der Warner bei Herodot*, dis. Marburgo, 1932, que estudia detalladamente la cuestión, pero cae, a juicio nuestro, en un error: considera que la afirmación de Solón de que la divinidad es un ser «pertubador» no pertenece al fondo ideológico del historiador, sino del propio Solón: afirmación que queda destruída si consideramos otros muchos casos paralelos (Polícrates, Jerjes, etc.). Véase asimismo LATTIMORE *The Wise Adviser in Herodotus* (*Cl. Phil.* XXXIV 1939, 24 ss.), que completa en algunos puntos el estudio tipológico del consejero.

Interesante es el aspecto político de la ideología herodotea. Hay sin duda pasajes que demuestran el interés del historiador por la política, pero este interés (cf. JAEGER *Paideia* I, Berlín, 1934, 479 ss. y REGENBOGEN *Das Human. Gymn.* XLIV 1933, 2 ss.) no es el mismo que hallamos en Tucídides, por ejemplo, sino un interés general que posee Heródoto como siempre los griegos: cf. WUEST *Politisches Denken bei Herodot*, dis. Munich, 1935, que pone de relieve el elemento «odiseico» que hay en Heródoto señalando que en él llega la logografía a su punto culminante. No sería, pues, un precursor de Tucídides, como en algunos aspectos defiende que lo es HIRST *Herodotus on Tyranny and Democracy*, Oxford, 1938. WUEST sostiene, y en ello le sigue en parte

NAWRATIL (*Phil. Woch.* LVIII 1938, 1071 s.), que Heródoto defiende una idea de la política y de la concepción de los actos históricos que en su época estaba ya anticuada.

Sobre la pretendida joniofobia de Heródoto, cf. JACOBY *Herodotos* 211 ss. DE SANCTIS *Riv. Fil. Istr. Cl.* IX 1931, 48 ss., ha reaccionado en parte contra esta opinión a propósito de Aristágoras tal como lo presenta Heródoto. Cf asimismo la introducción de LEGRAND o. c. al libro V.

Sobre el concepto de conciencia nacional, HEUBECK (*Das Nationalbewusstsein des Herodots*, dis. Erlangen, 1936) ha escrito un interesante libro, que traza, además, la historia de este concepto (cf. JUTHNER *Hellenen und Barbaren*, Gotinga, 1927). Sostiene que su ideal, en este sentido, es la unión de Atenas y Esparta, idea que, como se sabe, constituirá el gran anhelo de los tratadistas políticos de comienzos del siglo IV. Contiene el libro, además, interesantes consideraciones sobre la barbarofilia de Heródoto. A este propósito, GOMME o. c. 95 y ss. ha puesto de manifiesto que una de las figuras más simpáticas y grandes de Heródoto es Dario.

Cronológicamente, Heródoto ha podido sentir, aunque poco, el influjo de la sofística sobre su obra: cf. ALY o. c. 286 ss., que estudia la cuestión en detalle, con bibliografía; NESTLE *Herodots Verhältnis zur Philosophie und Sophistik*, progr. Schöntal, 1908 y SCHMID-STAEHLIN o. c. 573, n. 2, donde señala que muchos de los paralelos entre Heródoto y Protágoras pueden proceder de fuentes comunes (cf. DIELS *Hermes* XXII 1887, 461 ss. y RADERMACHER *Rh. Mus.* LIII 1898, 502 ss.). Interesante es el trabajo de DICKERMAN *De argumentis quibusdam apud Xenophontem, Platonem, Aristotelem obviis e structura hominis et animalium petitis*, dis. Halle, 1909, 78 ss. Para ilustrar un caso concreto: se había creído durante mucho tiempo que el tema παθήματα/μαθήματα, que hallamos en Heródoto I 207, era de origen sofístico; GEFFCKEN o. c. 257 ha demostrado que es esquíleo.

Un interesante trabajo sobre un aspecto de la concepción del hombre en Heródoto es el libro de ORTH *Logios*, Leipzig, 1926, donde (págs. 12 ss.) estudia el valor del término

λόγιος, aplicado al hombre en nuestro historiador con tanta frecuencia. Véase asimismo MADDALENA *L'uomo erodoteo* (*Atti Ist. Ven.* CI 1941-1942, 351 ss.).

11. *El arte de Heródoto.*

Uno de los rasgos que más caracterizan la narración herodotea es el uso y hasta el abuso de las digresiones, hasta el punto de que JACOBY *Herodotos* 380 ha podido afirmar: «Sin exagerar puede decirse que todo el arte de Heródoto se halla en sus excursos». Por su parte, GOMME o. c. 73 ha dicho que Heródoto posee de un modo perfecto el arte de la digresión. Señala, además, que su obra dispone sus partes no cronológicamente, sino de un modo lógico (sobre el excurso, cf. más adelante, pág. 118).

Hay en el arte de la narración herodotea un fuerte elemento épico, señalado especialmente por WEBER *Herodot als Dichter* (*Neue Jahrb. Kl. Alt.* XXI 1908, 669 ss.), que habla del «encanto épico de Heródoto», viendo especialmente, en la aparición de los dioses y su intervención en los actos humanos, el principal ingrediente homérico de la *Historia*. Pero hay que hacer ciertas salvedades a esta observación, pues lo que más interviene en Heródoto no es el dios personal (cf. KULLMANN *Das Wirken der Götter in der Ilias*, Berlín, 1956), sino los sueños o los demones. El parentesco espiritual entre Heródoto y Homero ha sido puesto de relieve, entre otros, por GUTSCHMID o. c. 163, DEICHGRAEBER o. c. 22 ss., pero sobre todo por CASKEY *Cl. W.* XXXV 1941-1942, 267, quien ha trazado un bonito paralelo entre la estructura de la *Ilíada* y de la *Historia*: así, mientras Aquiles, en Homero, no domina todo el poema en extensión, sino en profundidad, ya que todos los guerreros son superados por Héctor y éste por Aquiles, igualmente todos los grandes pueblos son vencidos por Persia, que cae frente a Grecia.

Pero, junto al elemento épico, hay en Heródoto un elemento dramático y trágico. MYRES *Herodotus the Tragedian*,

Liverpool, 1914, 88, lo ha estudiado con cierto detalle, así como FOHL o. c.

El elemento dramático de la obra herodotea queda patente en la gran abundancia de discursos, estudiados por SCHULZ *Die Reden im Herodot*, Greifswald, 1933, y DEFFNER *Die Rede bei Herodot und ihre Weiterbildung bei Thukydides*, Munich, 1933. Ya hemos hablado de los paralelismos entre Heródoto y los trágicos. Véase además GROSS *Neue Jahrb. Ant. Deutsch. Bild.* III 1940, 87 ss., que estudia la estructura «trágica» de los sucesos de las Termópilas, y Srta. SOLMSEN *Trans. Proc. Am. Phil. Ass.* LXX 1939, XLIV s., sobre los discursos en la narración de Salamina.

Finalmente, queda el elemento novelístico y popular de Heródoto, estudiado exhaustivamente en ALY o. c.

12. *Estilo y lengua.*

Sobre el estilo general de Heródoto:

MARÓT *El estilo de la prosa de Heródoto* (en húngaro con un resumen en alemán), *Egyet. Philol. Közl.* LXVII 1943, 1-25; Srta. TRENKNER *La* λέξις εἰρομένη *de Heródoto* (en polaco), *Charisteria G. Przychocki... oblata*, Varsovia, 1934, 220 ss., aparte de los estudios generales sobre estilística (p. ej. DENNISTON *Greek Prosa Style*, Oxford, 1952, simples fichas de textos, catalogados, pero sin una doctrina general; CHANTRAINE *La stylistique grecque*, en *Actes du Ier Congrès de la Féd. des Ass. des Et. Class.*, París, 1951, 339-360; FRAENKEL *Wege und Formen frühgriechischen Denkens*, Munich, 1960², con un capítulo sobre el estilo paratáctico de la prosa arcaica; WEBSTER *Am. Journ. Phil.* LXII 1941, 385 ss. y el reciente tratadito de CARRIÈRE *Traité de stylistique grecque*, París, 1960) y las introducciones a la lengua de la prosa. Además KLEBER *De genere dicendi herodoteo quaestiones selectae*, progr. Löwenberg, 1890; DOVATOUR *Notas sobre Heródoto* (en ruso), *An. Ac. Cienc. U. R. S. S.* 1928, núm. 4, 57 s.; CARNOY *Procédés rythmiques dans la prose d'Hérodote* (*Mus. Belg.* XIX-XXIV 1920, 90 ss.).

Uno de los rasgos estilísticos arcaicos es el empleo frecuente de la composición anular, con la que se relaciona el uso del excurso; de esto ha tratado ampliamente VAN OTTERLO en sus trabajos *Beschouwingen over het archaïsche element in den stijl van Aeschylus*, Utrecht, 1937, y *Untersuchungen über Begriff, Anwendung und Entstehung der griechischen Ringkomposition*, Amsterdam, 1914, con muchos ejemplos de Heródoto.

Sobre la oración nominal en Heródoto, véanse los estudios de BARBELENET *De la phrase à verbe «être» dans l'ionien d'Hérodote*, París, 1913 y *Sur la place de γίνομαι dans la phrase d'Hérodote* (*Mém. Soc. Ling.* XIX 105 ss.), así como la penetrante crítica de S. LASSO DE LA VEGA en su libro *La oración nominal en Homero*, Madrid, 1955.

Sobre las características herodoteas del uso del presente histórico, cf. TOSATTO *De praesentis historici usu herodoteo et thucydideo et xenophonteo*, Padua, 1921.

El paréntesis como recurso estilístico es estudiado comparativamente con el uso que hacen de él otros autores por SCHMITT *De parenthesis usu hippocratico, herodoteo, thucydideo, xenophonteo*, dis. Greifswald, 1913.

Ha tocado algunos puntos relativos a construcciones anacolúticas en Heródoto, SCHWYZER *Emerita* X 1942, 98 ss.

Interesantes son algunos trabajos que abordan el estudio lexicográfico de nuestro historiador. Señalemos, entre otros, WEBER *Glossae herodoteae* (*Glotta* XXIII 1934, 261 ss.), que estudia los usos de περιέχεσθαι, αἴτιος, στέλλειν, etc; ASSMANN *Mnem.* LIV 1926, 118 y ss., que analiza el uso de términos tan homéricos como θυμός, μένος, φρήν, νοῦς; POWELL *Class. Rev.* LI 1937, 103 ss., que trata de algunos típicos juegos de palabras herodoteos.

El léxico íntegro de nuestro historiador está recogido en POWELL *A Lexicon to Herodotus*, Cambridge, 1938.

Los problemas relativos a la lengua de Heródoto son muy complejos. Ocurre con él lo mismo que con todos los autores dialectales: que un estudio de su lengua debe ir hermanado con un profundo examen de la evolución textual del autor, ya

que la tradición manuscrita ha alterado de modo diverso el estado original a causa de desconocimiento de la lengua del autor o del prurito de enmendar aquellos términos que parecían «poco dialectales». En lo que a Heródoto atañe, la cuestión se halla todavía *sub iudice*: por un lado se halla la tesis extrema de HARTMANN *Zeitschr. Vergl. Sprachf.* LX 1933, 83 ss., que cree, pura y simplemente, que la lengua de Heródoto tal como la leemos hoy en día es una pura invención de los alejandrinos; por otra, el punto de vista de LINDEMANN *De dialecto ionica recentiore*, dis. Kiel, 1899, 31 ss., que ve la imitación de Homero por Heródoto no sólo en el estilo, sino incluso en la gramática. De todos modos, desde finales del siglo pasado se vio ya claramente que la lengua herodotea debe reconstruirse a base de las inscripciones: tal es la tesis expuesta por COSTANZI (ed. del libro I, Turín, 1896, V ss.), seguida en su esencia por SCHULZE *Grammatisches aus der Herodot-Ueberlieferung* (*Festschrift Kretschmer*, Viena, 1926, 217 ss.) y PASQUALI *Storia della tradizione è critica del testo*, Florencia, 1952², 309 ss. Sostiene la tesis de que la lengua de Heródoto tiene un carácter mixto (jónico, pero con imitaciones épicas) ALY *Herodots Sprache* (*Glotta* XV 1926, 84-117), que no es un estudio sistemático de su lengua, sino un breve artículo en que se pone de relieve la capacidad receptiva de Heródoto para adoptar aquellas formas lingüísticas que le convenían para su *Historia*. ALY pone de manifiesto el influjo del ático sobre la lengua de Heródoto. HARTMANN, por su parte (*Ueber die Grundlagen zur Beurteilung von Herodots Dialekt*, en *Verh. Vers. Deutsch. Phil.* 1929, 113-114), cree que hay que recurrir a Homero para reconstruir la auténtica lengua herodotea. FAVRE, en varios trabajos, ha intentado un estudio sistemático y comparativo del léxico del historiador y el de las inscripciones jónicas (cf. *Thesaurus verborum quae in titulis ionicis leguntur cum herodoteo sermone comparatus*, Heidelberg, 1914).

A las lamentaciones de COLONNA (*Paideia* l. c.) sobre la inexistencia de una gramática dedicada exhaustivamente a Heródoto viene a responder la aparición del libro de UNTERSTEI-

NER *La lingua di Erodoto*, Bari, 1949. Añádanse a esto otros trabajos sobre la lengua del historiador: SLIJFER *Vormleer voor Homerus en Herodotus met woordenlijsten* (Groninga, 1931), cuadro comparativo de las morfologías homérica y herodotea; las páginas 35-64 de la *Antología de historia griega* citada, donde FERNÁNDEZ-GALIANO ha descrito minuciosamente los fenómenos fonéticos y morfológicos; y algunos estudios particulares de sintaxis, como SCOTT *Additional Notes on the Vocative* (*Am. Journ. Phil.* XXVI 1905, 32 ss.), que estudia el uso de este caso con interjección en Heródoto y otros autores; HELBING *Der Instrumental bei Herodot*, Karlsruhe, 1900; HELBING *Ueber den Gebrauch des echten und soziativen Dativs bei Herodot*, Friburgo de B., 1898; WEBER *Der sympathetische Dativ bei Herodot*, dis. Münster, 1915; PFEIFAU *Der Artikel vor Personennamen bei Thukydides und Herodot*, Innsbruck, 1908; POWELL *Studies on the Greek Reflexive: Herodotus* (*Cl. Quart.* XXVII 1933, 208 ss.). Cf. también SCHMID-STAEHLIN o. c. 553 n. 3 y BREDOV *Quaestionum criticarum de dialecto herodotea libri IV*, Leipzig, 1846, que abordan el carácter literario de la lengua del historiador.

Para las cuestiones relativas al texto remitimos a la introducción de BERENGUER o. c.

13. *Sobre la historia antigua del Mediterráneo oriental.*

Naturalmente, se hará preciso consultar tratados de Historia general sobre los hechos narrados por Heródoto, y en este caso habrá que recurrir a las obras fundamentales de GLOTZ, DE SANCTIS, BERVE, BELOCH, *Cambridge Ancient History*, BENGTSON, etc., o la muy reciente de HAMMOND *A History of Greece to 322 b. C.* (Oxford, 1959).

En castellano, la conocidísima de GOETZ y otros (*Hélade y Roma*, Madrid, desde 1933) o las de WILCKEN (Madrid, 1942) y SWOBODA (Barcelona, desde 1930).

Como elementos auxiliares sobre instituciones griegas, vida en la antigua Grecia, etc., se recurrirá a BETHE *Un milenio de vida griega antigua* (Barcelona, 1937) y MAISCH-

POHLHAMMER *Instituciones griegas* (Barcelona, desde 1931). Y siempre serán precisos los servicios del *Oxford Classical Dictionary* (1949) y del *Diccionario del mundo clásico* dirigido por el P. ERRANDONEA (Barcelona, 1954).

Como obras generales sobre Lidia pueden consultarse RADET *La Lydie et le monde grec*, Paris, 1893; ALEXANDER *The Kings of Lydia*, dis. Princeton, 1913; MYRES primera o. c. 135-142, que estudia las relaciones de Lidia con Persia. Concretamente sobre Giges, véase el artículo de ITES *Die Gyges-Geschichte des Herodots als Lehre vom Menschen (Bay. Blätter Gymn.-Schulw.* LXVIII 1932, 154-168), que eleva el problema a un plano paradigmático. Sobre Creso se leerán con provecho los trabajos de HELLMANN *Herodots Kroisos-Logos*, Berlín, 1934, donde plantea el problema de la relación entre consejo y acción en su proyección sobre el más amplio de la libertad humana; DE SANCTIS *Il «logos» di Creso e il proemio della storia erodotea* (*Riv. Fil. Istr. Cl.* XIV 1936, 1 ss.); SOEDEL *De fabellis ad Croesum pertinentibus*, dis. Gotinga, 1911; VAN OOTEGHEM *Crésus sur le bûcher* (*Mus. Belg.* XXXII 1928, 49-61); AUDIAT *Apologie pour Hérodote* (*I 32*) (*Rev. Et. Anc.* XLII 1940, 3 8), que defiende la calidad de la narración herodotea de la entrevista entre Solón y el rey lidio.

Será importante libro de consulta, para todo lo que atañe a la lengua e historia del reino de los Aqueménidas, el cuaderno III (*Antiguo persa*, obra de BRANDENSTEIN; Madrid, 1958) del Manual de Lingüística Indoeuropea.

En MYRES primera o. c. 159 ss. véase un estudio sobre las fuentes de Heródoto para la historia persa; en cuanto al crédito que merecen sus noticias geográficas, consúltese MATZAT o. c.

Trata de la organización política y económica de Persia el artículo de ANDREADES Ὁ Ἡρόδοτος καὶ ἡ φορολογικὴ ὀργάνωσις τοῦ Περσικοῦ κράτους (Πρ. Ἀκ. Ἀθ. 1926, 132 145). La tendencia de Darío I a transformar la organización del Estado de feudal

en monarquía absoluta está estudiada por JUNGE *Satrapie und natio. Reichsverwaltung und Reichspolitik im Staate Dareios' I* (*Klio* XVI 1941-1942, 1-55). Sobre los pueblos tributarios del Gran Rey, cf. LAIRD *The Persian Army and Tribute Lists in Herodotus* (*Class. Phil.* XVI 1921, 305-326).

Estudia las satrapías orientales aqueménidas, teniendo en cuenta los datos de Heródoto y las inscripciones de la época de Darío, FOUCHER *Les satrapies orientales de l'empire achéménide* (*Compt. Rend. Ac. Inscr.* 1938, 336-352).

Sobre Ciro, cf. MYRES primera o. c. 145-150. Sobre la exactitud de las distancias que anota Heródoto, CALDER *The Royal Road in Herodotus* (*Class. Rev.* XXXIX 1925, 7-11).

Fundamentales sobre Babilonia son dos obras: KRUECKMANN *Herodots Beschreibung von Babylon*, Berlín, 1940, que considera dignas de fe las noticias de Heródoto, y RAVN *Herodots beskrivelse af Babylon*, Copenhague, 1939 (trad. ingl. *Herodotus' Description of Babylon*, Copenhague 1942)

MELKMAN *Labynetus* (*Mnem.* IX 1941, 105-111) defiende que sólo un rey babilonio llevó este nombre.

Sobre Egipto pueden consultarse las obras de VOGT *Herodot in Aegypten*, Stuttgart, 1925; WIEDEMANN *Herodots zweiter Buch*, Leipzig, 1890; MYRES primera o. c. 152-158; sobre el Egipto contemporáneo de Heródoto, cf. SPIEGELBERG *Die Glaubwürdigkeit von Herodots Bericht über Aegypten im Lichte der ägyptischen Denkmäler*, Heidelberg, 1926. Contra el valor histórico de la obra de Heródoto referente al Egipto antiguo, véase el artículo de LEGRAND *Hérodote II 100, 142-143* (*Rev. Et. Anc.* XXXVIII 1936, 439-442).

Sobre la XXVI dinastía, léase la obra de MEULENAERE *Herodotos over de 26e dynastie* (*II 147-III 15*), Lovaina, 1952 (contiene un resumen en francés).

Entre otros puntos interesantes del artículo de HENNIG *Kulturgeschichtliche Studien zu Herodot* (*Rhein. Mus.* LXXXIII 1934, 157-170 y 201-210) véase un ataque contra la narración herodotea de la campaña etiópica de Cambises.

Nótese también, acerca de Egipto, MOELLER *Zu Herodotos' ägyptischen Geschichten* (*Zeitschr. Aeg. Spr. Altertumsk.* 1920, 76-79) y BÉRARD *Remarques sur une erreur historique d'Hérodote* (*II 124-136*), en *Rev. Et. Gr.* L 1937, 289-292, sobre la inexactitud de la situación cronológica de la cuarta dinastía.

Acerca de la guerra escítica, véase ante todo HAUVETTE o. c. 192-200; trata el problema de fuentes HARMATTA *Quellenstudien zu den Skythika des Herodots*, Budapest, 1941 (en húngaro con resumen en alemán). LEGRAND *Hérodote, historien de la guerre scythique* (*Rev. Et. Anc.* XLII 1940, 219-226) acepta el valor histórico de la segunda parte de la narración herodotea, pero rechaza la primera (capítulos 118-125).

Sobre Atenas y los atenienses, véase en primer lugar ROBINSON *Athenian Politics 510-486 b. C.* (*Am. Journ. Phil.* LXVI 1945, 243 ss.).

Como exponente de las tendencias propericleas y proatenienses de Heródoto considera TREVES (*Herodotus, Gelon and Pericles*, en *Class. Phil.* XXXVI 1941, 321-345) el episodio, a su juicio inventado, que se narra en VII 162.

Enumeremos ahora diversos trabajos relativos a grandes personajes atenienses: NAWRATIL *Solon bei Herodot* (*Wien. Stud.* LX 1942, 1-8); ADCOCK *The Exiles of Peisistratus* (*Class. Quart.* XVIII 1924, 174-181); VALETON *De Harmodio et Aristogitone* (*Mnem.* XLV 1917, 21-52); MYRES *Cleisthenes in Herodotus* (*Mélanges G. Glotz*, París, 1932, 657-666); WADE-GERY *Miltiades* (*Journ. Hell. Stud.* LXXI 1951, 212 y ss.). Sobre la ley naval de Temístocles, véase HAUVETTE o. c. 317-322; otros aspectos del mismo personaje en GERCKE *Themistokles' List* (*Neue Jahrb. kl. Alt.* XXXI 1913, 617-626) y ROSENBERG *Die Parteistellung des Themistokles* (*Hermes* LIII 1918, 308-316).

De personajes espartanos trata el artículo de LENSCHAU *Agiaden und Eurypontiden. Die Königshäuser Spartas in*

ihren Beziehungen zueinander (*Rhein. Mus.* LXXXVIII 1939, 123-146): origen, sucesión y actuación de las dos casas reales espartanas. PRAKKEN *Herodotus and the Spartan King Lists* (*Trans. Am. Phil. Ass.* LXXI 1940, 460-472) fija en Hecateo la fuente principal de Heródoto para la confección de las listas de reyes espartanos. Cf. además CHRIMES *Ancient Sparta*, Manchester, 1949, 334 ss.

Estudios concretos: sobre Cleómenes, LENSCHAU *König Kleomenes I von Sparta* (*Klio* XIII 1938, 412-429), MYRES primera o. c. 173-176, GIUSTI *Il suicidio di Cleomene* (*At. e R.* X 1929, 54-76). Sobre la valoración de la actuación de Damarato, léase el artículo de DOVATOUR *La menace de Démarate* (*Hérodote VI 67*) (*Rev. Et. Gr.* L 1937, 464-469). Sobre la muerte de Dorieo, BOAS *De dood van Dorieus* (*Herod. V 42-48*), en *Weekblad voor Gymnasiaal en Middelbaar Onderwijs (s' Gravenhage)*, 1935, núm. 41, 1190-1199.

Sobre la isla de Samos, MYRES primera o. c. 161-168 y COLE *The Samos of Herodotus*, New Haven 1912. Acerca de Polícrates, BILABEL *Polykrates von Samos und Amasis von Aegypten* (*N. Heid. Jahrb.* 1934, 129 ss.).

Tratan de la rebelión jónica HAUVETTE o. c. 205-222, MYRES primera o. c. 194-202; estudia concretamente las causas de la misma LENSCHAU *Zur Geschichte Ioniens, I: Die Ursachen des ionischen Aufstandes* (*Klio* XIII 1913, 175-183). Sobre la actitud de Esparta ante la rebelión, véase el artículo de LARSEN *Sparta and the Ionian Revolt* (*Class. Phil.* XXVII 1932, 136 ss.).

Sobre el papel histórico de Aristágoras, DE SANCTIS *Riv. Fil. Istr. Class.* IX 1931, l. c.

PIZZAGALLI *Un modello orientale dell'episodio di Aristagora e Cleomene in Erodoto* (*V 49 ss.*), en *Rend. Ist. Lomb.* LXX 1937, 75-82, ve en un documento babilonio, la expedición de Sargón de Akkad al Asia Menor, el modelo de la narración de Heródoto referente a Aristágoras y Cleómenes.

En cuanto a la primera guerra médica, en HAUVETTE o. c. 183-190 puede hallarse un estudio de los orígenes de la lucha entre Grecia y Persia. En MYRES primera o. c. 176-184 véase la situación de Atenas, Esparta y Egina en el período que venimos tratando.

Acerca de la guerra entre Atenas y Egina, puede consultarse DE SANCTIS *Gli ostaggi egineti in Atene e la guerra fra Atene ed Egina* (*Riv. Fil. Istr. Class.* VIII 1930, 292-299). Sobre las anteriores relaciones hostiles entre ambas ciudades, cf. DUNBABIN Ἔχθρη παλαιή (*Ann. Brit. Sch. Ath.* XXXVII 1936-1937, 83-91). En cuanto a la expresión herodotea ἀκήρυκτος πόλεμος (V 81), MYRES, en un artículo con este título (*Class. Rev.* LVII 1943, 66-67), la cree referida a las relaciones hostiles egineto-atenienses después de la victoria de Atenas sobre Calcis y Tebas; en cambio, LAW *The* πόλεμος ἀκήρυκτος (*Class. Phil.* XXX 1935, 164-167), la creyó referida a la guerra que estalló entre las dos invasiones persas.

Trata de la expedición de Datis y Artafernes, HAUVETTE o. c. 236-242. Sobre la batalla de Maratón concretamente, ibid. 246-270; MYRES primera o. c. 202-215; BOUCHER *Note au sujet de la bataille de Marathon* (*Rev. Et. Gr.* XXXIII 1920, L-LI); KROMAYER *Drei Schlachten aus dem griechisch-römischen Altertum* (Leipzig, 1921); VERNSTRAETE *Les Grecs à Marathon* (*Nova et Vet.* 1922, 38 ss.), *La bataille de Marathon* (ibid. 175 ss.); GIANNELLI *Come si può concludere sulla battaglia di Maratone (Raccolta:.. in onore di G. Lumbroso*, Milán, 1925, 343-368); SOTIRIADIS *L'expédition de Marathon d'après une récente critique* (Salónica, 1935); es también interesante el apartado *La battaglia di Maratona di fronte alla critica storico-militare moderna*, inserto en las páginas XXXIII-XXXIX de la introducción de la edición de DAL SANTO *Erodoto. Le Storie: Libro VI* (Florencia, 1951[3]).

ALLINSON *The Original Marathon Runner* (*Class. W.* XXIV 1931, 152) llama la atención sobre la contaminación de la historia de Fidípides (VI 105) con la del soldado que, según Plutarco (*De glor. Ath.* 3), llevó a Atenas la noticia de la victoria de Maratón.

Estudia los preparativos de la expedición de Jerjes HAUVETTE o. c. 290-316; la expedición de un modo global, OBST *Der Feldzug des Xerxes*, Leipzig, 1913; MYRES primera o. c. 215-246. Véase una evaluación de las fuerzas persas y su marcha en MAURICE *The Size of the Army of Xerxes in the Invasion of Greece, 480 b. C.* (*Journ. Hell. Stud.* L 1930, 210-235). Sobre los puentes del Helesponto, cf. WEBER *De pontibus in Hellesponto Xerxis iussu factis* (*Phil. Woch.* LV 1935, 666-672).

Sobre el cuerpo expedicionario helénico mandado a Tempe, cf. HAUVETTE o. c. 340-346 y DE SANCTIS *La spedizione ellenica in Tessaglia del 480 a. C.* (*Riv. Fil. Istr. Cl.* VIII 1930, 339-342).

Acerca de las batallas de las Termópilas y Artemisio, cf. HAUVETTE o. c. 351-369 y 371-379 respectivamente; MYRES primera o. c. 246-261; PRENTICE *Thermopylae and Artemisium* (*Trans. Am. Phil. Ass.* LI 1920, 5-18); LINDEMANN *Ueber die Schlachten bei den Thermopylen und bei Artemision* (*Jahrb. Gött. Philos. Fak.* 1922, 65 ss.); defiende la sucesión de dos tempestades durante la batalla de Artemisio LATTIMORE *The Second Storm at Artemisium* (*Class. Rev.* LIII 1939, 57-58).

La anécdota de Diéneces es aceptada como auténtica por SCOTT *The Spartan Repartee in Herodotus VII 226* (*Class. Journ.* X 1914-1915, 178) y NOELDEKE *Zum Herodot* (*Klio* XVIII 1922, 1-5).

Sobre la continuación de la expedición de Jerjes hasta Salamina, cf. GIANNELLI *La spedizione di Serse da Terme a Salamina. Saggio di cronologia e di storia* (Milán, 1924).

Estudios sobre la expedición persa a Delfos: HAUVETTE o. c. 380-389; CASSON *The Persian Expedition to Delphi* (*Class. Rev.* XXVIII 1914, 145-151); ROUSSEL *Hérodote et l'expédition des Perses contre Delphes* (*Rev. Et. Anc.* XXIX 1927, 337-340).

Acerca de la batalla de Salamina, cf. HAUVETTE o. c. 389-438; MYRES primera o. c. 261-282; DODD *The Tactics at Salamis. A Suggestion* (*Class. Rev.* XXVII 1913, 117 120);

ZINU *Die Schlacht bei Salamis*, dis. Berlín, 1914); RADOS *La bataille de Salamine*, París, 1915; GURATZSCH *Streitsätze zur Salamisfrage* (*Klio* XIX 1923-1924, 128-140); KEIL *Die Schlacht bei Salamis*, dis. Leipzig, 1923; D'AMICO *La battaglia di Salamina in Eschilo e in Erodoto* (*At. e R.* XII 1931, 231-242, donde se da preferencia a la versión del trágico); PUECH *Les trois récits principaux de la bataille de Salamine* (sobre Esquilo, Heródoto y Diodoro, *Mélanges G. Glotz*, París, 1932, 757-764); GRÉGOIRE *La légende de Salamine ou comment les philologues écrivent l'histoire* (*Les Et. Cl.* IV 1935, 519-531, defensa de la claridad del texto de Heródoto); LEGRAND *A propos de l'énigme de Salamine* (*Rev. Et. Anc.* XXXVIII 1936, 55-60; Heródoto no se ha preocupado siempre de armonizar sus fuentes; su relato se completa con el de Esquilo). Conciliador también en este sentido es KEIL *Die Schlacht bei Salamis* (*Hermes* LXXIII 1938, 329-340). GURATZSCH *Eurybiades und Themistokles bei Artemision und Salamis* (*Klio* XIX 1925, 62-74) atribuye a Euribíades el papel preponderante en los tres encuentros de Artemisio, mientras que Heródoto se lo asigna a Temístocles.

Sobre la batalla de Platea, cf. HAUVETTE o. c. 439-483; MYRES primera o. c. 283-295; BOUCHER *La bataille de Platées d'après Hérodote* (*Rev. Arch.* XXIII 1915, 257-320); CLARK *The Campaign of Plataiai* (*Class. Phil.* XII 1917, 30-48).

Acerca de la batalla de Mícala, cf. HAUVETTE o. c. 483-489 y MYRES primera o. c. 295-298.

JOSÉ ALSINA y JUAN VAQUÉ

RESEÑAS

ESTUDIOS CLÁSICOS *publicará, en el grado en que lo permitan el espacio y la índole de la revista, reseñas bibliográficas de aquellos libros más o menos relacionados con nuestras materias cuyos autores o editores envíen un ejemplar a la Redacción.*

W. BRANDENSTEIN y M. MAYRHOFER: *Antiguo Persa.* Cuaderno III del Manual de Lingüística Indoeuropea. Madrid, Instituto «Antonio de Nebrija», 1958. Un vol. en 4.º de 143 pp.

Es realmente interesante para cualquier filólogo clásico, y no sólo para los interesados en la Lingüística, el volumen de *Antiguo Persa* que ha publicado el Instituto «Antonio de Nebrija», obra de Brandenstein completada por un léxico etimológico de Mayrhofer y traducida al español por Tovar (en el léxico se da la traducción del persa al alemán y el español). Un curso que sobre el antiguo persa damos en la Universidad de Madrid, con sólo una hora semanal, nos ha hecho ver la facilidad con que, ayudados por este libro, llegan los alumnos a traducir los trozos de la antología que se incluye; efectivamente, nuestro mismo conocimiento fragmentario del antiguo persa hace que la exposición de su gramática pueda lograrse en forma especialmente clara y breve, lo que ha sido conseguido plenamente por Brandenstein. En el año en que se traduce a Heródoto en el curso preuniversitario parece oportuno llamar la atención sobre la publicación de este librito. Nada mejor que la lectura de los pasajes de las inscripciones de Darío que contiene para comprender las diferencias entre las instituciones políticas y el mismo carácter de los pueblos griego y persa. Es un oportuno comentario y confirmación de la *Historia* de Heródoto: frente a la libertad griega se nos presenta el estilo hierático y la concepción del poder absoluto —no ciertamente irreligioso— de los pueblos del antiguo Oriente.

La introducción da una idea muy completa del grupo dialectal iranio y de la escritura persa. Vienen luego los apartados fonético y morfológico, muy prácticos, que comprenden, además del antiguo persa, datos del avéstico y antiguo indio, aunque centrados en el primero. Quizá la parte susceptible de una ordenación más lógica sea la relativa a los grupos de consonantes, que no evita repeticiones y, en cambio, carece de

ciertos puntos de vista generales que serían muy ilustrativos. Viene luego la antología, que comprende ocho páginas, sobre todo fragmentos de la gran inscripción de Bagistán en que Darío cuenta sus propias hazañas. Y, finalmente, el léxico etimológico, con ayuda del cual y de la gramática es fácil, como decíamos, traducir la antología.—F. R. ADRADOS.

N. G. L. HAMMOND: *A History of Greece to 322 b. C.* Oxford, Clarendon Press, 1959. Un vol. en 4.º de 690 págs. con 34 figs. y 12 láms.

Se hacía, ciertamente, desear una historia de Grecia en lengua inglesa que llenara las necesidades en este aspecto del amplio público de docentes, semiespecialistas y «amateurs» que sólo aquel país posee. Hammond ha acudido a dar cumplimiento a este deseo; y no es extraño que su intento haya sido un éxito, pues el «headmaster» del Clifton College de Bristol, a quien conocimos hace años en el Clare de Cambridge, está capacitadísimo, por su experiencia en materia histórica y su perfecto conocimiento de la bibliografía, para realizar esta labor más bien divulgadora. Y no se vea en este último adjetivo otra cosa sino el reflejo fiel del empeño del autor, que ha omitido por completo las citas modernas dejando en notas de pie de página las fuentes antiguas para que el curioso acuda a la pertinente en cada caso; elimina del todo los tipos griegos, transcribiendo en circunstancias extremas y traduciendo por regla general; y ha acertado, lo cual no es tan fácil, a emplear un tono que pudiéramos llamar literario, convirtiendo en prosa legible y amena lo que en tantos historiadores es apretado e indigesto fárrago.

Pero todo ello sin caer tampoco en la tentación de atenerse a un lineal relato de sucesos políticos o militares; precisamente, si algo distingue a este manual es la importancia extraordinaria que en él se otorga al trasfondo geográfico (Hammond ha vivido mucho tiempo en Grecia, durante la guerra y antes, y nos cuenta, por ejemplo, que él mismo ha empleado siete horas para llegar andando de Maratón a Atenas), arqueológico (los capítulos de lo micénico son preciosos), etnográfico, económico (mercados, moneda, crisis agrícolas, etc.) y, en modo especial, geográfico, con mapas abundantísimos, aunque un tanto difusos y monótonos en cuanto a impresión, y un afán de localizar los hechos que le lleva a poner en relación con cada mapa las diferentes ciudades mencionadas en el completísimo índice final. Es decir, que Hammond no se limita a contar lo que ocurrió, sino que investiga minuciosa y honestamente por qué ocurrió y por qué era fatal que ocurriera, dadas las circunstancias, cada hecho histórico.

Se trata, en fin, de un libro que perdurará durante muchos años en las bibliotecas de consulta de los helenistas. Y ello a pesar de sus defectos, que como toda obra humana tiene. Entre éstos contaríamos la excesiva sobriedad que lamentamos al buscar en vano el enjuiciamiento

de tal o cual figura histórica (pero no así, por ejemplo, con respecto a Terámenes, sobre el que emite certero juicio en pág. 444); la fidelidad tal vez exagerada con que nos ha parecido que sigue a Heródoto; ciertos deslices en los capítulos dedicados a la Literatura, como la atribución sin reservas a Arquíloco del primer epodo de Estrasburgo o la numeración de los fragmentos de Safo todavía según Diehl... Todo esto son minucias que nada pesan. Lo mismo diríamos con algún reparo que se nos ocurre, como el relativo a la famosa señal del escudo de Heródoto VI 115 (cf. nuestra pág. 44). Si los persas se proponían seriamente intentar un segundo desembarco en el Falero, ¿para qué se complicaron y embarazaron recogiendo de nuevo a todos los prisioneros de Eretria que habían dejado en Egilia? ¿No parece más bien como si se tratara de una mera demostración fanfarrona hecha, antes de partir, para «salvar la cara» ante Darío? Pero, aun suponiendo que llevaran esas miras hostiles, ¿qué quiere decir Heródoto? ¿Que se les hicieron señas con el escudo para que desembarcasen, pero ellos no se atrevieron por estar ya la playa llena de hombres vueltos de Maratón, como supone Hammond? ¿O que se les señaló, precisamente, que ya no cabía el desembarco por haber regresado los combatientes?—M. F. GALIANO.

RAFAEL GARCÍA PUIG: *Traducción de «Historia» de Heródoto*. Pedidos: Avda. Dr. Gómez Ulla, núm. 8. Madrid-2.

La amenaza que se anunciaba en esta misma revista (pág. 458) se ha cumplido. Con una presentación tipográfica muy deficiente, en hojas escritas a máquina, multicopiadas y cosidas con grapas y al precio de cuarenta pesetas, circula ya profusamente entre alumnos y profesores del curso preuniversitario esta llamada «traducción» de Heródoto. A la gravedad del hecho en sí, ya que quita al alumno el mayor acicate y estímulo de trabajo en el esfuerzo personal, se une otra circunstancia más lamentable, ya que la mala calidad de la versión, de las transcripciones y hasta de la redacción española pondrán en ridículo a los profesores ingenuos que la utilicen en sus clases.

La persona autora de esta «traducción» ha ignorado totalmente el texto griego y se ha limitado a «pasar» al español la versión francesa de Budé. Así pueden explicarse cosas tan pintorescas como las siguientes: al hablar del anillo de Polícrates se nos dice que «tenía un escondrijo alojado en un anillo de oro que llevaba» (pág. 6). En el libro VI «los atenienses, apenas se dio la señal de ataque, se lanzaron al galope»: es de suponer la impresión de los persas, que los creerían atacados de locura, ya que a continuación se nos dice que no tenían caballería. La cosa no era para menos. Cuando, por error tipográfico, se lee en el texto francés «Grand Rot» por «Grand Roi», la versión española repite la errata (pág. 23; VII 5). Del mismo modo se leen cosas como

«la tomó con los efesios», «a los lidios tocan aquí los frigios» (quiere decir que limitan), «los hombres en un cuerpo considerable se metieron en el interior» (pág. 11); «los jonios plantaron cara» (pág. 12); «pusieron en el lugar su cuerpo y cruz» (pág. 15) donde el texto francés dice «mirent sur place son corps en croix»; «los hombres que no sabían nadar de los que esto causó la pérdida» (pág. 17); «los persas estaban ardientes» (pág. 18). En la página 21 se dice que «los atenienses pedían fuego y lo pegaban a los barcos» en vez de «intentaban apoderarse de los barcos», y en la 22 se traslucen las palabras francesas al hablar de una diosa «subalterna», calificada luego de «subsacerdotisa». En el mismo pasaje se habla de Milcíades, que «se habría roto el muslo» o «se habría pelado la rodilla». Para traducir «respecto a nuestra patria» se dice «al asunto de nuestra patria» («au sujet de»; pág. 30). Otro bonito ejemplo de redacción en pág. 35: «y no se me hizo un testimonio de menor importancia para mí». O este otro: «sacó figurar junto al rey aun con más fama que antes». En la página 46, hablando de los caídos en la batalla de Platea, se dan las siguientes cifras: 91.000 muertos espartanos, 16.000 de Tegea y 52.000 atenienses.

Otras veces se dice lo contrario que en el texto francés, como en páginas 6 (III 40), 20 (VII 101), 23 (VII 5), 26 (VII 11), etc.

Hablando de transcripciones, rara es la palabra que no esté «pasada» por el francés; así nos encontramos con «Aiakés, Aiaqués, Adrastes, Pisistrates, Kiaxaro, Demarates» y con equivalencias absurdas como «Quimón, Mikela, Tejeo, Falera, Jytroi, Trasidayo» y hasta un singular «Atenisa» por «Artemis». Lo mismo ocurre con los nombres comunes: «medas, megarios, capadoquios, la agora», etc.

Ni siquiera está completa la «traducción» de los capítulos señalados por el Ministerio: faltan la introducción a I y varios trozos de los libros VII a IX.

No hacen falta más ejemplos. Es como volver a la prehistoria del griego en España y son ya muchas las promociones de Licenciados en Clásicas para que puedan ocurrir estas cosas. Cuando se hable de los problemas de la enseñanza, habrá que seguir insistiendo en éste de los textos. Sobran comentarios.—J. ZARAGOZA.

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS CLASICOS

El Segundo Congreso Español de Estudios Clásicos

Informamos a los señores socios de las novedades referentes a la marcha de la organización del Congreso, de la mayor parte de las cuales tienen ya noticia a través de una circular recientemente distribuída.

Excursión final a Cataluña.—La clausura del Congreso se celebrará definitivamente en Barcelona, precedida de una visita a los lugares de interés arqueológico de Tarragona. La expedición saldrá de Madrid a primera hora del día 8 de abril, para regresar el día 11 por la noche. El día 9, visita a Tarragona y el 10, a las siete de la tarde, acto solemne de clausura en el Aula Magna de la Universidad de Barcelona.

La Sociedad sufragará los gastos de transporte de cien congresistas. Si el número de solicitantes excediera de esta cifra, tendrían preferencia los ponentes y autores de comunicaciones, distribuyéndose las demás bolsas de viaje por sorteo. Los gastos de alojamiento y estancia son por cuenta de los señores congresistas. El Comité organizador se encargará de la gestión de reservas en hoteles y demás trámites para aquellos congresistas que así lo soliciten. Dichos gastos se calculan entre las 600 y 800 pesetas en hoteles de 1.ª B (habitaciones bipersonales sin baño); se gestionará igualmente la reserva en hoteles de distinta categoría o pensiones. Los señores congresistas interesados en tomar parte en este viaje deberán comunicarlo, mediante el volante que les ha sido distribuído, antes del día 1 de marzo de 1961.

Inscripciones.—Se acercan ya al número de 150 y se espera que dicha cifra sea ampliamente rebasada en fecha

próxima. Además de la inscripción normal, se ha establecido otra especial para estudiantes, con cuota de 50 pesetas, que no da derecho a recibir las *Actas* ni tampoco a participar en el viaje a Cataluña. Las esposas de los señores congresistas podrán inscribirse sin pagar cuota alguna; pero, caso de querer participar en la excursión, deberán abonar el importe de los gastos de transporte (unas 400 pesetas).

Becas.—La Comisaría de Protección Escolar puede conceder un máximo de cinco becas para asistentes (no catedráticos) al Congreso. Los interesados deben solicitarlas directamente en las correspondientes Comisarías de su Distrito Universitario.

El Ministerio de Educación Nacional (Dirección General de Enseñanza Media) concederá treinta becas a otros tantos catedráticos de Instituto para que asistan a las reuniones sobre temas pedagógicos integradas en las tareas del Congreso.

La Sociedad de Estudios Clásicos concederá algunas ayudas de viaje, de 500 ó 1.000 pesetas (según el lugar de residencia), para los señores socios que lo soliciten antes del día 1 de marzo de 1961.

Reuniones pedagógicas.—En colaboración con el Centro de Orientación Didáctica del Ministerio de Educación Nacional, la Sociedad ha organizado unas reuniones sobre los aspectos didáctico-pedagógicos de nuestros estudios. Comenzarán el día 4 de abril por la mañana para finalizar el 7. Los cuatro temas generales hasta ahora previstos, dentro de un temario susceptible de ulteriores modificaciones, son los siguientes: 1. *Los procedimientos de adquisición del vocabulario griego y latino.* 2. *La teoría gramatical y los textos. Procedimientos preferibles de enseñanza de las diversas partes de la teoría gramatical y vinculación de la misma a los textos.* 3. *El comentario de textos: los textos grecolatinos al servicio del hombre actual.* 4. *El griego y el latín en el curso preuniversitario.*

Permisos. — El Comité organizador tiene en curso una gestión ante las Direcciones Generales de Enseñanza Uni-

versitaria y de Enseñanza Media para que se den facilidades a los profesores de centros oficiales, con el fin de que les sea posible asistir al Congreso.

Comité de Honor. — Además de las personalidades que aceptaron en estos meses anteriores formar parte del Comité de Honor del Congreso, presidido por S. E. el Jefe del Estado, han sido invitadas posteriormente, y han aceptado ya, otras personas de relieve en la vida oficial, entre ellas el Emmo. Sr. Cardenal Primado y todos los Directores Generales del Ministerio de Educación Nacional. Dado que el acto de clausura se celebrará en Barcelona, han sido igualmente incorporados a dicho Comité de Honor el Rector de la Universidad, Alcalde, Presidente de la Diputación y Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de aquella ciudad.

Invitados extranjeros.—Han sido cursadas algunas invitaciones a un corto número de personalidades de gran relieve en el mundo de la filología clásica internacional. Se cuenta ya con la participación en las tareas de nuestro Congreso de varios profesores extranjeros, así como de algunos delegados de sociedades extranjeras de estudios clásicos. Es de destacar la presencia en el Congreso del profesor Pietro Romanelli, Presidente de la Federación Internacional de Estudios Clásicos, alto organismo al que se halla afiliada nuestra Sociedad.

Representaciones nacionales.—Las Reales Academias, todas las Universidades da la nación y algunas otras sociedades científicas han nombrado ya sus delegados en nuestro Congreso.

Apertura del Congreso.—Tendrá lugar el martes día 4 de abril de 1961, a las siete de la tarde, en el gran Salón de Actos del C. S. I. C. (Duque de Medinaceli, 4).

La oficina de Secretaría estará abierta durante la mañana de dicho día para proveer a los señores congresistas de toda la pertinente documentación: tarjeta, programa, invitaciones, etc.

Nueva publicación de la Sociedad

Ha salido ya a la luz el libro de D. Manuel Fernández-Galiano titulado *Las transcripciones castellanas de nombres propios griegos*, cuya publicación ha corrido a cargo de nuestra Sociedad. Es un volumen de unas 160 páginas con el que la Sociedad ha querido responder a la reiterada petición que le fue hecha desde diferentes sectores, poniendo a disposición del público culto unas normas orientadoras para la transcripción de los nombres propios griegos, campo éste en el que tanta arbitrariedad y desconcierto suelen dominar. Los pedidos deben dirigirse a la Librería Científica Medinaceli, Duque de Medinaceli, 4, Madrid (14).

Sesión en la sección de Barcelona
(23-XI-1960)

Don José Alsina Clota disertó acerca del tema *Reflexiones sobre el destino de la filología clásica*. Comenzó diciendo que no se proponía otra cosa que reflexionar en voz alta sobre las causas de la situación crítica de la Filología clásica y apuntar, en la medida de sus posibilidades, unas soluciones que, naturalmente, no pueden aspirar a ser únicas. Se planteó con todo realismo y sin ambages el hecho irrefutable de que los filólogos hayan fracasado en su empresa, no sólo en España, sino en muchas naciones extranjeras. No podemos ignorar nuestra enfermedad, sino diagnosticarla con valentía. El positivismo y el historicismo, los principales enemigos del viejo humanismo, no sólo han reducido el estudio de la antigüedad a un plano secundario, sino que han momificado el espíritu del verdadero humanismo creador de antaño; pero esta crisis no sólo se acusa en nuestros estudios, sino que nos es dado observarla en todo el ámbito cultural europeo. Y ahí radica nuestra posibilidad de hu-

manistas. La tarea que se nos presenta, como poseedores del conocimiento de una de las raíces más importantes del hombre moderno, es reconquistar el puesto señero que el humanista ha tenido siempre y aportar nuestra colaboración entusiasta a la reconstrucción de un mundo nuevo que todos buscamos. Para ello propugna que el filólogo clásico no se reduzca sólo a sus «antiguos», sino que se sumerja de lleno en los problemas de ahora.

Don Lisardo Rubio presentó una comunicación sobre el tema *El manuscrito 12 de la Biblioteca Universitaria de Barcelona: Cicerón, «Brutus» y «Orator»*. Tras filiar dicho manuscrito y demostrar su utilidad para los futuros editores de ambas obras, el profesor Rubio estudió el códice como exponente de la cultura humanística en la Cataluña del siglo XV. Barcelona está atenta entonces al último descubrimiento humanístico y hace copiar e interpreta con la máxima diligencia el texto de Cicerón recién descubierto en Italia por el obispo de Lodi, Gherardo Landriani.

A continuación se celebró la reunión reglamentaria para la renovación de cargos en la sección de Barcelona y en la directiva de la Sociedad. Fueron elegidos presidente, don José Alsina Clota; vocal, D. Pedro Pericay Ferriol, y vicesecretario, D. José Molina Yébenes. Se designó como vicepresidente, en sustitución del Sr. Alsina, al que era vocal D. Juan Maluquer de Motes, y para cubrir el cargo de vocal dejado vacante por este último, fue nombrado D. Javier de Echave-Sustaeta.

Por unanimidad se acordó adherirse a la propuesta de que fueran confirmados en sus cargos los miembros de la directiva de la Sociedad que reglamentariamente debían cesar este año.

La Asociación de Ex Alumnos de la Sección de Filología Clásica de la Universidad de Barcelona

La Asociación de Ex Alumnos de la Sección de Filología Clásica, filial de la Sección de Barcelona de la S. E. E. C., ha iniciado el plan de trabajo acordado a fines del pasado curso. Los días 4 y 11 de diciembre, a las 11,30 de la mañana, se celebraron en la Facultad de Filosofía sesiones dobles (latín y griego) en las que se tradujeron, comentaron y discutieron textos de Horacio (*Sát.* I 9) y Homero (*Il.* I 1 ss.) bajo la dirección de D. Lisardo Rubio y D José Alsina respectivamente. Las sesiones, muy concurridas, despertaron gran interés, y se acordó continuarlas todos los domingos por la mañana a partir del 15 de enero de 1961.

BALANCE GENERAL DEL AÑO 1960

	PESETAS
INGRESOS:	
Saldo del año 1959	40.985,03
320 cuotas ordinarias, a 65 pesetas cada una, correspondientes al año 1960	20.800,00
Cuotas de socios corporativos del Instituto Arqueológico Alemán y Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Santiago...	500,00
Liquidación, por parte de la «Librería Científica Medinaceli», de ejemplares de la *Bibliografía* y *Actas*	3.535,00
Idem de la *Antología de historia griega*...	40.975,55
Subvención del Servicio Español del Profesorado...	40.000,00
	146.796,48

GASTOS:

Edición del *Boletín Informativo*	2.904,05
Cotización anual a la F. I. E. C.	911,85
Premios Nacionales de Preuniversitario...	5.343,62
Adquisición de libros...	1.381,80
Viáticos reglamentarios	1.000,00
Oficina, material postal, trabajos complementarios...	2.425,55
Gastos de percepción de cuotas...	4.220,00
Cesión del 80 por 100 del importe de sus cuotas a las secciones de Barcelona y Salamanca	4.492,00
Facturas por edición del libro *El mundo clásico en el pensamiento español contemporáneo*...	25.971,65
Idem de la *Antología de historia griega*...	40.975,55
Suman	89.686,07
Saldo a cuenta nueva	57.110,41
TOTAL	146.796,48

ALTAS

Doña Pilar Castro Martos, Madrid.
Don Eloy Benito Ruano, Madrid.
Don Carmelo del Coso Calvo, Madrid.
Doña Rosario Ortega Hontana, Madrid.
Doña Pilar Pérez García, Madrid.
R. P. José O'Callaghan, S. I., Barcelona.
Fr. Alfonso Ortega, Salamanca.

Depósito Legal M. 567.-1958

IMP. C. SERMEJO. Tel. 233-06-19